



MINISTERIO CRISTIANO
«Portavoces de Vida»

LA IGLESIA DE LAODICEA

«UN MENSAJE DE ACTUALIDAD»

J. M. RECUERO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

1. UNA VOZ PROFÉTICA.....página 4

- LA IMPORTANCIA DE SU MENSAJE
- CARACTERÍSTICAS HISTÓRICAS DE LA IGLESIA EN LAODICEA
- EL ÁMBITO DEL LIDERAZGO
- LA PRESENTACIÓN DE JESUCRISTO

2. LA DRAMÁTICA SITUACIÓN DE LA IGLESIA.....p. 13

- EL CONCEPTO DE IGLESIA
- CUATRO ENFOQUES DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS
- LA RAÍZ DEL PROBLEMA
- LA TIBIEZA ESPIRITUAL
- IDENTIFICANDO LA TIBIEZA

3. EL MATERIALISMO Y LA IGLESIA.....p. 27

- EL CONDICIONAMIENTO MATERIALISTA
- EL CONCEPTO E IMPLICACIONES

4. EL DIAGNÓSTICO DE LA IGLESIA.....p. 30

- CUADRO DESCRIPTIVO DE LA ENFERMEDAD
- APLICACIÓN EN LA PREDICACIÓN
- APLICACIÓN EN LA FAMILIA
- APLICACIÓN EN LA COMUNIDAD

5. EL REMEDIO PARA LA RESTAURACIÓN.....p. 41

- EL CONSEJO DEL SEÑOR
- LA SOLUCIÓN ESTÁ EN JESUCRISTO
- UNA ADQUISICIÓN IMPERECEDERA
- LA JUSTICIA DE CRISTO
- LA VERGÜENZA DEL CRISTIANO CARNAL
- RECUPERANDO LA VISIÓN ESPIRITUAL
- EL AMOR DE JESÚS

6. UN ENCUENTRO CON JESUCRISTO.....p. 47

- LAS CONDICIONES PARA LA RESTAURACIÓN
- EL LLAMAMIENTO
- LA COMUNIÓN CON CRISTO

7. REPERCUSIONES DE ETERNIDAD.....p. 53

- UNA DECISIÓN PERSONAL
- EL GALARDÓN
- EL MODELO ES JESÚS
- UN MENSAJE DE ACTUALIDAD

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

Qué respuesta daría usted a las preguntas siguientes: ¿Qué opinión tiene sobre la situación actual de la Iglesia en el mundo... en su país... en su ciudad..., y en su congregación? ¿Se podría establecer un paralelismo entre la iglesia de Laodicea y nuestro cristianismo contemporáneo? ¿Se ha preguntado alguna vez, amigo lector, cuáles son las características de un cristiano tibio? O ¿cómo está influyendo la sociedad materialista dentro de nuestras congregaciones?

Estas son preguntas que aun difíciles de responder, a través de las páginas del presente estudio llegaremos a conclusiones que nos permitirán elaborar respuestas adecuadas, conforme al mensaje siempre actual de la eterna Palabra de Dios.

Así pues, el propósito de esta obra es analizar las advertencias, y también recomendaciones, que nuestro Señor expuso a la iglesia de Laodicea y por ende al pueblo de Dios en general, basadas en el pasaje bíblico de El Apocalipsis 3:14-22; recogiendo del texto los principios espirituales más importantes, y trayéndolos a nuestra época, en una arriesgada pero interesante labor de acercamiento.

Esta consideración bíblica y devocional, escrita desde una metodología sencilla y práctica, nos guiará hacia una comprensión adecuada sobre el significado de la «tibieza espiritual», para alcanzar a comprender que el verdadero cristianismo no se fundamenta en una religión, sino en una persona: Jesucristo. Y, que nuestra relación con Él, es lo que garantiza el triunfo de la vida cristiana, por encima de la liturgia, los ritos, actividades eclesiales o formalismos religiosos.

Como ningún cristiano posee el don de la infalibilidad, el riesgo a equivocarse en las muchas conclusiones realizadas, es de carácter razonable; por un lado, debido a nuestro limitado entendimiento respecto al mensaje profundo y trascendente de las Escrituras; y por el otro, a la naturaleza del propio texto bíblico, el cual se considera de difícil tratamiento exegético.

Resulta indudable que el contenido de las cartas a las siete iglesias nos transmite hoy un mensaje importante a todos. Pero, es la exhortación de Jesús a la comunidad de Laodicea, en especial, la que adquiere un notable interés para nuestros días; pues cada vez se hace más necesario vincular el mensaje de la Biblia con las necesidades reales de nuestra Iglesia contemporánea; a ello estamos llamados todos los cristianos.

Seguramente habrá opiniones para todos los gustos. Algunos pensarán que hoy la Iglesia está atravesando momentos de auténtico auge, de avivamiento o de esplendor. Otros, por el contrario, tendrán la imagen de una Iglesia muy deficiente, en términos generales... Es cierto que la condición en la que se encontraba aquella congregación no refleja la situación de todas las iglesias en el mundo, pero debemos admitir que, si en el primer siglo existió la comunidad cristiana de Laodicea, donde la situación espiritual era verdaderamente preocupante, no es nada extraño pensar que también hoy en día existan congregaciones que se acerquen al modelo de aquella singular iglesia, el cual vamos a descubrir a lo largo de la presente reflexión bíblica.

En el propio transcurso del libro se irá realizando, en comparación con los datos que nos ofrece el mensaje de Jesús a la iglesia de Laodicea, un análisis de nuestra actual condición espiritual, tanto personal como eclesial; deseando que la iluminadora Palabra divina obre en nosotros, y saque a luz todo pecado y también toda virtud. Y, desde luego, yo me incluyo como cristiano imperfecto y en buena medida también culpable de las amonestaciones que se hacen a la Iglesia del Señor, a través de las afirmaciones del pasaje que vamos a desarrollar.

Se espera que la lectura del presente mensaje no resulte en vano, sino que por medio de las consideraciones posteriores alcancemos una conciencia más transparente, si cabe, de lo que significa ser cristiano en un mundo cristianizado; encontrar, a la vez, una alternativa bíblica a las sugerentes propuestas que ofrece nuestra sociedad, y con ello adquirir el auténtico sentido de la vida cristiana, el cual se fundamenta, ayer como hoy, en la Persona y obra del Señor Jesucristo.

«Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí» (Isaías 29:13).

1. UNA VOZ PROFÉTICA

«Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto: Yo conozco tus obras que ni eres frío o caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias».

(EL APOCALIPSIS 3:14-22)

LA IMPORTANCIA

Probablemente muchas personas albergan en su corazón la equivocada impresión de que El Apocalipsis representa solamente el libro «del futuro», y por esta razón tiene muy poco que decírnos en el presente. Es innegable que éste contiene elementos que son, principalmente, para un periodo final de la Historia (no muy lejano). Aun siendo esto cierto, este libro inspirado por el Espíritu Santo, nos está escrito solamente para que sepamos los acontecimientos escatológicos, sino, más bien, para que vivamos con verdadera fidelidad a Dios y con auténtica esperanza en el «aquí» y el «ahora»; sin perder la perspectiva futura, en su sentido correcto, claro está.

Esta inadecuada visión de «solo futuro» que algunos tienen, es mucho menos aplicable cuando examinamos las cartas de Juan a las siete iglesias; puesto que la situación que estaba viviendo la iglesia de entonces era en todo real, y no menos lo eran aquellos hechos históricos. Así reza el texto bíblico: «Escribe las cosas que han de ser (perspectiva futura), y las que son (situación presente)...» (Ap. 1:19).

En cuanto a la comparativa sobre el pasaje de la iglesia de Laodicea con nuestra situación eclesial, no son pocos los cristianos que han visto el «reflejo actual» de la Iglesia que precede al final de los tiempos. Entre otros motivos, por ser la última carta del apóstol Juan, en el orden en que se redactó; y también por su vislumbre profético, que al exponer una correlación entre la situación eclesial de aquel momento y nuestro cristianismo reinante, expresa una asombrosa similitud con el panorama evangélico de nuestros días.

También conviene subrayar que la dificultad en la interpretación del texto estriba, básicamente, en el estilo literario de la propia carta; pues el pasaje se encuentra situado en uno de los documentos más difíciles de interpretar: El Apocalipsis; siendo su lenguaje altamente simbólico... Y aunque sabemos que éste contiene elementos de tipo profético, ello no supone, en ningún caso, una sola aplicación para el momento final de la Historia, como ya hemos indicado; sino que además, descubrimos enseñanzas de utilidad permanente: primero para aquella época en la que se escribió (algo tendría que decir a los lectores primarios), y en segundo lugar para la nuestra, con una clara extensión hacia la eternidad, como veremos más adelante.

Indudablemente el mensaje de parte del Señor a las siete iglesias posee un carácter de suma relevancia para nuestros tiempos, y en especial el mensaje a la iglesia de Laodicea. Su perfil social y religioso, nos ofrece muestras suficientemente claras de su actualidad, no solo en lo que respecta a nuestras iglesias locales, sino también en lo que ataña a la vida personal de cada cristiano.

Por otra parte, el valor incalculable que adquiere este pasaje radica en su autoridad, la cual es reforzada por sus múltiples autorías: Primero (1:4), por mantener el sello apostólico: el del apóstol Juan, amigo personal de Jesús. Segundo (3:22), por poseer toda la autoridad divina: el Espíritu Santo habla. Y tercero (3:2), por ser un mensaje directo del Señor Jesucristo: Cabeza y suprema Autoridad de la Iglesia... Es una carta dictada por Dios mismo, procedente del cielo para la Iglesia que está en la tierra. Por estos motivos, entre otros, su relevancia espiritual es indiscutible para nosotros hoy.

La importancia que se destaca en la exhortación del texto, parece sobresalir con fuerza de las páginas de este pasaje bíblico tan especial. Y así, al final de su lectura, tendremos que darnos cuenta de que el llamamiento a las iglesias sigue todavía presente; de que su mensaje reviste cierta urgencia; de que el pecado resulta del todo evidente; y de que cada advertencia es perfectamente aplicable en nuestros días; sin descuidar, al mismo tiempo, que las fieles promesas de restauración, prometidas por Jesús, todavía permanecen inalterables para todo cristiano.

CARACTERÍSTICAS HISTÓRICAS DE LA IGLESIA EN LAODICEA

Destacando algunos datos históricos, cabe mencionar que la iglesia de Laodicea (1), en Frigia, era una de las siete iglesias del Asia menor; zona situada en la parte más occidental de la actual Turquía. No debemos confundirla con Laodicea de Siria, que se encontraba al sur de Antioquía de Pisidia (donde llamaron a los creyentes por primera vez «cristianos»), en la cual se hallaban algunas comunidades cristianas establecidas.

1 Laodicea era una ciudad, pero a efectos prácticos identificaremos el nombre con la iglesia. Así cambiaremos, a veces, iglesia en Laodicea por iglesia de Laodicea, o simplemente Laodicea.

Laodicea era una ciudad muy próspera, que se situaba como capital en la zona de Frigia, y estaba asentada estratégicamente en medio de una red de caminos comerciales hacia otras ciudades, como por ejemplo Éfeso. El nombre de la ciudad fue dado por Antíoco II (S.III a.C.) en honor a su esposa Laodice. Laodicea significa «el juicio del pueblo»: Lao = pueblo y dike = juicio. Con esta definición, el pueblo hizo honor a su nombre, y las implicaciones se verían reflejadas prontamente en el ámbito de la iglesia; pues el nombre de Laodicea lleva el sentido de «autogobierno». Según cuentan los registros históricos, hacia el año 60 d.C., la ciudad de Laodicea fue completamente destruida a causa de un gran terremoto. Posteriormente fueron los propios ciudadanos del pueblo los que, rehusando la ayuda del gobierno de Roma, reconstruyeron de nuevo la ciudad. Este precedente permite adentrarnos en el contexto histórico de la iglesia, y nos ofrece suficiente luz para comprender mejor el pasaje bíblico en el que se encuentra enmarcado.

No perdamos de vista la necesidad de identificar, a ser posible, el ambiente social, político y cultural, donde se sitúa el texto bíblico en cuestión; pues éste va a determinar los factores coyunturales que nos ayudarán a realizar una mejor interpretación de la porción bíblica.

Siguiendo esta misma línea, conocemos que las iglesias del Asia menor, donde se situaba Laodicea, se veía afectada por la persecución bajo el emperador Domiciano (90-96 d.C.). Y es probable, que para evitar las consecuencias de dicha persecución (sobre todo pensando en su riqueza y bienestar), la iglesia pudo aceptar la corriente idolátrica impuesta por el imperio romano, y hacer así una especie de religión sincretista, donde la vida cristiana se adapta al entorno que le rodea. De ahí el concepto de tibieza (adaptación de la temperatura del agua al medio ambiente).

Evidentemente el escenario de la ciudad donde esté situada cualquier iglesia, va a influir en el funcionamiento de la misma iglesia. Con aquellos condicionantes, la comunidad en Laodicea estaba supeditada a la presión de su propia civilización, que se caracterizaba por la prosperidad económica y el bienestar social.

En lo que se refiere al contexto histórico, también el creyente forma parte de su propia cultura, y no puede evitar experimentar la vida cristiana influida por ésta. La afirmación del profesor y escritor Bernard Ramm, subraya la importancia de lo señalado: «*Nosotros estamos*

siempre bajo presiones que nos hacen ver las Escrituras desde otro enfoque, y no con su verdadero significado... es difícil impedir que nuestra cultura entre en nuestra comprensión del significado de la Escritura... porque cada persona es la suma de sus experiencias» (Bernard Ramm, *The Evangelical Heritage*. Baker Books, 2000).

Laodicea era una ciudad cosmopolita, rica, próspera, de hermosos templos, enormes gimnasios, magníficos teatros, y demás atracciones que hacían de la ciudad un motivo de orgullo para sus habitantes. Ésta se hallaba como el centro de negociación bancaria con varias ciudades del Imperio. Además, la reconocida escuela de medicina le confería alto prestigio a aquella población tan característica. Allí se fabricaba el famoso polvo frigio, utilizado como tratamiento oftalmológico, el cual era muy solicitado por los viajeros cuyos ojos se irritaban al cruzar las arenas del desierto. Y cerca de ella, en Hierápolis, existían unas fuentes termales que ofrecían buena oportunidad para practicar el llamado «relax». En la ciudad de Laodicea también se fabricaban tejidos con una lana especial, que era muy apreciada por los comerciantes, y que procedía de los carneros criados en aquellos parajes.

En cuanto a las referencias que se hallan en el Nuevo Testamento sobre esta iglesia, parecen ser escasas, y las pocas que hay las encontramos en la carta que el apóstol Pablo escribió a la comunidad en Colosas: «*Porque quiero que sepáis cuán lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea... Os saluda Epafras... De él doy testimonio que tiene gran solicitud por vosotros y por los que están en Laodicea, y los que están en Hierápolis... Saludad a los hermanos que están en Laodicea... Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicense, y que la de Laodicea la leáis también vosotros»* (Colosenses 2:1; 4:12,13,15,16). Por los datos que podemos recoger, deducimos que esta era una iglesia que se estableció hacía muchos años, y que gozaba de suficiente formación doctrinal; por lo menos desde la fecha en que se escribió la epístola a los Colosenses (62 d.C.). Al parecer, Epafras (natural de Colosas, ciudad muy cercana a Laodicea) realizó una labor en esta congregación, y se cree que tal vez fuera su fundador.

Cuenta el historiador Flavio Josefo, que Laodicea albergaba numerosos judíos, y seguramente muchos de ellos se convirtieron al cristianismo (Flavio Josefo, *Antigüedades*, L.14,20. 1986, T.III p. 37).

Por lo demás, el propio apóstol Pablo tuvo gran carga por esta comunidad, y es probable que mantuviera un contacto asiduo a través de sus cartas. Pasado el tiempo, desde los escritos de Pablo, transcurrieron varios años hasta la redacción del libro de El Apocalipsis. Y algo sucedió para que, cerca del año 100, el Señor tuviera que amonestar directamente a esta congregación de manera urgente, y a modo de ultimátum.

Debemos preguntarnos, entonces, ¿qué ocurrió en el devenir histórico de la iglesia de Laodicea, en su funcionamiento eclesial, y en su desarrollo espiritual interno, para que Jesucristo en persona les tuviera que reprender por medio del apóstol Juan?

EL ÁMBITO DEL LIDERAZGO

«*Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea»*

En el análisis del texto nos enfrentamos con el primer problema exegético. El mensaje de Juan –desterrado en la isla de Patmos–, que escribe de parte del Señor Jesucristo, va dirigido primeramente al «ángel de la iglesia», y por medio de ese ángel para la misma iglesia.

Es preciso saber que cada vez que surge en la Escritura una palabra de difícil comprensión, no nos corresponde aplicar una exégesis literalista (tal y como se lee), sino que, entre otras normas, debemos tener en cuenta su etimología (la raíz de la palabra) y su análisis gramatical; y después, según el contexto histórico, poder considerar las varias opciones que nos indique el texto, para realizar así una interpretación lo más ajustada posible al pasaje en cuestión.

El término «ángel», en el idioma en el que fue escrito (en griego) significa «mensajero», y ello puede sugerir varias posibilidades:

1. Podría simbolizar a la propia iglesia en sí, pues el término «ángel» tiene un sentido figurado, esto es, una forma de hablar que en tal caso puede expresar la personificación de la iglesia. Puesto que la iglesia es un cuerpo, una unidad, el autor emplea una metáfora para identificar ángel con iglesia, la cual ha de recibir y comunicar el mensaje, ejerciendo su función como iglesia mensajera.

2. Cabe también su aplicación al presidente del culto, secretario, o responsable de leer y comunicar los mensajes a la congregación (el ángel o mensajero).

3. Los ángeles son guardianes y protectores, con lo cual, el término podría llevar el sentido de cuerpo gobernante de la iglesia, quien debe guardar, proteger, y asimismo transmitir el mensaje a la comunidad.

4. Otra opción bastante aceptada, que guarda relación con la anterior, identifica el ángel con el representante de la iglesia, o llamado pastor; que bien podría ser el máximo líder de los ancianos, quien debe ser el primero en anunciar el mensaje de la Palabra de Dios.

Según lo expuesto, podemos inferir que, por el contenido que se desprende de las siete cartas, e incorporando las referencias que nos ofrece la Historia, el «ángel» podría haber sido una persona con responsabilidad en la iglesia (el pastor), el cual se encargó de transmitir a la comunidad el comunicado de Juan ofrecido por parte del Señor. Entre otros datos, cabe destacar que cuando Ignacio de Antioquía escribe (principios del siglo II) a Policarpo –discípulo del apóstol Juan–, éste ya ejercía la función de «obispo» (pastor) en la congregación de Esmirna (J. B. Lightfoot, *Los Padres apostólicos*. CLIE, 1990, 203). Esta información nos conduce a pensar, por asociación histórica, que además lógica, en la posibilidad de que también hubiera en la iglesia de Laodicea (en la fecha de redacción de El Apocalipsis –finales del siglo I–) un representante: obispo, pastor o anciano responsable, siendo el mensaje especialmente para él, y asumiendo, a la vez, el encargo de anunciarlo a los demás.

Implicaciones del líder en una iglesia tibia

La expresión «y escribe al ángel», según la interpretación aquí expuesta, ya nos sugiere abordar el tema «pastoral» como una de las causas desencadenantes del fracaso que la iglesia experimentó en aquel momento histórico; considerando que, si la congregación padece de tibieza espiritual, el pastor o cuerpo gobernante es el máximo responsable y, en consecuencia, el primero que debe tomar cartas en el asunto.

Desgraciadamente el problema en el liderazgo no es nada nuevo, pues ya se reflejaba en el antiguo pueblo de Israel: «*Ovejas perdidas fueron mi pueblo; sus pastores las hicieron errar*» (Jer. 50:6). Resulta comprensible el panorama actual, puesto que la imagen que hoy ofrece la iglesia, en cierta medida es la imagen de sus propios líderes. Si éstos andan desordenadamente, el resultado esperado es que la congregación –por efecto dominó– siga por el mismo camino.

Es sabido que los hermanos reconocidos con cargos en la iglesia son los que deben estar más alertas en cuanto a su responsabilidad eclesial; pues normalmente el líder es, sin duda, el blanco preferido por nuestro enemigo el diablo; es el que sufre más tentaciones, y por consiguiente, el más vulnerable a padecer la tibieza. No se debe ignorar las maquinaciones de Satanás, ya que sus dardos más nocivos son lanzados, sin piedad, hacia los máximos responsables de la comunidad.

Reparemos bien en esta cuestión: El pastor, anciano u obispo, debe ser consciente del estado espiritual de la comunidad que preside, y el primero en responder al mensaje de la Palabra, para que de esta forma pueda comunicarlo a la congregación con mayor propiedad. La intención aquí no es cargar todo el peso de la culpa sobre las espaldas de los dirigentes, cuando la Escritura advierte que «*cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí*», según Romanos 14:12. No podemos pensar que si el cuerpo gobernante no funciona, los demás miembros tienen justificante sobrado para desviarse del camino. Esto, en cualquier caso, es auto-engañarse y añadir insensatez a nuestro compromiso cristiano.

Dicho esto, no obstante es cierto que los líderes poseen gran responsabilidad acerca de las congregaciones que presiden; pues aquel que verdaderamente ha sido puesto por Dios, recibe una especial dotación pastoral de parte del Espíritu Santo, que habrá de aplicarla en la iglesia de forma bíblica y conveniente.

Al igual que sucedió en el antiguo pueblo de Israel, la iglesia también hoy comienza a fracasar primordialmente por causa de los pastores incompetentes que descuidan al rebaño. Es por este motivo, por el que Dios reprendió a los líderes de Israel: por su egoísmo y despreocupación hacia las ovejas, muchas de ellas desatendidas, enfermas o desorientadas: «*iAy de los pastores de Israel, que se apacentan a sí mismos!... Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo estoy contra los pastores; y demandaré mis ovejas de su mano*» (Ez. 34:2,10).

El problema

La historia eclesiástica está marcada, en gran parte, por el proceder de sus líderes. Y pudiera ser, en el caso que estamos tratando, que el pastor de la iglesia en Laodicea comenzara a distanciarse del modelo bíblico. Podemos elucubrar al respecto, pero seguramente el poder y control asumido en el liderazgo, o la autoridad mal entendida, empezaban a hacerse hueco en la comunidad de hermanos. En esto, la recomendación bíblica es aclaratoria: «*Que reconozcáis* (reconocimiento necesario) *a los que trabajan* (evidente servicio) *entre* (no por encima ni por debajo) *vosotros*» (1 Ts. 5:12). Luego, cualquier líder de la iglesia habrá de tener la suficiente humildad como para, desde el reconocimiento necesario, no situarse por encima, sino sirviendo «entre»...

Ejemplo de esta malsana evolución, lo hallamos en la jerarquía eclesiástica, la cual comienza a gestarse a partir del primer siglo, teniendo posteriores consecuencias nefastas. La Iglesia antigua quiso guardar la unidad doctrinal (cosa en sí positiva), pero lamentablemente se olvidó de su Guardador; como cita en lo Salmos: «*Olvidaron al Dios de su salvación*» (Sal. 106:21).

De la misma forma que en la época de Jesús, ocurre en nuestros días, cuando son demasiados los pastores, o ancianos, que se aferran a una «tradición» formada a través de los años en la iglesia, la cual a veces se sitúa –en la práctica– sobre la autoridad de la Biblia, invalidando de esta forma su sagrado mensaje... Y con esta manera de entender la vida eclesial, algunos, asidos tercamente a su posición, no se dan cuenta de que la «empresa» no es suya, de que no pueden monopolizarla a su arbitrio, creyendo que la obra de Dios es facultad exclusiva de la autoridad humana. Entendamos la enseñanza con buen criterio, porque la iglesia no es una entidad pastor-céntrica, sino cristo-céntrica.

Debemos afirmar que es en el ámbito del liderazgo, esencialmente, donde se producen los desarreglos que afectarán más tarde a toda la congregación. Porque, precisamente, son los pastores tibios los que originan cristianos tibios. En esta causa y efecto, el apóstol Pablo les escribe a los pastores con clara recomendación: «*Mirad por vosotros* (primeramente), *y por todo el rebaño*» (Hch. 20:28).

Produce cierta perplejidad el saber que cada vez surgen más y más líderes en el mundo evangélico, pero a la vez también hay más falsificación; y lo grave es que buena parte de las iglesias no se da cuenta de ello... Es sorprendente que en algunos círculos cristianos los pastores se enriquecen sin miramiento alguno, aprovechándose de la ingenuidad de los miembros. Entre tanto, las comunidades desorientadas sufren el pésimo servicio de pastores fraudulentos. Y si alguien se pregunta por la causa de este fraude, la analogía bíblica una vez más nos ofrece la respuesta: «*Falsamente profetizan los profetas en mi nombre; no los envié, ni les mandé, ni les hablé*» (Jer. 14:14). Es verdad, se hallan pastores que nunca fueron puestos por el Señor. Y la falsedad en el liderazgo se hace notar, cuando hoy apenas se percibe el «corazón de pastor» en los propios dirigentes; en todo caso, contemplamos las «vestiduras», es decir, el aspecto externo o superficial en el ejercicio de su cargo pastoral.

Desde esta realidad nos unimos al pesar del profeta Zacarías: «*El pueblo vaga como ovejas* (descarriadas), *y sufre porque no tiene pastor*» (Zac. 10:2). Es realmente preocupante observar que para muchos líderes, en su experiencia diaria, Jesús es un simple símbolo, una asignatura para estudiar, un personaje evangélico de referencia, o un mito del pasado. Y quizá sea trágico tener que decir la verdad, pero éstos han cambiado la relación personal con Jesús por: su cargo en el despacho, las reuniones administrativas, los pasatiempos virtuales e informáticos, el apego al teléfono móvil, y la apretada agenda con sus compañeros de ministerio.

Efectivamente, buena parte del pueblo cristiano está cansado de pastores falsos, que con suave lengua seducen el alma de las ovejas, pero en la práctica viven indiferentes ante sus necesidades reales. Éstos prestan más atención al entretenimiento dominical, que a las carencias espirituales de sus miembros; son administradores técnicos, pero no pastores. Tanto es así, que algunos se preocupan más por el santuario, que por su santidad; por el bienestar socio-eclesial, que por la vida espiritual. Probablemente aprecien más su ministerio pastoral que a las personas que pastorean. Este cuadro descriptivo no debe inquietarnos, pues ya nos fue profetizado en la Santa Biblia: «*Se amontonarán (no son pocos) maestros conforme a sus propias concupiscencias (deseos egoístas)*» (2 Ti. 4:3).

Quizá no tenemos claro cuáles son las prioridades en la obra del Señor, y como resultado hemos llegado a este grave estado de insensibilidad. Y es que algunos líderes se han olvidado de lo verdaderamente primordial: la verdadera adoración a Dios; la conversión de un alma; la enseñanza bíblica; la restauración de un hermano caído; el discipulado de un recién convertido; el confort espiritual de la comunidad; o la disciplina en casos de pecado abierto... entre otras cuestiones de primer orden, que con el tiempo van perdiendo la importancia que poseen para la vida cristiana, en el entorno de una iglesia local.

Siguiendo esta misma línea, prevemos que es tal la decadencia que pueden experimentar los líderes, que a veces la «tibieza» les conduce a cerrar por entero su corazón a Dios, y así es como en forma desviada centran su enfoque solamente en su privilegiada posición pastoral, o en la responsabilidad eclesial que ejercen, dejando a un lado de cumplir su función como pastor de almas y mensajero del Señor. Tal como cita el texto de El Apocalipsis: Creen ser ricos, pero ante Dios son pobres; están convencidos de que ven, pero sin embargo son ciegos...

No podemos ignorar el tema, porque el problema existe hoy como existió entonces. Y si hablamos de restauración y avivamiento espiritual en la iglesia, es necesario comenzar por las bases, y en primer lugar examinar bien los valores pastorales: de dónde se ha caído, y en qué situación nos hallamos hoy... Y después, se hace preciso revisar los principios bíblicos y espirituales de la comunidad: en qué lugar se encuentra la congregación, y qué se ha de hacer, tanto para su renovación espiritual, como para su crecimiento en la fe.

La enseñanza de El Apocalipsis es más que concluyente, porque los pastores, predicadores, o líderes reconocidos, son los ángeles que el Señor ha puesto en la iglesia, encargados de recibir y de comunicar, a su vez, el mensaje divino.

LA PRESENTACIÓN DE JESUCRISTO

Una visión acertada del Señor de la Iglesia

«*He aquí*»

Comenzamos con una expresión de suma importancia: «*he aquí*», que nos indica la indudable verdad acerca de la presencia real de Cristo en la iglesia local, así como en la vida personal de cada creyente.

Si examinamos algunos entornos llamados evangélicos, sobre todo en aquellos más institucionalizados, podremos detectar que se ha ido adquiriendo una visión de la Persona y obra de Jesús bastante parcial y lejana; tal vez haciendo demasiado énfasis sobre el aspecto histórico o humano de Cristo, pero a la vez descuidando la imagen de su actual manifestación divina. No por casualidad la Escritura afirma que «*Él es la imagen del Dios invisible*» (Col. 1:15).

En contraste con este pensamiento, la Biblia muestra que Jesús es el Dios eterno e infinito, que está en medio de su Iglesia, que habita en el corazón del creyente, y que debido a su omnisciencia conoce perfectamente nuestro estado espiritual. Por ello, el control que Jesucristo mantiene sobre su Iglesia es absoluto y además permanente.

Jesús, en calidad de hombre, había muerto y resucitado. Y es después de más de 60 años, que el mismo Jesús se aparece al apóstol Juan; aunque en este caso expresando su divinidad, la cual trasciende el tiempo y el espacio de nuestra esfera terrenal. La expresión «*he aquí*», transmite la realidad de que nuestro Señor está presente, supervisando y actuando en el funcionamiento interno de su Iglesia. Así que Jesucristo, en su naturaleza humana está a la «*diestra del Padre*» (He. 1:13), y en su naturaleza divina es «*uno con Él*»

(Jn. 10:30). ¿Alguien puede entenderlo en su plenitud? Seguramente que no, pero la verdad bíblica es una, y la comunión que la iglesia debe tener es «*con el Padre, y con su Hijo Jesucristo*» (1 Jn. 1:3). Él mismo prometió su presencia en la comunidad, por lo tanto no debemos ponerlo nosotros en duda: «*Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt. 18:20).

Bien, después de tanto tiempo, y posteriormente a su muerte, resurrección y glorificación, Jesús parece hallarse estrechamente vinculado a las comunidades cristianas, obrando activamente entre los creyentes; y lo hace como espectador y como agente activo, pues las constantes alusiones registradas en el libro de El Apocalipsis, apuntan no solo hacia su divina presencia, sino también hacia su poderosa intervención en cada iglesia local. Y es en esta condición divina que va a proclamar su mensaje a la iglesia de Laodicea.

La presentación de su Persona y obra

Desde una sencilla lectura del texto bíblico, recibimos la sensación de que el Señor tiene que presentarse a la iglesia y así darse a conocer, porque al parecer, y con el tiempo, llegó a ser un perfecto desconocido para la misma iglesia. Por esta causa fue necesario que mostrara sus credenciales divinas –como veremos a continuación–, pues ciertamente solo éstas podrían otorgar autoridad a sus palabras.

Tal como sucedió en la iglesia de Laodicea, prevemos hoy que también Jesucristo sea el gran desconocido en gran parte de nuestro cristianismo presente. Si realizáramos un análisis formal en algunas de nuestras congregaciones, sobre el conocimiento bíblico que existe acerca de la Persona y obra de Jesús, enmarcado éste en su ejemplo y enseñanzas bíblicas, observaríamos una carencia de lo más evidente. No nos sorprenda, pues, que muchas iglesias vayan tomando hoy el relevo de la iglesia en Laodicea

La veracidad de Dios

«El Amén»

El vocablo «amén» procede originalmente del idioma hebreo, cuyo significado es: *la afirmación de una verdad*. Siguiendo la pauta del concepto original, hallamos que aunque el término exprese la veracidad de las palabras de Jesús, entendemos que esta verdad no permanece estática, sino que es la verdad viva que produce fruto. Aceptar la verdad es tan sencillo como aceptar a Jesucristo, y en consecuencia recibir su acción salvadora en nuestras vidas. Él es la única Verdad capaz de iluminar nuestra mente, alimentar nuestro espíritu, y confortar nuestro corazón. Por tal razón alcanzamos a distinguir que Jesús no es una verdad conceptual, sino como cita Isaías: «*El Dios de la verdad*» (Is. 65:16).

Unido a este pensamiento inicial, también podemos añadir el amén litúrgico que expresamos al terminar las oraciones. Contemplado desde nuestra práctica eclesial, el «amén» se configura como una expresión que indica la condición del que tiene la última palabra: lo definitivo, lo creíble. Podemos incluir el siguiente ejemplo: Cuando un hermano ora públicamente en la iglesia, la congregación ofrece su aprobación final con el amén (así sea), que representaría la última palabra. De conformidad con este sencillo ejemplo, podemos garantizar que solo es Jesús el que posee la última palabra, y en el caso de Laodicea, va a ofrecer la conclusión de lo que ocurría en aquella iglesia.

Igualmente los creyentes pueden calificar o descalificar, decir amén a lo que acontece, o abstenerse de decirlo; pero el que tiene la última palabra es Jesús, porque Él mismo es el Amén, puesto que su fiel mensaje se fundamenta en Aquel que dijera un día «*Yo soy la Verdad*» (Jn. 14:6). De esta manera, todo lo que exprese Jesús, el Señor, resulta certero y a la vez determinante, y no se puede de ningún modo discutir.

El amén, por lo visto, nunca representará la conclusión de lo que la comunidad cristiana dictamine, sino la palabra final de Cristo.

La presencia permanente de Cristo

«El testigo fiel y verdadero»

El Señor Jesús va a dar testimonio del *amén*, esto es, del mensaje definitivo, cuyo contenido a la vez encierra la verdad de unos hechos que se sucedían en la iglesia de Laodicea, y que fueron analizados y también diagnosticados por el gran Médico divino.

A saber, si Jesucristo es testigo de la iglesia, es porque su atributo es la omnisciencia; y si su mensaje es verdadero, es porque Él, como Dios, representa la Verdad absoluta. Y, es en su fidelidad, que se digna a revelar la triste situación de la iglesia. Una vez más observamos la demostración patente de que Dios es fiel a su pacto, a su carácter benigno, a su Palabra, y a sus promesas. En contraposición con la falsedad e infidelidad de la propia iglesia, nuestro Señor es Fiel y Verdadero.

Cristo tiene la última palabra, por eso la Escritura dice que «*sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso*» (Ro. 3:4). Y es que, por muy verdadera que sea la verdad del hombre, en comparación con la verdad de Dios es como si fuese mentira (verdad imperfecta y relativa); porque la verdad de Dios es perfecta, y así se mantiene firme y permanente, en este mundo y por la eternidad.

Lo admirable de todo esto es que, por encima de la situación lamentable en la que se hallaba aquella congregación, Jesús permaneció fiel a sus principios. Él es amor, y por lo cual sigue amando profundamente a su iglesia, a pesar de la indiferencia que ésta pueda mostrar hacia su mensaje. Y en este caso, no tuvo por menos, en su misericordia, que avisarles del inminente peligro en el que se encontraban los laodicense. Nuestro amado Señor hace todo lo posible para que su Iglesia funcione adecuadamente en este mundo, porque representando su Cuerpo, no desea otra cosa que su bienestar espiritual. Ahora, indudablemente a la iglesia le concierne responder al llamamiento divino, de lo contrario habrá de sufrir las consecuencias.

Una enseñanza firme que podemos extraer, es que el creyente no puede mantenerse ignorante, porque de alguna forma la Palabra de Jesús alcanzará su corazón, advirtiéndole de las graves consecuencias si descuida su mensaje.

Jesucristo el Creador

«El principio de la creación de Dios»

En cuanto a la divinidad de Jesucristo, seguramente el presente texto bíblico pueda ofrecer cierta confusión. Pero, en ningún caso significa que Él haya sido creado, aunque algunas sectas pretendan afirmar lo contrario (como pensaban los «arrianos» en la antigüedad). Si analizamos el término traducido por «principio», en griego «arkhé», observaremos claramente que éste posee dos acepciones principales:

1^a LA CAUSA: Jesús es el origen de todo lo creado, porque Él participó directamente en la Creación (es el Creador). El Universo como efecto tiene una causa, y es Jesucristo; debido, precisamente, a que Él lo creó. Y lo que se pretende resaltar aquí, no es otra cosa que el atributo divino de la omnipotencia; ratificando así lo comentado: que Jesús es hombre, cierto, pero no olvidemos que siempre fue Dios, y como tal interviene hoy en el mundo creado, incluido en su Iglesia.

2^a EL PRÍNCIPE O JEFE: Jesús es el Príncipe, el Jefe; por lo que, si alguien manda en la iglesia, o posee autoridad alguna, no es el obispo, pastor o anciano, sino Él. Jesucristo es la única Autoridad de la Iglesia, y no existe nadie que ejerza autoridad por encima de su señorío. Por ser Dios, justamente, reclama su legítima autoridad divina.

Así cita el texto sagrado: «*Todas las cosas por Él fueron hechas* (Jn. 1:3). Esta definición nos lleva a pensar que a Jesús se le identifica como el Creador: atributo sublime. Parece sensato, pues, aceptar su autoridad divina acerca del mensaje que transmite a la Iglesia; pues debemos reconocer que quien mejor conoce el corazón de sus criaturas, evidentemente es el Creador. Razonemos aquí, porque si Jesús no fuera el Creador, no tendría derecho a juzgar la intención del corazón de ningún individuo: «*Porque Jehová (solamente Él) escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos*» (1 Cr. 28:9).

En conclusión, el Señor Jesús va a presentar, con todo el derecho divino, la condición de la iglesia, las causas de su fracaso, los síntomas de su enfermedad, el peligro de su actitud, la solución que se debe tomar, y las consecuencias que acarrea la desobediencia a su Palabra.

Un mensaje de urgencia

«Dice esto»

Hacemos bien en tomar ejemplo de nuestro Señor, porque si Él no cerró su boca (dice esto) ante el pecado evidente de su pueblo, ni hizo la vista gorda, como tampoco usó de indiferencia, ¿cómo podemos, entonces, callar nosotros ante el desdibujado paisaje eclesial que tenemos por delante?

El mensaje del Señor Jesús descubre la situación de una iglesia que estaba experimentando un grave declive espiritual... Y si seguimos las pisadas del Maestro, también al cristiano le corresponde presentar lo que Dios dice en su Palabra, comparando al mismo tiempo la situación real de nuestras comunidades con el mensaje de Cristo, pese a las consiguientes reacciones adversas de los miembros... Y todo ello hecho siempre con amor y comprensión («os aconsejo», dirá Jesús más adelante).

Además, resulta equivocado predicar aquello que la congregación quiere oír, para así quedar bien con todos. Diferenciamos bien, porque si como transmisores del mensaje divino, buscamos agradar al Dios que nos ha confiado su Palabra, no deberíamos hacer tal cosa. En cambio, haremos bien en presentar la verdad bíblica con sentido de honor y abnegación; sin temor al «qué dirán». En esta nuestra responsabilidad, se hace cada vez más indispensable una voz profética que sea oída en las «iglesias de Laodicea» de nuestros tiempos.

2. LA DRAMÁTICA SITUACIÓN DE LA IGLESIA

EL CONCEPTO DE IGLESIA

Puesto que el mensaje de El Apocalipsis fue dirigido a las iglesias, solo podremos realizar una buena aplicación del pasaje, si tenemos claro el significado del término «iglesia» y sus distintas connotaciones.

Cuando el Señor Jesús ordena al apóstol Juan que escriba a la iglesia, ¿cuál es el concepto de iglesia que tenemos en mente? Para que podamos llegar a comprender en forma adecuada, es necesario establecer cuatro principios distintos, y a la vez complementarios, de lo que significa «iglesia», con el fin de adquirir una visión más amplia y acertada sobre dicha palabra.

El término «iglesia» significa congregación o asamblea, y se deriva de la composición de dos vocablos griegos: «ek» (fuera de) y «kaleo» (llamar). Teniendo en mente estas referencias, podemos decir que la iglesia se define como una «congregación»: una reunión de personas convocadas (llamadas para estar fuera del mundo y en presencia de Dios).

Siguiendo el hilo del pensamiento, nos permitimos aquí la libertad de dividir esta definición (congregación o asamblea llamada por Dios) entre Iglesia Antiguo-testamentaria, comenzando desde Adán y siguiendo con el pueblo de Israel, e Iglesia cristiana Neo-testamentaria (judíos y gentiles en un solo pueblo), a partir de la muerte y resurrección de Jesucristo... Y para entender la enseñanza, es conveniente unir los dos conceptos para explicar el significado de la Iglesia, contemplada ésta como el único pueblo de Dios transitando a través de la Historia, como por la eternidad.

Antes de pasar a exponer los cuatro enfoques que contiene el término «iglesia», debemos tener presente que éstos siempre se desarrollan a partir de su concepción universal. El profesor Ridderbos destaca lo señalado, aplicando la misma exégesis que el apóstol Pablo realizó del concepto «iglesia» en el Nuevo Testamento: *«Pablo confiere un marco universal a esta unidad corporativa del pueblo de Dios, no solo considerando a los creyentes gentiles como parte de la simiente de Abraham, sino yendo más allá de Abraham, hasta llegar a Adán, a fin de calificar a Cristo como el segundo Adán y a la iglesia como el «nuevo hombre» (nueva humanidad), como la nueva creación»* (Herman Ridderbos, *El pensamiento del apóstol Pablo*. Gran Rapids, Libros Desafío, 2000, 512). Ciento que esta apreciación no es nueva, ya lo expresaba San Agustín en sus escritos: *«Cuerpo de esta cabeza (Jesucristo) es la Iglesia universal, que comprende desde Abel hasta los últimos fieles de Cristo, que creerán en él al fin del mundo»* (San Agustín, *Nos hiciste Señor para ti*. BAC, 1994, 131).

CUATRO ENFOQUES DISTINTOS Y COMPLEMENTARIOS

La verdadera Iglesia universal: invisible y eterna

La única y verdadera Iglesia de Dios, está compuesta por todas y cada una de las personas que forman el «pueblo escatológico», es decir, los redimidos que habitarán en la eternidad, desde la primera en haber recibido la salvación a partir de la caída de Adán y Eva en el huerto del Edén, hasta el último hombre (varón y mujer) en la tierra que se convierta a Dios por la fe, teniendo como centro a la Persona y obra de Jesucristo (algunos miraron al futuro, y otros miramos al pasado).

En la mente y en los proyectos eternos de Dios, la Iglesia ya era una realidad presente; estableciéndose como un solo pueblo, esto es, la totalidad de personas llamadas, salvadas y santificadas que, a lo largo de la historia de la Humanidad, han ido conformando la familia de Dios, que es la Iglesia invisible y eterna, escondida en Cristo Jesús y mezclada entre todos los seres humanos, de todas las épocas, naciones, razas y tribus... Se podría definir como el pueblo de Dios en su realidad espiritual, perfecta y completa, y no tan solo la manifestación histórica, la cual siempre ha estado sujeta a confusión, errores, y cambios propios de la debilidad humana.

La Iglesia universal y comunidad visible

Este enfoque de iglesia constituye el conjunto de personas entregadas a Dios y salvadas por la sola fe, a partir de la creación del ser humano, que por la providencia y dirección divina han formado una comunidad universal, visible e histórica. Un pueblo de Dios único, pero al mismo tiempo multiforme, cuya actividad en el tiempo se ha visto sometida por los factores históricos, generacionales, políticos y culturales. Podríamos definirla como la «realidad histórica y visible» de la auténtica Iglesia del Dios viviente (los verdaderos convertidos), ubicada en el tiempo y en el espacio, y evidenciada en el proceso temporal del ser humano.

La Iglesia como movimiento histórico

Esta forma de existencia se entiende como el propio «proceso histórico» de la Iglesia. Desde Adán, pasando por el pueblo de Israel, y siguiendo por todo el desarrollo histórico del cristianismo. No es la Iglesia concebida tanto como organismo, sino más bien como organización. Es el mismo movimiento histórico eclesial, evolutivo y religioso, que se ha desarrollado por los sistemas de referencia moral o doctrinal, los cuales se han ido gestando y constituyendo a través de los siglos. En esta concepción de iglesia están incluidos tanto los creyentes auténticos como los nominales, los cuales también forman parte de dicho movimiento: el trigo y la cizaña deben crecer juntos, según Mateo 13:29. La Iglesia, desde esta orientación, se define por sus rasgos morales, culturales o doctrinales, que la identifica y la une como tal, avanzando siempre en busca del consenso, la unidad, y la conformidad espiritual, con independencia de la comunión práctica.

Este proceso ha llevado en muchas ocasiones a la decadencia de la Iglesia, propia de su corrupción moral y espiritual, atribuida particularmente a sus líderes. Aunque, por otra parte, también se ha visto beneficiada por el impulso renovador de hombres y mujeres que, de manera valiente y esforzada, han intentado, en muchos momentos de la Historia, volver a las raíces de la Revelación divina: la Palabra de Dios.

La Iglesia como denominación: congregación e iglesia local

La Iglesia universal, aunque indivisible por su unidad espiritual, se divide en la práctica por denominaciones 3., debido sobre todo a distintos enfoques doctrinales, sociales y culturales. Estas comunidades, a la vez, se dividen y organizan según sus diferentes patrones de comprensión teológica, en iglesias o congregaciones locales, representando de tal forma a la Iglesia universal. Dicho concepto de iglesia está constituido por miembros realmente convertidos y por otros que no lo son; cuestión que podemos apreciar en el Antiguo Testamento, respecto al pueblo de Israel, y también en buena parte de las comunidades cristianas del Nuevo Testamento.

3. En cierta medida las denominaciones (enfocadas desde su aspecto positivo) son una expresión de la libertad cristiana, en oposición a la uniformidad esclavizadora de las llamadas «sectas».

Teniendo presente estos cuatro enfoques mencionados, nos preguntamos ahora, ¿qué forma de iglesia incluye a la comunidad en Laodicea...? Las cuatro formas que hemos visto se ajustarían, según parece, al modelo de iglesia que se recoge en Laodicea. Es iglesia perfecta, porque estaba constituida por personas salvadas, y Jesús les llama iglesia. Es visible, porque los miembros tenían una actividad eclesial evidente. Es histórica, porque la ubicamos en el tiempo y en el espacio de la Historia. Es iglesia local, porque estaban reunidos los creyentes (en tal caso también incrédulos), y organizados en una congregación o comunidad local.

Como ya venimos resaltando, lo más probable es que en la iglesia de Laodicea hubiera personas sin redimir; pero lo curioso de esto es que Jesús les sigue llamando iglesia. Esta realidad nos ayuda a considerar, con cierta argumentación, que el mensaje de Jesús –en el

pasaje de El Apocalipsis- tiene aplicación tanto para el cristiano verdadero como para el que no lo es, que también forma parte de la iglesia (congregación) como colectivo organizado.

La conclusión, desde esta perspectiva, es suficientemente bíblica: «*Conoce el Señor a los que son tuyos*» (2 Ti. 2:19).

LA RAÍZ DEL PROBLEMA

El conocimiento del Señor

«*Yo conozco*»

La expresión «yo conozco» no podemos pasarla por alto, dado que engañar a los hombres parece fácil, pero en ningún caso al Señor de la Iglesia. Él tiene un conocimiento pleno, tanto de la apariencia externa como de la realidad interna, y ningún detalle pasa inadvertido ante su presencia.

Comprendamos que el problema de cualquier iglesia se evidencia solo cuando confrontamos el estado espiritual de la comunidad, a la luz del conocimiento de Cristo. De no ser así, el pecado permanecería escondido, y por ende la propia comunidad con el tiempo se vería gravemente afectada.

Sería difícil llegar a imaginar cuánta corrupción encubierta hay dentro de no pocas iglesias. Y si lo que está escondido no sale a luz, es entonces comprensible que, como puedan afirmar algunos, no haya ningún problema... Pero, verdad es, que cuando la luz de Cristo se hace manifiesta, ésta ilumina los rincones más oscuros de imperfección que pueda hallarse. Así lo hizo notar el salmista: «*La exposición de tus palabras alumbría*» (Sal. 119:130).

Por esta causa, la primera recomendación que hay que seguir es: no ignorar el pecado, ni mucho menos intentar encubrirlo, mirando hacia otro lado como si nada sucediese. Y a continuación, se corresponde analizar la situación actual de la congregación en todas y cada una de sus áreas, enfrentándola al mensaje de Cristo. Anotemos el ejemplo del Señor, porque si Él conoce, también nosotros estamos llamados a conocer, o dicho de otro modo, a examinar nuestros caminos, sean personales o eclesiales, a la luz de la perfecta Revelación bíblica, comprobando si éstos son agradables a los ojos de Dios.

Como creyentes en Cristo, advertimos que el Señor Jesús está presente en cada instante de nuestra vida, además de estarlo en nuestra comunidad. Y Él conoce, con suficiente detalle, no solo las apariencias, sino también las motivaciones más profundas de nuestro ser. Con esta convicción sobre la presencia de Dios, el salmista pudo expresar: «*Sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres*» (Sal. 11:4). Adentrémonos, pues, en el mundo interior de nuestro ser, para distinguir nuestras verdaderas intenciones, y sigamos así las recomendaciones del apóstol Pablo: «*Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados*» (1 Co. 11:31).

Las obras de la iglesia

«*Tus obras*»

Una mención importante que destacamos de la citada iglesia, es que realizaba obras. Ahora bien, ¿qué tipo de obras eran éstas? Pues no lo sabemos a ciencia cierta. Probablemente realizaban cultos dominicales, reuniones de oración, comidas de comunión fraternal, labores sociales, entre otras actividades... Si prestamos buena atención, observaremos que el pasaje no indica que éstas fueran buenas o malas: eran simplemente obras. Y la omisión que hace el texto sobre el aspecto externo de las obras, nos ilumina, de forma natural, para comprender que la iglesia puede gozar hoy de muchas y diversas actividades eclesiales, pero seguro estamos de que para el Señor lo que realmente importa es el corazón de quienes las realizan.

En el antiguo Israel, el espectáculo pareció ser similar, hasta el punto que el mismo Señor les tuvo que recriminar: «*Vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecida mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas*» (Is. 1:14).

Podemos contemplar a lo largo de la Escritura, que el buen funcionamiento en la vida cristiana no reside tanto en la acción, sino más bien en la actitud; no en la manifestación visible de lo que hacemos, sino en el carácter interno que nos motiva a la acción, y que representa, en sí, la naturaleza misma de nuestro obrar. De igual manera, sucede que muchas congregaciones, guiadas por una errónea concepción religiosa, se centran demasiado en la actividad, cuando tenemos por cierto que lo que realmente debe importar son las personas. Además, como parece indicar el texto de EL Apocalipsis, existían miembros que estaban muy ocupados en el ministerio, pero que a la vez se habían olvidado del Señor del ministerio. Y podían trabajar para Cristo, sí, pero habían descuidado por completo la comunión con su Persona. En su afán por realizar obras, ignoraron que el Señor, en definitiva, es el que hace la obra.

La exhortación en palabras de Jesucristo es categórica: «*Separados de mí, nada podéis hacer*» (Jn. 15:5). Alejados de Cristo... podemos hacer muchas cosas, por supuesto, pero nada que produzca fruto aceptable a sus ojos.

Notemos bien que las muchas actividades que una iglesia pueda desarrollar, no es la señal definitiva de que ésta funcione correctamente. Por ello, las obras habrán de manifestarse como expresión de la «acción poderosa» del Espíritu, la cual es determinante para el buen resultado de cualquier labor realizada en la iglesia.

De la misma manera que en la comunidad de Laodicea, hoy se hallan personas que, desde la extrema visión del «hacer», se encuentran atadas a una esclavitud legalista que no les permite disfrutar de la verdadera libertad en Cristo; y por si fuera poco, su cándida ingenuidad les conduce a pensar que están haciendo lo correcto delante del Señor. Desgraciadamente para algunos la vida cristiana se limita solamente a cumplir con las obligaciones eclesiales. Otros, de forma equivalente, están satisfechos en su «ego» personal, y lo único que buscan es alimentar su orgullo religioso, emulando así al convencido fariseo: «*Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano*» (Lc. 18:12).

Al parecer la iglesia de Laodicea era muy activa, eclesialmente hablando, pero había un distintivo que la caracterizaba, y que no se encontraba necesariamente en las propias obras, sino en todo caso en el corazón de las personas; principalmente entre los líderes, como ya hemos apuntado anteriormente. Y este distintivo, como bien señala el pasaje bíblico, era lo que el Señor llamó «tibieza».

Encontramos, pues, que la iglesia de Laodicea era muy dinámica; y probablemente participó en el denominado «activismo», olvidando así lo más importante: la relación personal con Dios. Y así es como la situación que se daba en esta iglesia, encamina nuestro sentido común para enseñarnos que el «activismo religioso» solo consigue inutilizar – espiritualmente – al individuo; y éste, a la vez, se ve arrastrado por una idea equivocada del verdadero cristianismo. La enseñanza se hace mucho más notoria en palabras del mismo Señor: «*Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada*» (Lc.10:41).

Tal vez no somos realmente conscientes de la presencia de Dios, pues de lo contrario muchas de las actividades que se realizan en la iglesia no mostrarián la insipidez que se percibe; se observaría el fondo de la vida espiritual, y no tan solo las formas; se experimentaría la vida de Cristo, y no un acto meramente ritual o costumbrista, por mucho que se revista de emoción, o aparente espiritualidad... En esta dirección, debemos tener presente que las obras no son el fin, sino el efecto; no el propósito, sino la evidencia; no el motivo, sino el resultado. Cristo debe ser el propósito, el medio y la finalidad, no las obras.

Destaquemos la importancia de esta enseñanza, porque si Dios no interviene en la iglesia, si Cristo no preside y dirige los cultos, o si el Espíritu Santo no ejerce su acción poderosa, todo «lo eclesial» pierde su verdadero significado.

Sería necesario tomar cada vez más conciencia de que la verdadera prioridad consiste en mantener una buena relación con Dios (individual y colectiva); y lo demás, a todos los efectos, es la consecuencia natural que se deriva de esta unión espiritual. El escritor Francis Schaeffer, refuerza esta idea haciendo una sencilla pero práctica sugerencia: «*Eso es algo que debe buscarse consciente y constantemente. El individuo, y luego el grupo, tienen que pedirle a Cristo, conscientemente, su ayuda; buscar conscientemente la guía del Espíritu Santo, no ya de forma teórica, sino en la realidad práctica, y entender conscientemente que toda relación ha de ser primero hacia Dios, antes que tenga sentido como relación entre los*

hombres» (Francis A. Schaeffer. *La Iglesia al final del siglo XX*. EEE, 1973, 76). De manera que, si no existe una adecuada relación entre Dios y el creyente, y entre Dios y la iglesia local, las ocupaciones eclesiales pierden totalmente el sentido, por más que se intente demostrar lo contrario.

No nos queda más remedio que revisar nuestro recorrido cristiano, sometiendo todas las actividades que realicemos bajo el escrutinio de la Revelación divina; y no necesariamente para cambiar las formas externas, sino más bien para disponer nuestro corazón de forma correcta, en relación con todas las obras que podamos realizar.

Énfasis en la persona

«Que ni eres frío o caliente»

«Que ni eres», es una expresión que indica «persona», no acción, ni mucho menos cosa. Efectivamente, el fruto lo determina la raíz del árbol, y no al revés. Resultaría paradójico encontrar higos en un peral, escuchar a un gato ladrar, o ver a un pez andando por la montaña. De esta manera la naturaleza nos proporciona la enseñanza: lo que hacemos tiene que ser determinado por lo que somos.

Con demasiada frecuencia el cristiano se inclina a cambiar aquello que ve, a modificar las estructuras, o arreglar tan solo la fachada; cuando en realidad ignora que el pecado reside en el corazón, y no tanto en las circunstancias. Cambiar el corazón de las personas es lo más importante, y eso solo lo puede hacer Cristo, a través de su Santo Espíritu.

Siendo incuestionable el valor de las obras, seamos prudentes, porque con mucha facilidad podemos invertir las prioridades. Y si bien estas obras pueden ser expuestas de forma muy ordenada y correcta, observamos que la repremisión de Cristo se centra en las propias motivaciones. Dicha repremisión es para la iglesia (el grupo organizado de cristianos), pero aplicado a cada miembro en particular, como se aprecia en el versículo 20: «si alguno».

Razonando sobre dicha cuestión, discurre muy acertadamente el autor mencionado anteriormente: «*Solemos ser muy malos conocedores de las personas porque no vamos más allá de captar la personalidad superficial del otro, esto es, lo que dice, cómo se comporta, qué posición tiene, cómo va vestido: en resumen, observamos al personaje, la máscara que nos muestra; no la penetramos ni se la quitamos para ver qué persona hay detrás*» (Francis A. Schaeffer. *O. P. citada*. p. 66). La vida cristiana es genuina desde nuestro mundo interno, y no tanto desde el ceremonial externo. Esto nos lleva a pensar que, como dice el refrán, «no es oro todo lo que reluce».

Como ya hemos mencionado, «que ni eres» alude siempre a la condición interna de la persona, no a su actuación religiosa, ni mucho menos a su posición eclesial. Recordemos, por tanto, que Dios valora sobre todo la «persona», y no tan solamente lo que «hace».

Traemos a nuestra mente el mandamiento bíblico por excelencia: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento*» (Mt. 22:37,38). Si leemos entre líneas, lograremos apreciar que este versículo no prescribe las «obras» como mandato. Y el motivo parece concordar con el espíritu bíblico, aceptando así que todas las actividades eclesiales deben ser condicionadas por nuestro amor a Dios. De otra forma no serían válidas.

Por cuestión de orden en la aplicación de la enseñanza, en el apartado que sigue a continuación, los términos «frío» y «caliente» los examinaremos posteriormente.

El deseo del Señor

«Ojalá fueses frío o caliente»

El término «ojalá fueses» recoge de forma breve, y a modo de exclamación, el profundo sentir del Señor, así como el expreso deseo de bendición y bienestar espiritual para con su pueblo. Ya se reflejaba con anterioridad en la carta de Santiago: «*El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente*» (Stg. 4:5).

«Ojalá», es el suspiro que se desprende del corazón paternal de Dios, al ver a su iglesia sumergida en el agua tibia... Sin duda Jesucristo se preocupa por su pueblo, y le ofrece

constantemente su ayuda y amparo. Entonces, ¿por qué no interviene directamente hoy en su Iglesia para evitar todo desarreglo? La respuesta es sencilla: El Señor no es un rey despota, sino el Dios de amor que ofrece libertad a toda persona. Es nuestra decisión, convertida en tibieza, la que nos aleja de su presencia, cerrando así la puerta a su poderosa acción, sea en la vida personal o congregacional.

Con esta disposición mencionada, continúan resonando hoy las palabras de Jesús: «*iCuántas veces (no pocas) quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste* (rechazo voluntario)!» (Mt. 23:37). El ojalá maravilloso de Jesucristo no obliga, sino que expresa su deseo, su voluntad. Es con este anhelo que pone en manos del hombre la respuesta. Y en esta libertad ofrecida por Jesús, cada cristiano en especial, decide su propio destino: frío, caliente... o ser vomitado.

LA TIBIEZA ESPIRITUAL

Si tuviéramos que hacer un diagnóstico médico que determinara el estado de salud actual de nuestra congregación, ¿cuál sería éste?: 1º goza de salud impecable. 2º Tiene frecuentes dolencias. 3º Está gravemente enferma. 4º Parece estar muerta.

Reflexionando sobre el concepto de «tibieza», podemos advertir que la iglesia de Laodicea no tenía vida, pero tampoco estaba muerta. El ejemplo se asemeja a los animales sumidos en un gran letargo, que aunque aparentemente parecen estar muertos, sabemos que por su condición física de hibernación todavía siguen vivos. Tomando este ejemplo del reino animal, podemos observar que la tibieza de Laodicea residía en su interior, en el corazón de sus miembros. Y aun estando claro que era una iglesia real, porque albergaba creyentes nacidos de nuevo, el relato de El Apocalipsis nos muestra que se encontraban inmersos en un prolongado estado de letargo espiritual.

«*Pero por cuanto eres tibio*»

Hemos destacado que Jesucristo habla al corazón de las personas, y no cuestiona la manera de realizar el culto. Por eso mismo, notamos que a través de la Historia, cada comunidad local ha tenido y tiene su forma particular de realizar los cultos y demás actividades. Y todo es conveniente, en tanto el espíritu y las motivaciones se ajusten al mensaje claro de la propia Escritura, que a fin de cuentas es la que determinará la efectividad de las obras, y también la buena marcha de la comunidad.

Por desgracia seguimos sin aprender la lección, y somos nosotros los que acentuamos demasiado las «formas». Y por si esto fuera poco, criticamos a aquellos que no lo hacen como nosotros. Ahora, si nos fijamos bien en las palabras de Jesús, notaremos que frecuentemente apela a la conciencia misma, no tanto a los procedimientos eclesiales, que aunque no dejan de ser importantes, adquieran un marcado carácter secundario.

Dicho esto, nos preguntamos, ¿por qué una tradición del pasado debe seguir conservándose de generación en generación, cuando la Biblia no contempla radicalmente las formas de realizar el culto? ¿Qué sentido tienen, pues, y qué aportan para la renovación y edificación de la iglesia? Pensemos que las formas varían con el tiempo, y éstas se adecuan a las circunstancias del momento histórico y cultural en el que se vive. En cambio, la raíz, el fondo, la condición interna y el fundamento que rige los principios bíblicos, son invariables, y como tales deben permanecer siendo pilares de cada iglesia.

Con esta malsana forma de proceder, se incurre fácilmente en la postura de los escribas y fariseos de la época de Jesús, que centraban su atención en los minuciosos aspectos externos de la Ley, pero olvidaban lo fundamental: el amor, la misericordia, la generosidad, la bondad... La hiperbólica ilustración de Jesús es más que aleccionadora: «*iGuías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!*» (Mt. 23:24).

No hay lugar para las dudas, la tibieza espiritual es la mayor lacra arraigada en el contexto de nuestras iglesias llamadas evangélicas. Es una de las formas de apostasía más sutiles que acompaña a nuestro tan extendido cristianismo. Como tal, va realizando lentamente su labor corrupta, destruyendo indiscriminadamente a las comunidades locales, sin que apenas podamos apercibirnos de ello. Motivo por el que Jesús advirtió de las consecuencias a su iglesia: «Te vomitaré».

IDENTIFICANDO LA TIBIEZA

Comprendamos bien el proceso: La iglesia de Laodicea había avanzado en el tiempo (final del siglo I), hasta que las nuevas generaciones de creyentes pasaron a formar parte de la vida eclesial, influenciadas éstas por el contexto que examinamos en un principio: de prosperidad económica, autonomía política y bienestar social.

Como ya mencionamos, la persecución contra los cristianos por parte del emperador Domiciano (90-96 d.C.), alcanzó a la ciudad de Laodicea, y por ende a su propia iglesia. Y pudo ser, que la iglesia, a causa de no querer renunciar a su privilegiada posición y bienestar, decidió conscientemente adaptarse a la corriente imperante del lugar, y así no tener problemas en su relación comercial con el Imperio Romano. Es, precisamente, el concepto de tibieza, que no quiere tener problemas, y prefiere amoldarse a su corriente social, cultural y política, para no pagar el precio. Esto no es otra cosa que incluir la vida secular a las prácticas eclesiales, en una especie de mezcolanza que finalmente es repudiada por el Señor Jesús. Es adaptarse al medio ambiente, como lo hace el agua hasta convertirse en tibia... En esta decisión, prefirieron dejar a Jesús afuera, que renunciar a su riqueza material, y evitar sufrir las consecuencias de la persecución. Con el tiempo, esta mentalidad (como ocurre hoy día) fue impregnando la iglesia, hasta convertirse en una iglesia cristiana con espíritu mundano. Por eso Jesús se halla a la puerta, y les anuncia que de seguir así serán vomitados de su boca.

La iglesia, fundamentalmente, es una entidad espiritual (un organismo viviente), y debe funcionar como tal. Sin embargo, con la tibieza se puede llegar a convertir en una entidad cristiana de carácter social y religioso, repleta de actividades bondadosamente eclesiales, pero a la vez privada de poder espiritual.

Es importante destacar que la congregación, sin la presencia vital de Dios, se va rindiendo a una rutina vacía y llena de sinsentido; adopta las costumbres propias de su ambiente, y de este modo se sume en un estado de permanente somnolencia. En consecuencia, la iglesia va perdiendo la visión espiritual, incluso acerca de las cuestiones más básicas: la adoración verdadera; la evangelización eficaz; la predicación con poder; la comunión fraternal motivada por el amor de Dios; el estudio serio de las doctrinas bíblicas, o la meditación devocional de la Palabra Sagrada. Y lo más grave o derivado de todo ello, es que Jesús ha quedado fuera de la vida congregacional, como vemos que ocurrió en la iglesia de Laodicea.

No nos llamemos a engaño, porque se puede lograr una iglesia activa y de apariencia saludable, que goce de altos recursos económicos y de avanzadas tecnologías, pero que con el tiempo sufra de una grave e invisible enfermedad: la «tibieza espiritual».

El mismo Señor recriminó a su pueblo con firmeza: «*Misericordia quiero, y no sacrificios, y conocimiento de Dios más que holocaustos*» (Os. 6:6). La conclusión cae por su propio peso: las actividades eclesiales, por muy correctas que se muestren, no son demostración suficiente de que una iglesia esté cumpliendo con la voluntad de Dios; puesto que, si todas estas acciones son motivadas por un «espíritu tibio», lo único que provocará será un deterioro en la vida espiritual de sus miembros: «*Dice, pues, el Señor: Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado*» (Is. 29:13).

¿En qué consiste la tibieza?

En términos generales la tibieza espiritual en la iglesia consiste en remplazar la presencia de Jesús por la presencia del mundo secular, a través de las formas de culto o actividades eclesiales, de forma que poco a poco ésta se va adaptando a los valores de una sociedad incrédula; modificando así su forma de entender el cristianismo, que lejos está de ser cristianismo bíblico. Es lo que algunos llaman la secularización de la iglesia. Finalmente se convierte en una organización cristiana donde Cristo no reside.

Los síntomas de la tibieza parecen manifestarse de diversas maneras en el cristiano tibio, como por ejemplo: Canta incansablemente alabanzas al Señor... aunque con escasa conciencia de lo que canta. Dice que ama al prójimo... pero el corazón apenas se conmueve

ante sus necesidades. Eleva sus oraciones a Dios... sin embargo éstas carecen de sincera motivación, y llegan a volverse rutinarias. Forma parte de un cuerpo... pero vive con indiferencia hacia los demás miembros. Es iglesia, la comunidad de Cristo... pero al tiempo descuida la comunión fraternal entre los miembros. Puede incluso escuchar la Palabra de Dios con atención... aunque no está dispuesto a obedecerla. Anda cerca de las normas eclesiás... cuando en realidad se mantiene lejos de Dios. El cristiano espiritualmente tibio es nacido de nuevo... pero no experimenta crecimiento interior. Es regenerado por el Espíritu Santo... pero no suele dar evidencias de ello; y puede tener ministerio eclesial... pero no vivir como ministro de Jesucristo. Y así podríamos seguir mostrando los síntomas de esta grave enfermedad que asola a muchas de nuestras iglesias.

Mencionados estos síntomas, es natural que nos planteemos si es cristiano quien de tal forma vive, o realmente nunca lo fue... Podemos llegar a pensar, y con bastante razón, que la comunidad de Laodicea estaba formada por «cristianos» que no habían recibido todavía la Salvación. No resulta sorprendente, ya que el mismo Señor así lo expresó con anterioridad: «*Porque muchos son llamados, más pocos escogidos*» (Mt. 22:14).

Por otra parte, la tibieza también suele manifestarse cuando la comunidad se aleja de las enseñanzas más básicas de la Escritura. Se puede observar que en algunas congregaciones, o círculos evangélicos, ya apenas se predica la Biblia, ni se habla del ejemplo de Jesús, de sus padecimientos, de su muerte, de su resurrección, o de su retorno en gloria; y si se hace, es a modo de credo, es decir, una fórmula aprendida que resuena en la mente de muchos a manera de canción repetitiva.

Hemos de reconocer que la frialdad espiritual se ha apoderado del corazón de muchas iglesias, por lo cual resulta normal que ya no se hable del pecado, del arrepentimiento, o del Juicio final; y es que la hiper-tolerancia ha desembocado en la permisividad más extrema y pecaminosa, consiguiendo alejar al cristiano del auténtico mensaje de Cristo.

Si nos preguntáramos ¿por qué la tibieza espiritual reina en el ambiente?, nuestra respuesta es proporcional a la valoración que hagamos de nuestra vida personal. En esta pregunta, sería aconsejable revisar nuestra escala de valores, e identificar si nuestro grado de entrega a Cristo es del todo completo. De no ser así, estaríamos atentando contra la exigencia de Jesús: «*Cualquiera de vosotros que no aborrece su propia vida (pone en un segundo lugar)... que no toma su cruz y me sigue... que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo*» (Lc. 14:26, 27, 33). Observemos que la disposición interna que Jesús pide de nosotros, ha de ser completa, y sin reserva alguna. La entrega no ha de ser solo de una buena parte, sino de todo lo que soy y lo que tengo, que debe ser puesto en manos de Dios para llevar a cabo sus planes en este mundo. De forma contraria, ya le estaríamos dando cabida a la tibieza, en mayor o menor grado.

Identificando este importante asunto, podemos afirmar que a veces son nuestras decisiones egoísticas las que van desplazando la presencia de Cristo en la congregación, hasta el punto de encontrarnos en la triste situación de Laodicea.

Comprobemos, con buen criterio, si la actividad poderosa de Jesús reside en el seno nuestra iglesia local, pues su manifestación debería hacerse claramente notoria, dado que el fruto del Espíritu es el efecto del proceder de Dios en nosotros, transformado en amor, gozo, paz... como hace constar Gálatas 5:22.

No obstante lo dicho, es fácil escuchar expresiones bíblicas de aparente espiritualidad en el cristiano tibio, aunque éstas bien pueden ser revestidas de hipocresía. Una misma línea de hipocresía era trazada por aquellos personajes tan característicos de la época de Jesús: los escribas y fariseos. Estos religiosos, habiendo sido por largo tiempo los intérpretes de la Ley, fueron creando una separación entre lo externo (la letra), de lo interno (el espíritu, lo que subyace a la letra). Los evangelios muestran lo estrictos que eran a la hora de cumplir las normas legales; y en ese desmesurado énfasis legal, se habían olvidado de lo más esencial, de lo que no se ve pero se nota, que es: el amor, la justicia, la misericordia... En este caso, su tibieza, convertida en ceguera espiritual, no les permitía ver los asuntos internos: los del corazón.

Las palabras de Jesús, hacia los religiosos de su época, fueron más que rotundas: «*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera quede limpio!*» (Mt. 23:25,26).

¡Qué imagen más gráfica!: un vaso, un plato, y un fariseo lavando la parte de fuera... Y continúa Jesús en su ilustrativa comparación, diciéndoles: «*Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia*» (Mt. 23:27). Observamos que la contundente frase del Señor parece demasiado severa, pero es la realidad que vivía la élite religiosa en aquel pueblo llamado Israel. Y la enseñanza que surge de este cuadro farisaico, es claramente aplicable a no pocas iglesias llamadas cristianas de nuestro panorama evangélico mundial.

Llegados a este punto, es necesario adquirir una adecuada comprensión de todo lo mencionado, para llegar a entender que asistir a las reuniones eclesiales, cantar alabanzas, leer la Biblia, orar, ofrendar, cumplir con el ministerio... realizado como un acto meramente tradicional, exento de motivación sincera, generosa, y vacía del amor de Dios, es sucumbir en cualquier caso a la tibieza espiritual.

Las señales de un cristiano tibio

Tendríamos que esforzarnos por explicar lo que denominamos tibieza espiritual, y posiblemente ésta no tenga una clara definición. A pesar de ello, podremos formarnos una imagen bastante acertada, si analizamos detalladamente los síntomas de esta significativa iglesia. En las reflexiones siguientes lograremos apreciar que las señales que identifican a un cristiano tibio, pueden contener diversas expresiones. Por ejemplo, afirmamos que el Señor nos provee para nuestras necesidades, en cambio vivimos siempre quejándonos por aquello que nos falta. Decimos que somos peregrinos en este mundo, camino a la ciudad eterna, cuando en realidad nuestros valores están aferrados a esta vida pasajera, y nuestros bienes materiales son demasiado apreciados como para despojarnos de ellos; atesoramos para este mundo, y entre tanto, nuestra cuenta bancaria en el cielo sigue vacía. Además, creemos firmemente en la Segunda Venida, pero actuamos como si Cristo no fuera a regresar nunca. Asimismo, estamos convencidos de que el Evangelio es para la salvación del mundo, pero muy poco nos molestamos en comunicarlo a nadie. Podemos incluso predicar muy bien acerca de la paz, teniendo nuestra alma llena de preocupación e inquietud. Tal vez disertamos con verdadera destreza sobre la misericordia y el amor, pero al mismo tiempo nuestro corazón permanece insensible ante las necesidades ajenas, de amor y comprensión.

Y así podríamos seguir incluyendo innumerables contradicciones, que no se hallan muy lejos de cada uno de nosotros; porque la tibieza, cual mortífero «virus», se transmite de corazón a corazón,

Si evaluamos las diferencias esenciales entre el cristiano tibio y el cristiano fiel, podremos distinguir que: El 1º conoce la Escritura, el 2º conoce al Dios de la Escritura... El 1º adora el estudio bíblico, el 2º adora a Dios en espíritu y en verdad... El 1º cuestiona la Biblia, el 2º confía en ella... El 1º intenta definir a Dios, el 2º intenta comprenderlo... El 1º tiene muchos argumentos para demostrar la fe, el 2º tiene fe... El 1º memoriza la Palabra, el 2º intenta cumplirla... El 1º está satisfecho con la erudición bíblica, el 2º se regocija en las pruebas... El 1º busca la vocación, el 2º busca la santidad... El 1º tiene vida religiosa, el 2º posee vida espiritual... El 1º anhela el poder eclesial, el 2º busca la verdad bíblica... El 1º recibe el reconocimiento, el 2º practica el servicio.

Como podemos contemplar, la diferencia se hace notar. Y si por lo general el primer apartado no deja de ser correcto, siempre resulta susceptible de tibieza. En cambio, el segundo apartado mantiene, en la orientación adecuada, el equilibrio del espíritu bíblico.

No hacemos bien si eludimos nuestra responsabilidad ante la difícil situación eclesial en la que nos encontramos, puesto que la tibieza espiritual es la enfermedad más extendida en nuestra presente Cristiandad, y haríamos bien en prevenirnos de ella, ya que es de fácil contagio. Pensemos que tanto lo bueno como lo malo se transmite: «*Un poco de levadura leuda toda la masa*» (Gá. 5:9).

Saquemos conclusiones, porque aunque exista esa lucha de titanes entre el nuevo y el viejo hombre, interviniendo en las motivaciones más profundas del corazón, nuestra decisión habrá de ser clara y determinante: frío o caliente, pero nunca tibio.

En el momento antes de su arresto, Jesús aconsejó a sus discípulos algo que convendría tener siempre en mente: «*Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil*» (Mt. 26:41). La declaración del Maestro es más que certera. Hemos de reconocer que a causa de nuestra debilidad humana, somos claramente vulnerables a padecer de tibieza; por ello debemos estar siempre alertas, y guardarnos de tal amenaza.

Procuremos, en ese asunto, tomar conciencia de que el gran promotor de la tibieza espiritual es Satanás, el cual no se manifiesta de una forma evidente, sino que busca camuflarse en la tibieza como método más efectivo para derribar nuestra fe. No con buena intención, precisamente, se viste de «ángel de luz», según 2 Corintios, 11:14. Él mismo se pasea por doquier, tomando en sus brazos a los «cristianos carnales», de modo que los acaricia suavemente, los mece y les canta dulces canciones de cuna, para que poco a poco y sin que apenas se den cuenta, vayan experimentando la somnolencia, hasta que al final caen en un profundo sueño, del cual es difícil despertar.

Sucede que la tibieza espiritual está invadiendo nuestras personas, nuestras iglesias, y también nuestros hogares. Hoy es el programa favorito de la televisión el que suplanta a la oración y meditación de la Palabra; la comida tiene prioridad sobre el alimento espiritual; nuestra indumentaria es más importante que la comunión fraternal; y la amistad del mundo precede a nuestra relación con Dios... Así vamos cambiando las preferencias, y adaptando nuestra vida cristiana a los esquemas de esta sociedad altamente corrompida.

Resulta curioso observar de qué manera muchos cristianos admirán a esos mártires de los primeros siglos que dieron su vida por Cristo, pero en cambio no mueven ni un dedo para que la gente alcance el mensaje del Evangelio: la comodidad, la vergüenza y el orgullo propio, logran paralizar el ánimo, hasta lograr endurecer por completo el corazón.

Hoy existe un grave problema, y no son las religiones paganas, sino el paganismo cristiano; no las sectas destructivas, sino el cristianismo tibio; no el ateísmo práctico, sino la religión teórica.

Lo que hoy necesitamos, con máxima urgencia, son esforzados guerreros de la fe; cristianos valientes que se despidan de la inercia religiosa más absurda, y emerjan de la desidia espiritual en la que muchos puedan estar inmersos.

Que nuestra oración sea: *iSeñor, líbranos de la tibieza!*

Mejor el cristiano frío

«Y no frío»

La recriminación hecha por Jesús, «por cuento no eres frío», lleva el sentido de congelado, es decir, que se enfríe completamente (en cuanto a sus aparentes funciones cristianas se refiere). Dicho de otra manera, mejor le sería al creyente tibio irse al mundo, y no que el mundo entrara dentro de la iglesia por medio de él; porque, como es lógico, sería más difícil detectar el pecado; y lo más peligroso de todo es que lograría infectar a los demás miembros... Hacemos bien en no descuidar la enseñanza, puesto que la tibieza también se viste de ropaje religioso, y poco a poco, de manera sutil, va contaminando toda la congregación.

Antes que tibio, mejor ser frío. Y esto se explicaría de la siguiente forma. Primero: Mejor que el cristiano tibio no diga ni siquiera que es cristiano, para no manchar así el Evangelio de Cristo, ni ofrecer una imagen nefasta de la comunidad adonde asiste. El testimonio de un cristiano tibio crea confusión, deja en mal lugar a la iglesia, y también al Señor de la iglesia; afrenta contra el «*santificado sea tu nombre*» expresado en el Padrenuestro, puesto que con su tibieza ensucia la buena reputación de Dios. Y segundo: Porque siempre hay esperanza para un cristiano que se ha ido al mundo, y que ha conectado con las miserias de Satanás de una forma directa. Pues de esta manera existe la posibilidad de que vuelva al Señor sinceramente arrepentido... En el sentido opuesto, el tibio cree que todo va bien, que no hay ningún problema, y por lo tanto en su inconsciencia se hace más difícil convencerle de la verdad.

La conclusión se hace patente: Los cristianos calientes (consagrados) son útiles para el Señor. Los fríos aún tienen esperanza de serlo. Pero los tibios son inservibles para cualquier cosa. Es su autosuficiencia religiosa, la que les permite vivir independientes de Dios. Y esta soberbia, a veces encubierta y a veces manifiesta, casi siempre va unida a una auto-justificación de carácter meritoria, que al tiempo les llena de presunción y les separa irremediablemente de la gracia divina.

Mejor el cristiano caliente

«Ni caliente»

El término «caliente» lleva el sentido de vida interior. Valga el siguiente ejemplo a modo de enseñanza: Nuestra vida biológica se puede demostrar a través de la temperatura corporal (37°C), siendo indicador de que mantenemos nuestra salud en buen estado. Resultaría extraño tomar la temperatura corporal a una persona extremadamente activa, y que el termómetro señalara 10 grados (la muerte es segura). Evidentemente esto resulta chocante e incomprensible. Pues bien, es lo que al parecer está ocurriendo hoy. Por eso buena parte de nuestra iglesia presente ofrece un mensaje contradictorio: aparentemente tiene vida, pero su temperatura interna indica un estado de muerte. La ilustración siempre es didáctica: los grados centígrados de espiritualidad no dependen de las buenas obras externas, sino del mecanismo interno que regula la temperatura de esas obras; y este mecanismo, por supuesto, no es otro que el poder de Dios.

«Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros» (2 Co. 4:7). Para que cualquier actividad eclesial se halle impregnada de calor espiritual, y obtenga un efecto positivo, es imprescindible que el Espíritu Santo transfiera continuamente su fuego espiritual (entiéndase la idea), manteniendo de tal manera encendida la «hoguera» interior en el corazón del cristiano.

No debemos concebir una idea equivocada del fervor cristiano, pues éste no se traduce en un entusiasmo prefabricado, manipulado o artificial; ni tampoco en la expresión de una emoción exaltada, o de sentimientos desmesurados. Más bien constituye una suave brisa natural que promueve el clima de bienestar espiritual en nuestro entorno. Y solamente Cristo, por su infinito poder, puede ofrecer la energía suficiente como para activar nuestra temperatura espiritual. Es en esa receptividad de la presencia de Dios, que lograremos transmitir debidamente el calor espiritual a los que nos rodean.

Con espíritu reflexivo, deberíamos preguntarnos: ¿Cuáles son nuestros grados centígrados de espiritualidad? ¿Qué nivel de fervor habita en nuestro corazón...? No es un secreto oculto afirmar, por los tiempos que corren, que la mayoría de nuestras iglesias carecen de fervor espiritual... Pero, cuando observamos el tema en el sentido inverso recordamos que muchos cristianos murieron torturados en las persecuciones de los primeros siglos; martirizados de forma cruel por la Inquisición en los siglos posteriores; y todavía hoy es noticia en países donde hay persecución religiosa...

Discurriendo sobre el tema, recogemos aquí las palabras del famoso predicador Spurgeon, presentando la siguiente reflexión: «¿Qué hay de ti, querido hermano? Dices tú: "Bien, no soy el más caliente de todos, pero tampoco soy el más frío de todos". Entonces, tengo sospechas en cuanto a tu temperatura; pero dejo el asunto a tu propio discernimiento, haciéndote observar solamente que nunca he visto un fuego que sea moderadamente caliente» (C.H. Spurgeon. *Un Ministerio Ideal*. Vol. 1. El estandarte de la verdad, 1993, 114).

La tibieza produce náuseas

«Te vomitaré de mi boca»

Parafraseando la expresión de nuestro Señor, recogemos su mensaje central: «Estoy para vomitarte, pero te doy la última oportunidad».

Comentando este pasaje, el conocido escritor Leon Morris, concluye de la siguiente forma: «El agua caliente sana, el agua fría refresca, pero el agua tibia es inútil para cualquier propósito, y sólo puede servir como un vomitivo» (Leon Morris, *Revelation*. Gran Rapids, Eerdmans, 1987, 82). Como bien sostiene el autor, la tibieza espiritual se convierte en un

«vomitivo», que si de algo puede servir, es solamente para provocar náuseas; y no solo a nuestro Señor, sino también a cualquiera que esté conectado con la mente de Cristo.

En cierto modo el proceso decadente va transcurriendo de forma natural, y así el cristiano tibio se va alejando paulatinamente de Dios, hasta que pierde el contacto con la realidad espiritual. La infección ya se ha desarrollado lo suficiente, y el pronóstico de dicha enfermedad es mortal: «Te vomitaré»... Por muy dura que pueda parecer esta declaración, la amonestación de nuestro Señor no es un juicio condenatorio, sino más bien el resultado natural de haberle excluido de nuestra vida cristiana. Esta lastimosa situación en la que algunas iglesias pueden hallarse, es la consecuencia directa de incidir negativamente en el funcionamiento del Cuerpo de Cristo. Bien sabido es que cuando comemos alimentos que se encuentran en mal estado, nuestro organismo siente náuseas y los vomita. Esta devolución, de cualquier forma, es una medida útil y beneficiosa para proteger al propio cuerpo. «Te vomitaré», supone una advertencia demasiado seria como para evadirla, pues su implicación final es, por decirlo así, la esterilidad de la vida cristiana.

En cuanto al trato que Dios mantiene con su iglesia, sabemos que Cristo ya fue juzgado por nosotros, pagando la culpa de nuestro pecado. Pero, aun siendo esto cierto, todavía el pueblo de Dios debe ser juzgado (en el sentido de disciplina) por las consecuencias de su pecado presente. Así parece confirmarlo el autor a los Hebreos: «*El Señor juzgará a su pueblo*» (He. 10:30). Es verdad que Dios es misericordioso y paciente para con todos, pero por momentos nos olvidamos de que también es justo.

Visto el tema en líneas paralelas, existen comunidades que con sus tradiciones mal entendidas y aplicadas, han creado un gran muro que lamentablemente les distancia de la Verdad. Y el fatal desenlace, en última instancia, se manifiesta en que el Espíritu de Dios se retira de la iglesia, y su poder ya no prevalece en el seno de la misma iglesia.

Es importante admitir que, en cierta manera, las tradiciones o costumbres cristianas y eclesiales son necesarias, y válidas en el devenir histórico de la iglesia; pero, comprendiendo siempre que éstas no suplanten al mensaje de la Escritura, o se conviertan en dogma eclesial... Existen demasiadas congregaciones donde lo que se quiere conservar, ante todo, son las tradiciones del pasado; y la actitud frente a la renovación espiritual es de escepticismo, o en los casos más insensatos de rechazo absoluto, resistiendo de esta forma al mensaje renovador de la Palabra de Dios, y por ende al mismo Espíritu. Otra vez nuestro Señor apunta directamente hacia el problema: «*Por vuestras tradiciones invalidáis la palabra de Dios*» (Mt. 7:13).

Debemos advertir del peligro mencionado, puesto que en la medida que la iglesia, como colectivo, se aleje de los principios bíblicos, mayor será su debilidad espiritual, hasta quedar completamente paralizada: «te vomitaré de mi boca». Y aunque socialmente pueda mantenerse activa, y dar la impresión de que vive, en realidad se habrá hecho ineficaz para la obra de Dios... Por esta razón debemos considerar la admonición que el Señor hizo al rey Salomón, y extraer su enseñanza principal: «*Si tú le buscas, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre*» (1 Cr. 28:9).

Reparemos en que la iglesia local, como congregación, acarrea el grave riesgo de ser desechada por el Señor. Y, paralelamente, la expresión «te vomitaré» puede compararse con las declaraciones del Nuevo Testamento. Por ejemplo, el aviso para la iglesia de Éfeso fue el de «quitar el candelero» (Ap. 2:5). En otras, «Apagar el Espíritu» (1 Ts. 5:19), «morir» (Ro. 8:13), «ser destruido por Dios» (1 Co. 3:17), «contristar al Espíritu» (Ef. 4:30). Todas estas son expresiones sinónimas que se recogen a modo de «analogía de la fe», y conllevan el sentido de «inutilizar», de «hacer inservible». Dichas afirmaciones no comprenden en ningún modo la pérdida de la salvación (al que ya es poseedor de ella), pues ésta pertenece solo al Señor, y no a nuestras buenas o malas obras. Pero seguramente significa perder la comunión espiritual con el Padre celestial, y también el poder y la acción del Espíritu en la vida del creyente.

No es nada agradable tener que anunciarlo, pero al parecer son innumerables los creyentes que, apartados del verdadero camino, se han vuelto ineficaces para la obra del Señor. Al igual que una vela, con su pequeña llama, los cristianos tibios se van apagando hasta quedar en completa oscuridad. Y evidentemente pueden seguir manteniendo el protocolo ministerial, pero se han convertido en creyentes reprobados por Jesús.

Visto el panorama, no resulta nada extraño pensar que la tibieza se haya instalado en el corazón de muchos cristianos, por lo que ya no viven el Evangelio, no experimentan gozo, su vida está vacía, y su experiencia cristiana ha degenerado en una verdadera pesadumbre.

Es lamentable comprobar cómo las congregaciones se reúnen en el nombre de Jesús, pero Jesús no parece estar en medio de ellas. Y muchos de sus miembros tratan de suavizar, que también ignorar, el urgente mensaje profético de renovación, para contentar su equivocado sentido del deber religioso.

La pregunta que con mucha prudencia debemos contestar, es: ¿Existen hoy en día iglesias locales que han sido vomitadas de la boca de Jesús, y tal vez sigan funcionando como instituciones religiosas, pero que no experimentan el poder, la comunión, ni la presencia de Dios? Por simple deducción bíblica e histórica, debemos pensar que si ya ocurrió en el primer siglo de nuestro cristianismo, cuánto más en éste, el cual camina ansioso y sin retorno hacia la «apostasía».

Por todo lo señalado hasta ahora, podemos deducir, sin temor a equivocarnos, que no son pocas las congregaciones que han quedado descalificadas de la carrera e inhabilitadas espiritualmente, puesto que, como venimos enfatizando, la tibieza se ha extendido sobremanera... La advertencia bíblica de entonces, es válida para nosotros hoy: «*Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*» (Fil. 2:12).

Si nuestro orgullo, si nuestra incredulidad, si nuestra ceguera, si nuestra pobreza, está entorpeciendo la obra de Dios... no perdamos más el tiempo precioso que Dios nos ha dado, y vayamos corriendo al Médico amado para tomar urgentemente la medicina, o por el contrario nuestra enfermedad degenerativa acabará convirtiéndose en una irreversible parálisis espiritual.

El mensaje de Cristo a Laodicea es el mismo que para nosotros hoy; es como si nos dijera a cada cristiano: vive o muere (espiritualmente hablando), pero no seas tibio por más tiempo; es una ofensa al Dios de los cielos, a la Iglesia de Cristo, y al testimonio evangélico.

El origen de la tibieza espiritual

«*Porque tú dices*»

Probablemente el Espíritu Santo ha dejado de hablar, porque la congregación ha cerrado sus oídos para no oír su voz: «*Pero no quisieron escuchar, antes volvieron las espaldas, y taparon sus oídos para no oír*» (Zac. 7:11).

«Tú dices», equivale a tú decides. Nos da a entender que la iglesia de Laodicea tomaba las decisiones con independencia de lo que Dios pensara. Tal vez asentían con la cabeza preguntándose: ¿Qué tiene que decir Dios, si yo poseo la libertad para decir o decidir? O también, ¿para qué necesito su providencia, su dirección, su intervención en mi vida, si en apariencia lo tengo todo? Tú dices «yo soy rico», revelará Jesús más adelante. Con esta determinación, muchas son las congregaciones que no desean escuchar el mensaje comprometedor de la Palabra de Dios; sencillamente porque su opinión prevalece sobre la Verdad bíblica.

No pasemos por alto el hecho de que la iglesia en Laodicea disfrutaba de una buena condición económica, tenía todas las necesidades cubiertas, y reposaba en su holgura y bienestar. Parece razonable que no quisieran escuchar la voz de Dios. Y entre otros motivos, es porque en la práctica diaria no creían necesitarlo; estaban plenamente satisfechos (en apariencia). Lejos permanecía su actitud de aquella modélica oración reflejada en el Padrenuestro: «*El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy* (dependencia diaria en Dios)» (Mt. 6:11).

En este sentido, podemos pensar que las causas que provocan la tibieza espiritual se fundamentan básicamente en la vanidad y el materialismo; dos aspectos de los cuales, aunque de forma somera, nos ocuparemos en el capítulo que sigue.

En lo que se refiere a los miembros de la iglesia en Laodicea, al parecer se habían alejado lo suficiente como para prescindir de la providencia divina. En la experiencia real su dios era constituido por aquello que tenían, sin atender a la Palabra de Aquel que les proveía. El gobierno eclesial era democrático, y quien dictaminaba en este caso era la voluntad del hombre, quedando la Palabra de Cristo relegada a un mero elemento religioso decorativo... Cuando hablamos de democracia, cuán significativa es la frase bíblica: «*Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto y aquello*» (Stg. 4:15).

Así fue como aquella comunidad de creyentes desvió su mirada del Dios soberano, y poco a poco la fue situando en la propia estructura eclesial. Si captamos bien esta enseñanza, nos daremos cuenta de que, aunque pueda parecer sorprendente, para algunos cristianos lo imperante es la «iglesia» en sí, y no el Señor de la iglesia; y de esta manera exclaman con un sentido de pertenencia: *iMi iglesia!* Desde esta postura, sobresale con fuerza el texto del Antiguo Testamento: «*Porque dos males ha hecho mi pueblo* (dice el Señor): *me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua*» (Jer. 2:13).

Otra causa añadida que nos conduce a la tibieza, es la falta de fe en el poder de Dios, al desconfiar en su Palabra. Por eso hoy tiene muy poco valor lo que Dios diga, y sí mucho lo que el hombre opine. La autoridad de la Palabra es suplantada por la autoridad humana, principalmente entre los líderes, con ya hemos visto. El pecado es camuflado y la tolerancia es extrema, porque «tú dices».

Aplicando aquí el refrán popular: «*Dime de qué presumes y te diré de qué careces*», nos hace suponer que la gran presunción de la iglesia en Laodicea, lo único que sacaba a luz era su verdadera carencia, la cual se traducirá, como veremos con detenimiento, en miseria, infelicidad, pobreza, ceguera y desnudez.

Haremos bien en considerar el gran peligro de contraer esta terrible enfermedad (la tibieza espiritual), que afecta a nuestras personas y a nuestras iglesias. No descuidemos, por tanto, las directrices de Dios, sus instrucciones, sus consejos y advertencias; porque Él habla, y nosotros debemos escuchar.

4. EL MATERIALISMO Y LA IGLESIA

EL CONDICIONAMIENTO MATERIALISTA

«Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad»

Esta porción bíblica nos enfrenta con un tema de máxima relevancia, y de notable actualidad: el llamado «materialismo»; entendiéndolo éste como uno de los desencadenantes del problema espiritual que existía en la iglesia de Laodicea.

El «yo», «me», «tengo», del texto bíblico leído, son expresiones que indican las motivaciones más esenciales de un cristiano tibio, puesto que su vida es básicamente egocéntrica, que lejos está de ser cristocéntrica.

Lo que el Señor hace aquí, es precisamente sacar a luz la perniciosa autosuficiencia que mantenía la iglesia, y con ello poner de manifiesto su orgullo espiritual. Y éste, a la vez, potenciado por un enfoque básicamente materialista.

El materialismo, en contra de lo que algunos naturalistas puedan creer, no es un tema de contenido solamente ético, sino espiritual; y aunque puede suscitar cierta controversia entre los creyentes, hemos de considerar en qué medida el condicionamiento materialista de nuestra sociedad está influyendo negativamente en la vida de las iglesias.

Hablar de materialismo, desde un enfoque bíblico, absorbido por una sociedad altamente hedonista, es entrar en una importante confrontación entre el mensaje de la propia Escritura y la situación evidente de nuestro cristianismo actual; sobre todo en los países desarrollados, donde la valoración excesiva de lo material ha calado de una forma considerable: «De ninguna cosa tengo necesidad», afirmaban los laodicense.

Es cierto que existen diversas concepciones sobre el tema, y además está lleno de matices que muchas veces son difíciles de precisar. Hay distintas maneras de entenderlo y aplicarlo, desde las más descaradas, hasta las más sutiles y suavizadas por el mal, que pasadas por el molde del relativismo –tan generoso y cortés–, camuflan el materialismo de nuestra sociedad como algo tan normal y necesario, que es casi imposible desprenderse por completo de toda su influencia.

En realidad, es un tema que se ha de tratar con máximo rigor, ya que esta horrenda mentalidad se ha introducido en la Iglesia y es utilizada por el adversario, que tan cordialmente nos ayuda a presentarla de una forma compatible con la fe. Y así es como su efecto devastador consigue ensuciar el testimonio santo de la Iglesia, entorpeciendo la obra de Dios, e impidiendo la extensión del Reino de los cielos.

EL CONCEPTO Y LAS IMPLICACIONES

Concebir el materialismo desde su aspecto histórico-filosófico (aunque no dejaría de ser interesante), no nos ayudará tanto como si lo percibimos desde una perspectiva práctica: qué significa para el hombre de la calle, y sobre todo, qué implicaciones posee para el cristiano.

Primero hay que tener presente que «lo material» en sí mismo no es malo, pues forma parte de la creación de Dios. Pensar así sería admitir las posturas gnósticas de los primeros siglos de cristianismo: la materia «mala», el espíritu «bueno», y practicar al tiempo un ascetismo mal entendido, no valorando lo bello de la propia creación y su beneficio para con el hombre. A decir verdad, pudiera parecer que ya hemos superado esta forma de pensar, sin embargo, todavía dicha orientación cristiana se sigue extendiendo en algunos ambientes llamados evangélicos.

Si bien no hay que adoptar una postura extrema, es completamente lícito disfrutar de las buenas cosas que Dios nos ha dado, pues así es como lo reconoció el apóstol Pablo: «El Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos» (1 Ti. 6:17).

Una definición actual

El materialismo es una «mentalidad» (valga la expresión) que valora excesivamente los bienes materiales; de forma que muchas veces se suele escuchar: *–iEres demasiado materialista!* Representa el aferrarse a lo que da seguridad y bienestar, a partir de lo que este mundo ofrece. Como dijo el apóstol, es «poner nuestra mira en las cosas de la tierra», según Colosenses 3:2, buscando nuestra satisfacción personal en ellas. Básicamente constituye una manera de entender la vida, que no tiene en cuenta la perspectiva eterna. Con esta orientación, el materialismo se sitúa a la altura de Dios, acomodándose en el trono de esta corta vida terrenal, y declarándose el «soberano» de sí mismo: «*Soy rico y me he enriquecido*», declaraba la iglesia en Laodicea.

Meditando sobre este asunto, recuerdo que en cierta ocasión escuché en los medios de comunicación de un famoso poeta español, la siguiente frase: *–El conocido poeta... ha dejado de existir a causa de un fallo cardiaco.* Bien, seguramente el periodista no alcanzaba a entender que el hombre es eterno (en el sentido futuro), y por lo tanto no deja de existir. Esta sencilla frase esconde la condición de una sociedad claramente materialista, que evade la realidad de una vida más allá de la muerte; y en caso de que la hubiera –pensarán algunos–, mejor es ignorar dicho tema, no sea que ese conocimiento nos exija desprendernos de la mentalidad hedonista que tanto nos satisface.

Es indudable que nuestra cultura tiende hacia el materialismo, en detrimento de las cosas espirituales. Y si, por el contrario, hay alguna búsqueda de «lo espiritual», muchas veces ésta pretende ser materializada de una forma lo más evidente posible; ya sea con las imágenes, las actividades, las tradiciones, o la espiritualización emocional que busca el placer de los sentidos.

El materialismo ha creado la sociedad del «bienestar» –del estar bien–, de la comodidad, de la opulencia, de la búsqueda de un sinfín de métodos para ofrecer el máximo contentamiento al ser humano. Es lo que da sentido a nuestros sentidos... Se ha convertido en una forma de vida que no tiene presente a Dios, tal vez sí a la religión.

En lo que concierne a nuestro devenir cristiano, en muchas ocasiones nuestras vivencias no son controladas por la fe, ni entendidas desde el propio espíritu, sino solo por los sentidos materiales: vista, tacto, oído, olfato y gusto. Cada uno de ellos representa una puerta que se abre hacia el materialismo, como por ejemplo, el uso de las pantallas, los placeres de la comida, o el especial énfasis en los grupos de música del momento.

En esto, la iglesia de Laodicea fue el vivo ejemplo de congregación materialista que había dejado fuera a Jesús, declarando en su aparente seguridad: *«Me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad».* De modo semejante nuestras iglesias, en la experiencia diaria, parecen no necesitar a Dios, y probablemente sea porque la sociedad materialista nos proporciona todo lo que precisamos (más bien lo que nos hace creer que necesitamos) para saciar nuestra sed... De esta manera tenemos todos los sucedáneos de Dios, que por otra parte son más fáciles de conseguir: el camino ancho siempre está disponible.

La profecía bíblica parece apuntar en el mismo sentido: *«También debes saber esto: que en los posteriores días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres... amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita»* (2 Ti. 3:1,4,5).

Es necesario reconocer que nuestra sociedad enmarcada en los países más desarrollados, nos provee de todo lo necesario –además de lo superfluo– para disponer de una vida placentera, desde una estancia más fácil y cómoda. Y aunque todo ello tenga su aspecto positivo, el engaño que se urde está muy bien escondido... Y con este bienestar, mal entendido, poco a poco y sin apenas darnos cuenta, perdemos la necesidad de Dios y de las cosas espirituales, puesto que vamos incorporando otros diosecillos que nos facilitan todo lo que precisamos para vivir de manera satisfactoria, inclusive los elementos religiosos materializados en las actividades eclesiales, llegando así a la misma convicción que tuvo la iglesia en Laodicea: *«De ninguna cosa tengo necesidad».*

Nuestro mundo, presidido por el «dios de este siglo» (2 Co. 4:4), genera una esclavizadora dependencia hacia los atractivos recursos que ofrece, induciéndonos a ser cada vez más independientes de Dios, de tal manera que podemos llegar a olvidarnos casi por

completo de Él... Ya fue advertido por el Señor, que conoce bien nuestro corazón: «*Luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de Jehová*» (Dt. 6:11,12).

No parece absurdo pensar que, si la nueva generación cristiana opta por el placer, y es indiferente al llamamiento de Cristo, seguramente es porque se cree rica y no siente necesidad alguna de Dios y de su Palabra. Y como resultado acepta, de modo natural, las nuevas tendencias de moralidad cristiana propia de la iglesia tibia.

Esta propuesta hedonista encuentra su lugar, de forma inadecuada, en la búsqueda de los placeres que hagan equilibrar la balanza de lo difícil que resulta nuestro paso por este mundo. Las restricciones sociales; los problemas familiares; el cansancio del trabajo; el sobre esfuerzo en los estudios; unido al malestar de nuestro corazón, son situaciones que hacen girar la balanza hacia un lado. Y para equilibrarla, pues, se busca huir de esta pesadumbre a toda costa, y con ello evitar más sufrimiento a nuestro agitado ritmo de vida. Expresado con otras palabras, el filósofo inglés G.K. Chesterton, afirmaba: «*La furia con que el mundo actual busca el placer, prueba de que carece de él*».

Es de suma importancia que comprendamos todos los elementos que envuelven al materialismo: su alcance, su intensidad y, sobre todo, su influencia; no solo en nuestra sociedad, sino también en la Iglesia. Siendo conscientes, asimismo, de cómo ha impactado y qué mentalidad se ha ido formando. Y, con esta conciencia, poder identificar el problema, aplicando los procedimientos necesarios para poder luchar y combatirlo, desde una visión siempre bíblica y práctica.

Los cristianos de Laodicea tenían puesta su esperanza en los bienes terrenales, y ello les hacía ser ricos en sí mismos. Igualmente, nunca hasta hoy la Iglesia ha gozado de los recursos más sofisticados, y de los medios económicos más en alza; pero, la realidad es que cada vez somos más pobres.

La actitud ante los bienes materiales

La advertencia del apóstol Pablo es más que concluyente: «*Raíz de todos los males es el amor al dinero* (a lo material)» (1 Ti. 6:10). Si analizamos la dinámica de muchas familias, podremos observar que no se repara en gastos a la hora de comprar, mantener el coche, adornar la casa, ir de vacaciones, o pagar los estudios de nuestros hijos... Pero, cuando se trata de invertir en la obra del Señor, damos de lo que nos sobra, que por cierto, a veces son las minucias. ¿No es esto señal de tibieza? ¡Menos mal que el Señor no dio de lo que le sobraba, sino que lo dio todo, entregando su vida por completo!

Algunos pueden argumentar que tener dinero no es malo, lo erróneo estaría en afanarse por él (el amor al dinero). En esta certeza, debemos preguntarnos si podemos mantener una buena y suculenta cuenta bancaria, sin amarla; o gozar de abundantes bienes, sin lograr compartirlos generosamente con los necesitados. Tal actitud parece contradictoria con el modelo de Jesús. Sirva también el ejemplo de la viuda pobre, que dio todo lo que tenía (Mr. 12:42). Esta concepción materialista de la que hablamos, está cada vez más arraigada en el trabajo, en la escuela, en la familia, en los medios de comunicación... Incluso en las relaciones interpersonales podemos apreciar una autosuficiencia cada vez más creciente, que nos ha llevado a practicar la tibia «indiferencia» hacia nuestros semejantes, haciendo así agresión a la recomendación ética de nuestro Señor: «*Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa*» (Mt. 5:40).

En el aspecto mencionado, vemos que no iba muy desencaminado el gran científico P. Voltaire, con su atinada frase: «*Cuando se trata de dinero, todos son de la misma religión*». Queda probado que el materialismo constituye un problema grave, que nos impide contemplar a Dios con los ojos de la fe. Sin duda, son los pequeños o grandes dioses materialistas de nuestro mundo, que con sus variopintas formas y diversidad de ofrecimientos –casi inagotables–, sumergen a las personas en esa horrenda mentalidad que les separa cada vez más de Dios, les entretiene en la más absurda ingenuidad, y les hace olvidarse de su propia realidad como seres espirituales y eternos. Tal vez no nos demos cuenta, pero las turbulentas aguas del materialismo, nos arrastran hacia la sequía espiritual, en las cuales, por desgracia, se encuentran sumergidas muchas iglesias.

Las palabras que el Señor pronunció por medio del profeta Oseas al pueblo de Israel, son aplicables hoy a buena parte de nuestras iglesias contemporáneas: «*En sus pastos se saciaron, y repletos, se ensorberbeció su corazón; por esta causa se olvidaron de mí*» (Os. 13:6).

EL DIAGNÓSTICO DE LA IGLESIA

CUADRO DESCRIPTIVO DE LA ENFERMEDAD

Su inconsciencia

«*Y no sabes que tú eres*»

Siguiendo con nuestro análisis sobre la comunidad de Laodicea, advertimos que buena parte de sus miembros podrían ser no convertidos realmente. Y, si aceptamos que otros muchos eran creyentes, vemos cómo éstos permanecían acomodados en el sillón de su efímera vida, y en el constante dormitar de su decadencia espiritual.

La expresión «no sabes», describe a una iglesia inconsciente de su pecado, de su alejamiento de Dios, y de su grave tibieza espiritual. Con esta posición eclesial permanecían los laodicense en su irresponsable actitud, hasta que necesariamente el Señor ha de despertarles con una llamada urgente, para enfrentarles con la verdad que ellos no lograban ver; debido, en primer lugar, a la ignorancia que la iglesia conservaba acerca de su propia pecaminosidad (no sabes). Por ello, el Señor tiene a bien descubrirles la verdad: «Tú eres». Y aquí una vez más el énfasis recae en el «ser», puesto que el estado de inconsciencia no reside en lo que hacemos, sino en nuestro propio ser interior.

Es solo cuando comparamos nuestras vidas, de forma sincera, con el mensaje de la propia Escritura, que recibimos la necesaria luz de Dios para conseguir despertar y darnos cuenta de nuestra oscuridad espiritual. El espejo de la Palabra mostrará acertadamente nuestro deterioro, y nos ofrecerá el remedio más adecuado para toda restauración espiritual... No era otra la convicción del salmista: «*Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino*» (Sal. 119:105).

Con el fin de provocar el despertamiento espiritual en el corazón, todo cristiano debería saber la condición en la que verdaderamente se halla delante de Dios. Y, para poder ser conscientes de nuestro pecado, necesitamos realizar un examen sincero de nuestro estado actual, a la luz de la verdad bíblica... Confrontados, pues, con la Palabra de Jesús, haremos bien en examinar cuál sea nuestra situación espiritual: individualmente (valga la expresión) como hijos de Dios, y colectivamente como iglesia; y qué distancia o acercamiento hay entre Dios y nosotros, o cómo está avanzando nuestra relación personal con Él.

La frase bíblica resuena como un constante eco desde el Antiguo Pacto: «*Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento*» (Os. 4:6). La historia se vuelve a repetir al día de hoy: el pueblo no pereció por falta de obras, sino principalmente de conciencia.

El cuadro descriptivo que Jesús hace de la iglesia, parece mostrar el reverso de lo que sus miembros pensaban de sí mismos. En términos médicos, el análisis histológico puso de manifiesto unos síntomas de pronóstico grave. El diagnóstico fue desfavorable, y a la iglesia de Laodicea le quedaba poco tiempo de vida. La enfermedad era mortal, y solo Jesús podía sanarles.

Su infelicidad

«*Un desventurado*»

Esta afirmación de Jesús, sobre una congregación que parecía estar satisfecha, resulta contrapuesta a las declaraciones de la misma iglesia. El Señor asegura que era una comunidad desventurada, porque aunque sus miembros parecían tenerlo todo, la realidad interior que experimentaban era de verdadera infelicidad.

Entendemos que lo contrario de desventurado es bienaventurado, una palabra que normalmente se traduce por feliz o dichoso. Es cierto que la felicidad, en términos absolutos, no la podemos alcanzar en este mundo. Así citó el apóstol Pablo: «*Gemimos dentro de*

nosotros mismos» (Ro. 8:23). Sin embargo, toda aflicción, por muy dura que parezca, no impide que en esta vida podamos degustar los primeros frutos, es decir, los anticipos de la verdadera y completa felicidad que solo se hallará en la eternidad: «*Nosotros mismos, que tenemos las primicias* (primeros frutos) *del Espíritu*» (Ro. 8:23). Por lo tanto, aun no siendo del todo feliz, el creyente está «satisfecho» espiritualmente a causa de su comunión con Dios, porque aquel que es beneficiario de la gracia divina, consigue un profundo estado de bienestar espiritual, de contentamiento interior, y de serenidad ante la vida...

Visto el panorama, no son pocos los cristianos insatisfechos (desventurados) que unen sus esfuerzos para alcanzar la felicidad, pero se olvidan de que ésta se encuentra solamente en Dios. Los tales han perdido el rumbo y andan desorientados en esa búsqueda frenética de la felicidad, y por esta razón el estado de frustración es cada vez mayor. Aquí se hace necesario una comprensión correcta: Dios no es objeto que ofrezca felicidad, sino que Él mismo es la felicidad.

Puede suceder también que el creyente tibio, que a la vez desventurado, intente vivir como una persona feliz desde su apariencia externa. En esta simulación, lo que realmente experimenta es una carga abrumadora; pretende gozar de un supuesto bienestar, cuando en realidad se halla en un profundo estado de insatisfacción existencial. Muy acertadamente pronunciaba el profeta de parte de Dios: «*Comerán, pero no se saciarán*» (Os. 4:10).

Felicidad completa en este mundo, amigo lector, no la busques, pues ya lo advirtió nuestro Señor: «*En el mundo tendrás aflicción*» (Jn. 16:33), y no queramos «escapar de ella cual ave», como recomienda el Salmo 11:1. Las palabras del Dramaturgo griego Eurípides, parecen tener bastante sentido: «*La felicidad no es de este mundo, ni consiste en cosas externas; las riquezas pueden hacer al uno más afortunado que al otro, pero no pueden hacerlo más feliz*».

Quizá necesitamos dejar a un lado los apresuramientos y distracciones de esta vida. Y en actitud de obediencia, hacer un alto en el camino para escuchar la voz de Cristo y recibir su consejo. Solo así, y no de otra manera, podremos experimentar el reposo de nuestra alma en la plenitud del Espíritu. «*Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados*» (Mt. 11:28), fue la invitación de nuestro Señor.

Es nuestra buena relación con Dios, en último término, la que nos facilitará un estado de completa satisfacción espiritual, que de cualquier modo se sitúa por encima de la felicidad que este mundo nos pueda ofrecer. Con esta apreciación, la promesa bíblica se escribió ayer para que podamos aplicarla hoy: «*Tú guardarás en completa paz (bienestar interior) a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado*» (Is. 26:3).

Su miseria

«*Miserable*»

El calificativo «miserable» se le atribuye a una comunidad que a pesar de poseer un alto nivel económico, era digna de compasión por estar en la miseria más absoluta delante de Dios. Y los miembros no podían gozar de lo mucho que tenían, porque espiritualmente eran pobres de solemnidad.

La contradicción resulta manifiesta: En ningún momento de la Historia ha habido tanto conocimiento bíblico, ni tantas provisiones materiales para realizar un servicio cristiano eficiente. Pero, aun con tantos recursos a nuestro alcance, nunca se ha visto tanta indigencia espiritual. Nuestro mundo rico, desde su inconsciencia espiritual, se halla en la miseria más profunda, y lo chocante de esto es que la iglesia toma el ejemplo. Quién es el cristiano miserable, sino el que rechaza los tesoros que Dios ofrece a todo cristiano que así desee recibirlos. El ofrecimiento sigue todavía vigente: «*Para que os dé (Dios), conforme a las riquezas de su gloria*» (Ef. 3:16). Llegando a una conclusión adecuada, haríamos bien en reconocer nuestras miserias, y entregarnos a Dios con actitud de fe, para que, por la acción de su Espíritu Santo, nuestra vida se vea plenamente enriquecida.

Pensemos, porque si Dios posee los recursos suficientes y necesarios para enriquecer nuestra vida espiritual, ¿por qué, entonces, todavía muchos creyentes viven en la pobreza? Si la Biblia contiene tesoros inagotables que son para nuestro enriquecimiento espiritual, ¿por qué, pues, no logramos salir de la miseria?

Su pobreza

«Pobre»

Miserable y pobre son dos palabras sinónimas, y resultante la una de la otra. Si una apunta la condición (miserable) de la iglesia, la otra señalaría la situación (pobre) de la misma iglesia. La comunidad de Laodicea era rica para consigo misma, pero pobre para con Dios. De igual manera el creyente puede tener todas las necesidades cubiertas y disfrutar incluso de gran prosperidad económica, y paradójicamente hallarse como un mendigo a los ojos de Dios.

No tenemos que ir muy lejos para convencernos de ello. Simplemente analicemos el panorama general de muchas de las iglesias locales que habitan a nuestro alrededor, y evaluemos: los dones no son desarrollados, ni manifestados con poder; la evangelización es ignorada; los estudios bíblicos demasiado básicos y superficiales; los mensajes carentes de espiritualidad; mínimo el interés por las personas; y la oración se muestra la gran olvidada. Son suficientes los síntomas de una iglesia pobre que se replican en la mayoría de las congregaciones llamadas evangélicas. La propuesta de Jesús puede parecer contradictoria, pero para esto precisamente vino al mundo: *«Para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos»* (2 Co. 8:9).

Siguiendo con esta enseñanza, y exponiendo un sencillo ejemplo de la vida cotidiana, resulta significativo observar el énfasis que podemos hacer en cuanto a la preparación académica, o la formación profesional de nuestros hijos, con el único objetivo de obtener un buen empleo con alta remuneración económica, y vivir el resto de la vida lo mejor y más cómodo posible. Y sin dejar de ser lícito todo ello, a la verdad, qué pobres somos a la hora de invertir tiempo, dinero y esfuerzos, para la eternidad.

La situación de pobreza espiritual en la que quizás nos encontramos, se puede deber fundamentalmente a que valoramos muy poco las implicaciones eternas que se derivan de nuestro servicio a Dios. Y esta infravaloración de nuestro privilegio cristiano, denota en los creyentes una carencia de fe, de amor hacia Dios, y de compromiso con su obra... La recomendación bíblica, que mira constante a la eternidad, sigue siendo para todos aquellos que deseen salir de la pobreza espiritual: *«Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba»* (Co. 3:1).

Su ceguera

«Ciego»

Imaginemos que ocurriría, si al entrar en la iglesia cada miembro se tapara los ojos con una venda... El caos que se produciría estaría más que garantizado. Algo parecido le sucedió a la iglesia en Laodicea, que desde su mayor presunción aseguraba ver con claridad, cuando en realidad había perdido toda visión espiritual.

No podemos ignorar que el mundo, con su atractivo visual y psicológico, unido a nuestra naturaleza pecadora, y el diablo que anda como león rugiente, se encargan de entretenernos para que no seamos conscientes de la presencia de Dios ni de su mensaje, intentando apagar de esta forma la visión espiritual que recibimos en nuestra conversión a Cristo.

Siguiendo esta idea, recuerdo que, en una entrevista realizada, le preguntó el periodista a una persona que terminaba de ver el estreno de un largometraje: *«-¿Qué le ha parecido la película?»* La respuesta del entrevistado fue breve pero contundente: *«-iHa sido muy entretenida!»* Expresión común, y muy utilizada. Y, aunque una cierta dosis de entretenimiento no resulta perjudicial para nuestra distensión, a veces no logramos advertir las nefastas influencias de los medios de comunicación –Internet principalmente–, que consiguen «entretenernos» (en todo el sentido de la palabra); distraiendo así nuestra mente, embotando nuestra conciencia, y sobre todo paralizando nuestra fe; hasta el punto que se cumplen literalmente las palabras de nuestro Señor, cuando dijo: *«Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?»* (Lc. 18:8).

En verdad, lo que necesitamos urgentemente es una buena dosis de auténtica fe bíblica, y ésta solo se puede obtener *«por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios»*, como cita

Romanos 10:17. Únicamente de esta forma podremos ser estimulados a vislumbrar esta vida temporal con visión y esperanza de futuro.

«Tú eres ciego», fue la afirmación de nuestro Señor a los laodiceses. Es el materialismo de este mundo, sin duda, el que distorsiona la imagen de Dios y de su Revelación, provocando la pérdida de visión espiritual en el creyente. No parece nada excepcional que las clases ricas sean las que quieran saber menos de Dios, tal vez sí de la «vana religión», que no es sino una variante del materialismo con vestimentas religiosas.

En esta consideración retorna la Palabra de Dios con el mismo mensaje para su pueblo: «*Acontecerá en aquel tiempo que yo escudriñaré a Jerusalén con l'interna, y castigaré a los hombres que reposan tranquilos... los cuales dicen en su corazón: Jehová ni hará bien ni hará mal... Y atribularé a los hombres, y andarán como ciegos, porque pecaron contra Jehová*» (Sof. 1:12,17). De tal magnitud puede llegar a ser la medida de nuestra inconsciencia, que los ojos de nuestra fe van perdiendo todo discernimiento bíblico, y los sentidos espirituales logran deteriorarse hasta quedar inservibles. Así es como en ocasiones nos volvemos incapaces de comprender el mensaje divino, y como resultado de ello no conseguimos contemplar la mano de Dios obrando en este mundo... Este es motivo suficiente para acudir a la llamada del Señor, y recuperar en Él toda visión espiritual; y así no andar más cual incrédulo en la oscuridad de este mundo perdido.

Resultaría conveniente comprobar el estado de nuestro discernimiento espiritual. Y si el materialismo ha levantado una pared que nos impide descubrir la verdad divina, pensemos que detrás de esa pared hay un Dios omnipotente que tiene poder suficiente para romperla, y otorgarnos así la visión adecuada como para caminar, con pie firme y seguro, en la luz verdadera: «*En tu luz (la luz de Dios) veremos la luz*» (Sal. 36:9).

Su desnudez

«Y desnudo»

De forma ilustrativa, el pasaje de El Apocalipsis muestra la desnudez espiritual de los miembros de aquella comunidad. Su estado de desnudez era debido a que no tenían con qué cubrirse, y probablemente porque muchos de ellos no eran auténticos convertidos. No parece una impresión fuera de lugar, pues ya ocurría en las iglesias del Nuevo Testamento, como cita el autor a los Hebreos: «*No sea que permaneciendo aún la promesa... alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado*» (He. 4:1). En este caso tan particular, seguramente la justicia de Cristo no había sido imputada en la vida del cristiano nominal, que también formaba parte de la comunidad.

Si hay algo en lo que no debemos pecar, es de ingenuidad: ¡Cuántos cristianos van a nuestras congregaciones, y no han conocido a Cristo! Y están desnudos, porque no poseen las vestiduras de justicia que solo se alcanzan a través de la Cruz de Cristo. Con este enfoque, el apóstol Pablo, que era buen conocedor de la situación en las iglesias, escribe a los miembros de la comunidad en Roma advirtiéndoles: «*Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él*» (Ro. 8:9). Así, cualquier individuo sin Cristo –fuera o dentro de la comunidad– está desnudo, y por ende su corazón sigue experimentando un trágico vacío espiritual. Y aunque lo intente camuflar, el fuerte sentimiento de soledad, inseguridad e inferioridad, hace que la persona esté desprotegida por su falta de vestimenta espiritual.

Así como ocurrió en la iglesia de Laodicea, se hallan personas, sean creyentes o no, que pueden ir vestidas de muy buenas obras, lo que, a decir verdad, en sí mismo no parece negativo. Si bien, lo desacertado está en no utilizar las vestiduras de gracia y poder que solamente el Señor puede conceder, de salvación para los perdidos y de santificación para los salvos. En ambos casos, sin la gracia de Dios, en vano intentan cubrirse con ropajes religiosos para tapar la inmundicia delante de los hombres; por lo cual, lo único que transluce es una fría desnudez delante de Dios.

Llegados a este límite, no es impropio preguntarse, cada uno a sí mismo, cuál es el vestido que estamos usando... La variedad está servida: sucede que los vestidos de conocimiento bíblico son exhibidos con orgullo por algunos creyentes, y por el contrario a otros muchos no les importa ir disfrazados de ignorantes. Unos llevan trajes especiales recubiertos de conservadurismo frío, para protegerse de los posibles temporales; otros se visten con ropa extravagante de liberalismo eclesial, y con ello consiguen fácilmente

confundir al espectador. Por otra parte, no son pocos los que se abrigan con la súper espiritualidad que los emotivos espectáculos evangelísticos les brindan... Sin embargo, son los menos aquellos cristianos recubiertos con el poder de Cristo, equipados con su sabiduría, y colmados de su amor.

Desde luego, el vestido de religión que se reluce en domingo puede acallar nuestras conciencias culpabilizadoras, pero nuestra desnudez nos hace vulnerables ante los ataques del enemigo. Ante esta vulnerabilidad, el apóstol Pablo no solamente aconseja que nos vistamos con el vestido del «nuevo hombre» que Cristo ofrece (Gálatas 3:27), sino que también se nos insta a protegernos con toda la armadura de Dios, para poder estar firmes contra las asechanzas del Diablo, según hace constar Efesios 6:11.

En definitiva, la desnudez espiritual que se descubre entre los cristianos, no debería provocarnos otra cosa que no sea un sentimiento de vergüenza frente a la santidad de Dios. Solo con esta humilde actitud, podremos comenzar a disponer nuestro corazón de forma correcta, preparándolo adecuadamente para recibir el vestido de la gracia divina, la cual nos facultará para ser utilizados por Dios: «*Vestíos (constantemente) del nuevo hombre, creado según Dios*» (Ef. 4:24). «*Pues así seremos hallados vestidos, y no desnudos*» (2 Co. 5:3).

Todos estos síntomas que hasta aquí hemos observado, a modo de diagnóstico: la infelicidad, la ceguera, la desnudez, la inconsciencia, y demás indicaciones, tienen su especial encuentro en varios apartados de nuestra vida cristiana: en la vida personal, en la familia, en la iglesia... Destacaremos, a continuación, algunas áreas principales.

APLICACIÓN EN LA PREDICACIÓN

En primer lugar resulta imprescindible saber que el poder de Jesucristo se transmite en la iglesia principalmente a través de la predicación de las Sagradas Escrituras, puesto que así el mismo Espíritu la utiliza, otorgándole vida y eficacia.

Al evaluar el tema, no podemos evitar fijarnos en los mensajes que se pronuncian hoy día. Por lo general, no percibimos que la Palabra de Dios sea «viva y eficaz», ni mucho menos «más cortante que espada de dos filos», según describe la carta a los Hebreos 4:12. Así como tampoco supone la suave porción de alimento para nuestras almas; más bien quedan insatisfechas, cuando no indiferentes. No todas, pero buena parte de las predicaciones que se escuchan en las iglesias se hallan exentos de sabiduría y poder de lo alto. A decir verdad, lo único que se consigue con estos sermones es aburrir al personal. Y para más ofensa, la mayoría de mensajes carecen de significado práctico para la vida cotidiana.

Ocurre que el servicio a Cristo se ve gravemente afectado por la tibieza espiritual, y por lo tanto aquellos que deben ser predicadores de la iglesia, han quedado inservibles para la obra. Los hay que creen ser ricos, pero su pobreza se hace evidente; profesan ser felices, pero su amargura les delata; suponen conservar una visión excelente, pero su ceguera les hace tropezar: «*Porque el que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña*» (Gá. 6:3). Y si pretenden demostrar poder en la predicación, éste muchas veces resulta ser el producto de sus propias fuerzas, y no de la gracia divina. La indicación del apóstol a la iglesia de Corinto, no parece superficial: «*Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios*» (1 Co. 2:5). Claro está que las fuerzas vocales no son comparables con las fuerzas del Espíritu de Dios; y si queremos ser buenos predicadores, es el poder de Jesús lo que precisamos. De esta manera, cualquier predicador debe recibir poder, fervor y visión, de lo contrario la predicación resultará hueca y vacía, y su efecto estéril para la comunidad.

En muchos entornos evangélicos se exponen sermones repletos de palabras espiritualizadas que no adquieren ningún valor para nuestra vida; aunque, eso sí, precedidos por la pompa del reconocimiento, y adornados con chistes y anécdotas que nos reafirman como buenos predicadores, cuando en realidad estamos muy lejos del modelo bíblico, tal y como cita el apóstol a los gentiles: «*Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual*» (1 Co. 2:13). Atendamos bien, porque el secreto de la predicación no consiste solo en dominar la Homilética, sino en estar dominados por el Espíritu de Dios. Y si el Señor ha quedado fuera de la iglesia (como ocurrió en Laodicea), seguramente también de la predicación, la cual se convierte en la protagonista, cuando no el propio predicador.

En cuanto a la enseñanza bíblica en la iglesia, debemos preguntarnos, ¿por qué se mantiene a las congregaciones en la ignorancia, cuando muchos de los pastores o líderes son graduados de institutos bíblicos, y por contrapartida los miembros cometen errores propios de los niños en la etapa de la escuela dominical? Quizás interese mantenerla en la ingenuidad, para que no haya sublevación, o por miedo a perder la credibilidad, a que se agoten los recursos teológicos, las distancias se acorten, el puesto de honor tiemble, y finalmente el pedestal se caiga.

En otras ocasiones los líderes predicen lo que la congregación quiere escuchar, con el objeto de no sufrir el posible rechazo de la iglesia, evitar diversos problemas, y por encima de todo, para que no se vayan los miembros. De esta manera se opta por no denunciar el pecado, ni tampoco impartir disciplina; así todo es mucho más fácil. Por lo tanto, aquellos que dicen en su predicación: ¡No hay problemas!, ¡todo va bien!, con el propósito de complacer al auditorio y así quedar bien, seguramente no son dignos de confianza, pues no son pocos los lobos disfrazados de ovejas que acampan a sus anchas en nuestro mundo llamado evangélico.

Sobre los falsos profetas, pronuncia Jeremías: «*Y curan la herida de mi pueblo con lidiabilidad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz*» (Jer. 6:14). La predicación que se proclama fiel a Dios, en términos generales, debe alcanzar la siguiente finalidad: denunciar el pecado, anunciar juicio, llamar al arrepentimiento, y además ofrecer en Cristo el eficaz remedio. Luego, solo con los principios bíblicos expuestos, que son los mismos que presenta Jesús para la iglesia de Laodicea, se puede conseguir la restauración de los miembros de la comunidad, así como su posterior edificación.

Es verdad, la tibieza se hace manifiesta en la predicación de muchas formas, provocando insatisfacción, ceguera, pobreza y miseria. Sucede que el predicador que se determina tibio, se inclina a amar la predicación, pero no a Dios; y puede estar dando gloria a Cristo con sus labios, pero en realidad está buscando la suya propia. El predicador que está satisfecho con su tibieza, no se distingue por amar de corazón a los demás; en realidad es todo lo contrario: lo que pretende es que los demás sepan que él ama. Puede parecer absurdo, pero algunos no desean predicar, lo que quieren es que se les escuche, que se les preste atención, y se les dé importancia; pues de esta forma consiguen el objetivo de sentirse realizados. ¿No es esto tibieza?

Necesitamos, en contra de la ceguera, predicaciones con visión. En oposición a la ignorancia, predicaciones que aporten sabiduría celestial. Frente a la desnudez, predicaciones que contribuyan al enriquecimiento bíblico y el confort espiritual. En lugar de la rutina, predicaciones que irradién gozo, fe y esperanza. Contra las predicaciones pobres, necesitamos predicaciones alentadoras, con abundantes aplicaciones prácticas y, por sobre todo, proclamadas con el poder de Dios.

APLICACIÓN EN LA FAMILIA

La iglesia debe practicar la oración y adoración colectiva, la evangelización comunitaria, la comunión fraternal, y alimentarse con la predicación y el estudio bíblico de una forma dinámica. Pero, antes bien, la familia es el lugar más idóneo para comenzar a poner en marcha todo lo mencionado.

En primer lugar, los hijos, ya desde la infancia, deben ser instruidos en los caminos del Señor por sus padres, teniendo presente la gran responsabilidad que éstos asumen delante de Dios... Para ello juega un papel primordial las reuniones familiares, donde se le otorgue el primer lugar a Jesús, a su Palabra y a la oración. No menos relevantes son las células de estudio bíblico y comunión fraternal que se realizan en las casas, en las cuales se reúnen varios miembros de la comunidad.

Contemplemos el hecho de que las generaciones van sobreviniendo en la iglesia, y si no se tiene en cuenta lo dicho, la vida espiritual de los miembros de la comunidad podrá deteriorarse y acabar así en un mero cristianismo solo de tipo social y cultural, como ya hemos apuntado anteriormente. Nunca se recoge con tanta fuerza la enseñanza bíblica: «*Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican*» (Sal. 127:1).

Podemos asegurar que buena parte del fracaso de la juventud cristiana, se atribuye a la falta del buen testimonio de los padres, debido al desconocimiento –teórico y práctico– que ellos mismos poseen de Jesús como el Señor del hogar. El joven en muchos casos es el

fiel reflejo de sus progenitores, los cuales practican un seudo cristianismo, que se traduce asimismo por una despreocupación acerca de la vida espiritual. No es por tanto inexplicable que los hijos adquieran un concepto inadecuado de la vida cristiana, y en consecuencia ésta ya no les satisfaga; con el consiguiente resultado de buscar en el mundo las alternativas a una religiosidad seca y sin vida, o en los peores casos practicar una adaptación farisaica e hipócrita de los valores cristianos.

En otras ocasiones es el empacho de una fe mal entendida la que provoca una indigestión en el joven proveniente de una familia cristiana; y con mayor razón cuando en la práctica diaria la presencia de Cristo se halla ausente del seno familiar. No son pocos los hogares que prescinden de los cultos familiares, e intentan evitar los encuentros de comunión espiritual con otros hermanos. Resulta lógico, por tanto, ver cómo las sedientas generaciones posteriores acuden frenéticamente en busca de «agua» a otros lugares fuera del ámbito cristiano, o lo que es más grave, traen los ídolos del mundo a la propia vida congregacional, profanando así el «lugar santo». Es lamentable observar cómo muchos hogares cristianos se parecen más a un desierto seco y árido, que a un huerto de terreno fértil donde Dios pueda realizar su labor.

Es preciso analizar nuestras intenciones y revisar nuestros objetivos; indagar en la dinámica de nuestras costumbres, y examinar de forma constante nuestras moradas familiares... no vaya a ser que la tibieza esté residiendo en nuestro hogar, y no nos demos cuenta.

También sucede que el bien más preciado de muchos cristianos es la propia familia, y ésta se sitúa al margen de la Palabra de Dios, y de Cristo mismo. Los hijos suponen su propio «dios». Incluso, con mucha frecuencia, por miedo a que los hijos se vayan de la iglesia, los padres con toda ligereza permiten que el «mundo» seductor sea traído a la propia iglesia (lo importante –según algunos– es no dejar de asistir a la congregación), y con esta conducta se suceden las generaciones hasta llegar al modelo de Laodicea.

En una sociedad tan patriarcal como la de entonces, las palabras de Jesús eran más que provocadoras: «*Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo*» (Lc. 14:26). El texto leído no parece ofrecer ninguna duda al respecto: si alguno ama a su familia más que a Jesús, entonces es señal de que no lo acepta como su Señor y Maestro, por lo que, en tal caso, también está imposibilitado para ser su discípulo.

En esta misma dirección, se puede observar que los grupos familiares constituidos por creyentes de varias generaciones, son los que generalmente adquieren puestos de responsabilidad en la iglesia. Aunque, para desgracia de la congregación, sucede que muchos de ellos no han sido puestos por el Señor, y en los peores casos nunca lo han conocido. Y no se pretende cuestionar la veracidad de los «hijos de la iglesia», pero la verdad no se puede esconder, porque si éstos no reciben una vocación clara, entonces no se les puede conferir autoridad, ya que ésta proviene únicamente de Dios. Y lo más incongruente es que en muchas ocasiones el verdadero convertido es mirado con sospecha, mientras que los hijos del reconocido líder son aceptados sin discusiones. Y así vuelve a acontecer, como en los días de los Jueces: «*Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel*» (Jue. 2:10).

Como también pudo suceder en la iglesia de Laodicea, hoy son los clanes familiares los que se apoderan de la congregación. Y no son pocos los que se sienten con el derecho de hacerlo, porque –según parece– la fe bíblica es una cuestión «hereditaria». Tal como ocurrió en los tiempos antiguos, está pasando hoy dentro de la iglesia. Y es como si estos clanes familiares declararan, a la voz de los pueblos paganos: «*Heredemos para nosotros las moradas de Dios*» (Sal. 83:12).

Centrando nuestro pensamiento en los síntomas de la iglesia en Laodicea, podemos afirmar que el cristianismo sufre de iglesias compuestas por familias pobres, porque éstas no poseen recursos espirituales para orientarse; míseras, porque sus valores carecen de riqueza espiritual; ciegas, porque han perdido el rumbo de la vida cristiana; y desnudas, porque se hallan alejadas del amparo de Dios. La formulación es matemática: cristianos tibios crearán familias tibias, y éstas, a su vez, formarán congregaciones tibias. Luego, no nos asombremos del desenlace final: «Te vomitaré de mi boca».

Aplicando la regla de causa y efecto, podemos asegurar que Jesús está fuera de la iglesia, porque está fuera de las familias que la componen.

En la adoración

La situación que viven algunos cristianos en los cultos, se podría describir de la manera siguiente: Vamos a la iglesia a dormir, entre cabezada y cabezada comienzan los cánticos, los cuales ya no tienen significado alguno, porque se hacen repetitivos, perdiendo de tal forma la motivación verdadera. Por un lado ese aire barroco que nos hace bostezar, por otro lado ese aire moderno que aturde nuestros sentidos; y en ese estado de confusión, se va abstrandiendo nuestro pensamiento hacia la nada. Y con los párpados medio cerrados, conseguimos desviar nuestra mirada hacia el entorno, observando a los hermanos rezagados que van pasando a los asientos delanteros, como si de una pasarela de moda aconteciera... Y mientras nos vamos percatando del ambiente, y los cánticos resuenan, paralelamente movemos los labios como si de un *play back* se tratara. Una mente obnubilada y somnolienta nos transporta hacia la compra semanal, el trabajo, los problemas conyugales, o los conflictos familiares. Todo ello es el centro de nuestro pensamiento, y Jesús va quedando fuera, a la puerta de nuestra adoración. Además, acostumbramos nuestros oídos a frases que se vuelven tópicas, de forma que la adoración se convierte en un mero cántico aburrido y harto rutinario.

Con este paisaje que estamos dibujando, percibimos claramente que nuestra expresión de reconocimiento a Dios, por medio de la adoración, es mínima; las oraciones parecen ser prefabricadas, y las alabanzas son platos recalentados que nos quitan hasta el apetito; y así nuestro fervor por las cosas del Reino se va perdiendo en el absurdo.

También sucede en algunos ámbitos cristianos, que la música se vuelve un objeto hedonista que, en tal caso, permite satisfacer nuestras reprimidas necesidades sentimentales, cubrir carencias emocionales, y alentar nuestro desánimo. Junto con el cantante, los instrumentos son los protagonistas y la elaborada música es la exaltada; los cánticos son intercalados por «aleluyas» mecánicos y expresiones que están más ligadas a las costumbres que a la piedad, haciendo que la verdadera adoración quede relegada en un segundo plano.

Como siempre sucede, la problemática no radica en lo que cantamos, sino en nuestra motivación interior... La iglesia puede tener coros bien organizados, utilizar instrumentos de tecnología avanzada, contar con grandes personalidades de la música evangélica... pero si Cristo mismo no reside por su Espíritu en la adoración, ésta se convertirá en una obra llena de tibieza espiritual.

En resumidas cuentas, Dios, que ofrece luz y vida, ha de constituir el centro, motivo y propósito de nuestra adoración. De no ser así, estaremos fomentando una adoración ciega, pobre, mísera y desnuda, como igualmente ocurrió en la iglesia de Laodicea.

En la comunión

He aquí un sencillo ejemplo que puede resultar tremadamente aclaratorio, para seguir las recomendaciones de Jesús: ser caliente y no tibio... Comparemos la iglesia local con una gran hoguera, cuyos tizones arden unidos entre sí. Cuando uno de ellos es sacado de la hoguera, vemos que no pasa mucho tiempo hasta que éste logra apagarse, por no recibir el fuego y calor de los demás tizones. Así que valga el ejemplo para entender que hemos de recibir, y a su vez transmitir a los demás, el calor agradable del Espíritu... Y en esta ardua tarea, primero es menester haberlo recibido de Cristo, puesto que solamente Él puede mantener encendido nuestro fuego espiritual, con el fin de ser llamas vivas para otros. En este aspecto colectivo, la iglesia representa un cuerpo, y por eso no deberíamos funcionar independientes los unos de los otros: «*El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos*» (1 Co. 12:14). «*Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros*» (12:21).

También es cierto que existen iglesias que funcionan como hogueras, pero al igual que ocurrió en Laodicea, muchas de ellas arden con fuego extraño. Algunas, en vez de coexistir siendo una comunidad viva espiritualmente, lo hacen como una sola institución religiosa, que funciona de manera rutinaria, por la sola tradición del pasado. Otras se convierten en una especie de «club social» de amigos, entusiasmados por las reuniones y actividades eclesiales,

pero al mismo tiempo se mantienen alejadas de la presencia de Dios. Y son innumerables, además, las que están rodeadas de un fuego místico inexplicable, que se mezcla con sensacionalismo irracional, pero que en verdad carecen del fuego consistente que sólo puede otorgar el Espíritu.

Recogemos la enseñanza siempre aplicable del Antiguo Pacto: «*Pero Nadab y Abiú murieron... cuando ofrecieron fuego extraño delante de Jehová*» (Nm. 3:4). Entiéndase el principio que esconde el texto: Un cristiano carnal puede no morir físicamente, pero ser anulado espiritualmente si ofrece fuego extraño, esto es, si ocupa puestos de responsabilidad que no le corresponden por derecho, realiza prácticas extra bíblicas, utiliza en vano el nombre de Dios, o ejecuta funciones eclesiales con motivaciones incorrectas.

Por otro lado, podemos advertir cuándo una iglesia es ferviente y no tibia, por el amor que manifiesta hacia los demás. Porque Dios es amor, y si el Espíritu reside en el entorno de la iglesia local, indefectiblemente éste se habrá de manifestar. Y el amor divino bien entendido, es traducido a modo de práctica eclesial, en la correcta ética del pueblo que conoce a su Dios. En cambio, lo que se suele ver en no pocas de nuestras congregaciones llamadas cristianas, es que la indiferencia se ha hecho amiga nuestra; y la comunión es pobre, porque existe un ciego individualismo que hace que ese importante aspecto de colectividad sea mísero; al igual que en Laodicea, cada uno es rico en sí mismo... Y aunque parezca que no, esta experiencia de frialdad afectiva se halla enraizada en muchas iglesias de nuestro amplio y extendido mundo cristiano.

A la verdad, ir a la iglesia el domingo, para muchos, es solamente cumplir con el «mandamiento» establecido por un sentimiento de obligación religiosa que impone el pequeño juez que llevamos dentro; y nos es descabellado pensar que tal subordinación dominguera pueda tranquilizar los sentimientos de culpa. Como bien cita la frase célebre: «*Hay mucha gente que imagina que el domingo es una esponja que limpia todos los pecados de la semana*» (H.W. Beecher).

En la evangelización

El pueblo de Dios, que posee la nueva vida en Cristo, está destinado a ser «sal» y «luz», y a mostrar el amor de Dios a este mundo caído. De modo que si la iglesia no evangeliza, estaremos siendo infieles a nuestro Señor, incumpliendo su mandato, y a la vez descuidando nuestro llamamiento como hijos de Dios; haciendo de tal manera caso omiso al encargo de transmitir el preciado mensaje salvador. Y si es cierto que solo el Espíritu de Dios puede iluminar al incrédulo, no es menos cierto que Él utiliza a su pueblo para poder hacerlo, procurando que su Palabra sea encarnada por aquellos que verdaderamente han creído en Él.

Una iglesia «evangélica» que no «evangeliza» está incurriendo en un importante contrasentido, que no puede ser otra cosa que la muestra de su ceguera; y por ello no logra distinguir uno de los cometidos más importantes por el cual ha sido creada: ser portadora del Evangelio de Jesús.

Con todo, se realizan congresos para fomentar la evangelización, y cada vez hay más ministerios evangelísticos, folletos, literatura, recursos de Internet... pero en realidad muy pocos mueven sus pies para practicar la ordenanza de Jesús; la tibieza nos hace ser neutrales al respecto.

Tampoco se trata de predicar solo un evangelio verbal, lleno de palabras «evangélicas» que la persona ajena al ámbito cristiano no entiende. El incrédulo debe conocer que somos discípulos de Cristo, principalmente por el amor de Dios transmitido a través de nuestro buen obrar; porque una predicación del evangelio fría y de carácter solo informativo, por muy bien que esté expuesta, no posee ningún atractivo para el oyente.

La mayor virtud evangelizadora se recoge en la sugerencia de nuestro Señor a sus discípulos: «*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*» (Jn. 13:35). Si bien solamente Dios puede obrar en el corazón del ser humano, somos nosotros, como instrumentos de su gracia, los que colaboramos en tan valiosa tarea. Por consiguiente, desde una perspectiva humana, podemos aseverar que es nuestro fervor cristiano el que atraerá a los perdidos; nuestra visión espiritual, la que podrá iluminar al confundido mortal; nuestro gozo, el que hará despertar al espíritu insatisfecho; y nuestro

verdadero interés por sus almas, el que podrá cautivar su corazón. Y todo ello, visto desde una perspectiva divina, dirigido bajo el poder del Espíritu santo

Visto el tema desde otro ángulo, hoy se confunde la evangelización eficaz con la sola obra social (sin dejar de ser importante): ayudar a los pobres y marginados; implantar misiones varias; instituir centros de reinserción social, y un largo etcétera... Siendo todo ello necesario, y formando parte de la evangelización práctica, lo sorprendente muchas veces es que se descuida la predicación verbal o escrita del evangelio de Cristo. Con la excusa del evangelio encarnado, las «obras» por sí solas parecen ser suficientes. Y esta dinámica es utilizada para justificar nuestro silencio, y ofrecer una imagen servicial y bondadosa, cubriendo de esta manera el hueco de «necesidad religiosa» que ha ido inculcando la Iglesia tibia a nuestro mundo cristiano.

Es cierto que la iglesia naciente del primer siglo tuvo «favor con todo el pueblo», como hace constar Hechos 2:47, y toda iglesia debería ser así. Ahora, si leemos bien la Escritura, observamos que nuestros primeros hermanos en Cristo también denunciaron el pecado, anunciaron el Juicio final, y llamaron al arrepentimiento a todos los perdidos; presentando además el sacrificio de Jesucristo en la Cruz a favor de la Humanidad –así como su resurrección–, y transmitiendo la gloriosa esperanza del inminente regreso de nuestro Señor.

Evidentemente el Evangelio es para salvación, pero no solo de los cuerpos en sus necesidades actuales, sino de toda la persona; teniendo éste un sentido fundamental de trascendencia eterna: salvación o condenación. Entendamos que Satanás, con su teología de la liberación, logra cierta ventaja –en su conquista personal–, pues solo con cambiar los conceptos bíblicos sobre evangelización, consigue presentar un mensaje falseado del Evangelio; pues éste libera de las circunstancias adversas, a condición de que el corazón siga estando en esclavitud, conservando de esta manera el sello de la condenación por la eternidad.

A la iglesia tibia, definitivamente, le es más cómodo ser aceptada por los demás a través de sus obras sociales y humanitarias. Y a veces lo hace con el propósito de evitar el rechazo, o que la sociedad no murmuré; pues no se atreve a presentar la verdad del Evangelio sin reservas, como lo hizo el Señor Jesucristo.

Y entre tanto Satanás se lleva incansablemente cada día miles de almas al infierno, mientras la Iglesia del Señor duerme en su plácida condición, sin distinguir esta dura realidad; y así transita reposadamente por este mundo perdido, sin apercibirse de que el cometido es el mismo hoy, que el que fue ayer: «*Me seréis testigos*» (Hch. 1:8).

En la enseñanza

Es verdaderamente ilustrativo el encuentro de Felipe con el etíope eunuco, y el diálogo que sostuvo: «*¿Entiendes lo que lees? Él dijo: ¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?*» (Hch. 8:30,31). Valga el relato bíblico, para comprender que la Palabra inspirada es el medio por el cual Dios mismo dirige al incrédulo hacia la verdad. Pero, estando en lo cierto, no nos olvidemos de que también con ella el Señor gobierna y sostiene a su Iglesia, puesto que es el alimento por el cual la nutre, la sustenta y la dirige. Y así el pueblo cristiano vive la vida de Cristo al obedecer su Palabra.

Reparemos en el peligro, porque si la comunidad no es instruida en el camino correcto, no nos preocupemos, el mundo secular, o bien las corrientes extremas del cristianismo, se encargarán de hacerlo.

Habrá de causarnos cierta preocupación, al ver cómo la carencia de instrucción bíblica se evidencia en la gran desorientación, teórica y práctica, que existe entre los miembros de muchas comunidades. Como máximo son bautizados en el río, y luego... que se los lleve la corriente (de este mundo). Lo más frecuente hoy es lavarse las manos, tal como lo hizo Poncio Pilato; es sin duda lo más rápido para escabullir el compromiso, y desligarnos de posteriores responsabilidades incómodas.

Como ya hemos considerado, también existen pastores o líderes que proclaman un solo mensaje para sus miembros: *itodo va bien!* El pecado se ha introducido e impide el avance del reino de Dios, pero no importa, *itodo va bien!* El cáncer se va extendiendo por dentro sin que nos demos cuenta (pobreza, ceguera y autosuficiencia), hasta que acaba con la vida espiritual de la congregación (*te vomitaré*), convirtiéndose así en una iglesia estéril e

inservible. Pero, ino nos preocupemos!, itodo va bien! Y en los peores casos es la misma congregación la que consiente, implorando a los profetas de nuestro siglo: «*No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentira*» (Is. 30:10); y todo ello para seguir alimentando nuestra cómoda tibieza... Una vez más no podemos ser complacientes con el engaño, porque la comunidad que tolera a los dirigentes tibios o fraudulentos, se hace cómplice de su pecado, y por tanto culpable delante de Dios.

Contemplando el tema desde el otro lado del péndulo, también existen líderes que si bien ofrecen abundante enseñanza bíblica a la iglesia, nunca se desprenden de la vara correctora, dando varapalos a diestro y siniestro; creando con ello una congregación más que «edificada», en todo caso «magullada»... No debería procederse de tal manera, pues la enseñanza, o bien la repremisión bíblica, debe hacerse siempre con verdadero amor. De no ser así, es muy difícil digerir cualquier disciplina; y la iglesia, por culpa mayormente del legalismo cristiano, se convierte en un cuerpo herido y maltratado.

Hechas todas estas precisiones, tengamos presente que si la congregación no es bien instruida en la Palabra, ésta no podrá vivir una experiencia de auténtico crecimiento espiritual, y en muchos casos se convertirá en una «guardería», donde constantemente se ofrece la misma leche de las bases doctrinales...

En la disciplina

La amonestación de Jesús a la iglesia de Laodicea fue principalmente para los líderes (al ángel de la iglesia), como ya hemos considerado. Y se supone que, más allá de comunicar sólo el mensaje, la efectividad se logra cuando el cuerpo gobernante consigue aplicar disciplina y corrección en la iglesia local. Y al igual como procedió nuestro Señor, en caso necesario haremos bien en denunciar los graves desajustes en la iglesia, y no seguir desviando nuestra mirada hacia otra parte, como si nada ocurriera... Fue de forma contraria como obró el Señor, exponiendo el pecado de su iglesia: «Por cuento eres tibio», les declaró.

Pese a ser cristianos e hijos de Dios, resulta de buen juicio reconocer que la maldad todavía se halla en nuestro código genético, que ha impregnado nuestra existencia, y que no podemos arrancarla por completo de nuestro ser. Entonces, no deberíamos ser indiferentes ante inclinación tan poderosa, ni siquiera ingenuos en cuanto a potencial de maldad que habita en las congregaciones llamadas cristianas, máxime si también se hallan cristianos nominales. Desde el libro del Génesis ya se nos advierte del peligro: «*Porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud*» (Gn. 8:21).

¿Qué se debe hacer, pues, con el pecado de tibieza que afecta a la iglesia? Recogemos aquí la sabia enseñanza de Jesús en el Evangelio: «*Dejad crecer juntamente lo uno (el trigo) con lo otro (la cizaña) hasta la siega*» (Mt. 13:30). La cizaña en el campo de la iglesia hay que dejarla crecer, porque podemos confundirla fácilmente con el trigo; pero se entiende que las malas hierbas se deben arrancar, por el bien de toda la comunidad. Dicho de otro modo, el pecado de evidente tibieza no se puede tolerar en la iglesia. Es preciso detectarlo y combatirlo, y así establecer normas bíblicas de prevención (lejos de liberalismos) para impedir el avance de la enfermedad, y finalmente conseguir erradicarlo; protegiendo así el testimonio colectivo, y favoreciendo el buen funcionamiento de la iglesia. De esta manera, toda enfermedad espiritual –como puede ser la tibieza– hay que descubrirla, y en caso preciso, aplicar la buena disciplina bíblica en la congregación. Porque, antes de que la iglesia resulte descalificada, es preferible denunciar la verdad; aunque con ello se sufra, en caso necesario, el trauma consiguiente de la pérdida de miembros (caliente o frío).

5. EL REMEDIO PARA LA RESTAURACIÓN

EL CONSEJO DEL SEÑOR

«*Por tanto yo te aconsejo»*

La frase «yo te aconsejo» representa una expresión de amor, de comprensión y de paciencia. Subraya la enseñanza de que ante cualquier problemática en la comunidad, Jesús no permanece al margen, indiferente, sino que por el contrario sigue compadeciéndose de su pueblo. Es la recomendación amable de un médico a su paciente.

Nuestro Señor no se ha mantenido en la distancia, inalterable, sin hacer nada ante nuestra pobre condición. Tampoco nos ha pagado con la misma moneda de ingratitud, sino que nos ha visitado, acercándose a nuestro corazón con abundante paciencia. ¿Y cómo lo ha hecho? Pues no como el Juez que castiga al culpable, sino como el Pastor amado que va en busca de sus torpes ovejas descarriadas. De ahí que sus palabras resuenen como un canto de esperanza en el corazón de los perdidos: «*Porque el Hijo del Hombre ha venido para salvar lo que se había perdido»* (Mt. 18:11).

De igual forma el apóstol Pablo quiso seguir el ejemplo de su Maestro. Así lo manifestó, escribiendo a los incorregibles corintios en una verdadera actitud de amor y comprensión: «*Aunque amándoos más, sea amado menos»* (2 Co. 12:15).

Como podemos comprobar a través de la Escritura, tampoco fue distinto el trato del Señor hacia la nación elegida: «*Y hasta las canas os soportaré»* (Is. 46:4). Y ante aquella situación de evidente rechazo (en la iglesia de Laodicea), el Rey y Soberano no respondió con ira, juicio o maldición; sino que, exponiendo la verdad con claridad, advirtió del grave peligro que corrían, y ofreció la solución de una forma amable y cariñosa: «*Yo te aconsejo»*...

Visto en el sentido opuesto, no es infrecuente ver cómo ciertos creyentes, a modo de juez implacable, juzgan a otros, manteniendo por largo tiempo resentimientos contra la iglesia: disgustados por la conducta del pastor, o por ciertos hermanos que no han correspondido como deberían... Con esta equivocada actitud, acumulan ira en sus corazones, y generan una peligrosa raíz de amargura interior... Sin cuestionar que se pudiera tener razón en muchas conclusiones, vemos que no fue ésta la disposición de nuestro buen Pastor para con la deficiencia humana, y tampoco debería ser la nuestra.

Llama la atención la siguiente frase popular: «*La iglesia es el único hospital que fusila a sus heridos»*. Razón había en aquellas palabras tan ilustrativas, pues en ocasiones la crítica destructiva o las murmuraciones condenatorias que proferimos con nuestros labios, solamente consiguen rematar al hermano caído. No fue desacertado, en este aspecto, el consejo del apóstol: «*Más no lo tengáis como enemigo, sino amonestadle como a hermano»* (2 Ts. 3:15).

Haremos bien (sin esconder la realidad del pecado), en recordar que el proceder de Jesús, ante su pueblo rebelde, se ha manifestado siempre a través de una actitud de amor, comprensión, e infinita paciencia.

LA SOLUCIÓN ESTÁ EN JESUCRISTO

«*Que de mí compres»*

Aunque esta expresión puede resultar un tanto difícil de entender, el consejo que nos brinda el texto bíblico para la restauración espiritual, consiste en «comprar de Jesús»... La adquisición de nuestra salvación fue sin dinero, verdad es, pero para conseguir que dicha salvación obtenga un desarrollo santificador apropiado, todavía debemos seguir comprando aquello que Jesús ofrece.

Razonemos aquí en clave de cliente y vendedor. En primer lugar, el cliente va a comprar porque se da cuenta de que carece del producto. En segundo lugar, acude al

vendedor, reconociendo su escasez, y sabiendo que éste posee la mercancía que precisa. En tercer lugar, para poder comprar obviamente tendrá que pedirle el producto, y así entrar en diálogo con el vendedor. Y de esta forma se cumple el texto bíblico: «*Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá*» (Mt. 7:7). Es como si Jesús dijera: *–Yo soy el que tengo las mercancías que tú necesitas, ven a comprarlas, son gratis.* Se entiende que tales mercancías, según las necesidades de la iglesia de Laodicea, son esencialmente de carácter espiritual.

Si nos fijamos bien en la problemática de Laodicea, notaremos que ésta fue una ciudad muy comerciante; motivo comprensible para que la mirada de sus ciudadanos estuviera puesta en las mercancías que compraban y vendían. Por esta causa, desde la perspectiva eclesial, Jesucristo recomienda a su pueblo que antes de poner su atención en las actividades, ha de atender primero a su Persona. De esta forma el creyente no debe mostrar su especial interés en las mercancías, sino en Aquel que las vende; ni tampoco en el precio que se ha de pagar, porque son gratuitas.

Para alcanzar la verdadera riqueza espiritual, se requiere centrar la mirada en la persona de Jesús, el Vendedor, y así recibir de Él toda gracia abundante: «*Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe*» (He. 12:2). Así es como lograremos percarnos de que nuestro Señor no solamente es objeto de la fe, sino que ésta procede de Él, y asimismo la perfecciona en nosotros.

Debemos tener presente, en este punto, que todo lo que precisamos para el progreso de nuestra vida espiritual, lo recibimos de Cristo; que el devenir de nuestra existencia depende de Él; que el triunfo en nuestra vida cristiana se sirve de lo que recogemos de sus manos; que las obras que hagamos son vanas e infructuosas si Él no las fructifica; que cualquier actividad eclesial que realicemos carece de valor si su poder no nos acompaña... Y esta es la clave de una rica y abundante vida espiritual: nuestra relación con Cristo. «*Separados de mí nada podéis hacer*» (Jn. 15:5), advirtió nuestro Señor.

No olvidemos, por tanto, que la mano invisible de Jesús se muestra siempre dispuesta para levantarnos, fortalecernos, y ofrecernos las mercancías necesarias para nuestro completo bienestar espiritual. La reconversión de Cristo hacia aquel pueblo rebelde, es también aplicable para nosotros hoy: «*Y no queréis venir a mí para que tengáis vida*» (Jn. 5:40). Lo lamentable de nuestro cristianismo mal concebido, es que hacemos tanto énfasis en la vida cristiana, que nos olvidamos del Cristo de la vida.

UNA ADQUISICIÓN IMPERECEDERA

«*Oro refinado en fuego, para que seas rico*»

Aun siendo cristianos, nuestra naturaleza humana es interiormente «pobre», y nada puede ofrecerle a Dios. Por eso nuestro enfoque no se centra en lo que podamos hacer para el Señor.

En ocasiones estamos tan preocupados por lo que debemos hacer para Dios, que no reparamos en lo que Dios quiere hacer por, en, y a través nuestro. Y si es cierto que lo que hacemos tiene un valor, en la vida cristiana todo es aceptado en tanto sea amparado por la gracia divina y dirigido por el Espíritu Santo.

Indudablemente la definición del texto bíblico citado se refiere a la riqueza espiritual, muy poco valorada en nuestra sociedad materialista. Además, el oro puro mencionado, no representa necesariamente las acciones de los santos, pues el oro proviene de Cristo. Más bien significa el relucir de la obra de Cristo a través de tales acciones; pues así es como Él debe presidir, dirigir, controlar, bendecir, y fructificar toda buena obra dispuesta para su gloria.

El oro que ofrece Jesús, en este aspecto, simboliza el fruto del Espíritu que impregna todas nuestras actividades, dándoles la calidad y el valor necesario para que resulten efectivas. De esta forma nuestra naturaleza humana se ve gratamente enriquecida y perfeccionada por la acción divina. El mismo sentido se hallaba en la respuesta del Señor al apóstol Pablo: «*Mi poder (el de Cristo) se perfecciona en la debilidad*» (2 Co. 12:9).

Las obras del cristiano que han sido hechas por el poder de Jesús –cual oro refinado– son de gran estima, y adquieren un valor imperecedero, porque son hechas por y para Cristo.

De todos modos, la validez de las obras que permanecerán por la eternidad, está relacionado con la calidad y no con la cantidad. Así parece concebirlo el texto bíblico: «*Y si sobre este fundamento (Cristo) alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno (en particular) se hará manifiesta*» (1 Co. 3:12,13). La pregunta parece inevitable: ¿En qué calidad de material estamos edificando?

En el sentido paralelo, y materialmente hablando, es preferible ser pobre en este mundo, inclusive pasar las necesidades más extremas, pero, sin embargo, poder disfrutar de la abundante riqueza que Jesús, el Juez justo, nos entregará en el día glorioso de su regreso..

LA JUSTICIA DE CRISTO

«*Y vestiduras blancas para vestirte*»

Como ya hemos sugerido, probablemente en la iglesia de Laodicea había cristianos nacidos de nuevo, y «cristianos» no regenerados por el Espíritu. Aceptando, por tanto, esta doble vertiente, nos permitimos la libertad de hacer una doble aplicación del texto:

Para salvación

Cristo es el único que puede ofrecer las «vestiduras blancas» para nuestra salvación, esto es, un corazón nuevo, limpio y renovado, delante de Él. Son las blancas vestiduras de la justificación que él ganó en la Cruz, las que pueden vestir a todo aquel que se acerca por la fe, arrepintiéndose de sus pecados y confiando en su obra expiatoria. Con esta visión redentora, podemos exclamar como el salmista: «*Mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación*» (Is. 61:10).

Al reflexionar en esta dicha salvadora, descubrimos que la situación de desnudez espiritual en la que se hallaba la iglesia en Laodicea, nos conduce a pensar con cierta sensatez que muchos miembros de las iglesias llamadas cristianas necesitan realmente aplicar en su vida la justicia de Cristo. No son pocos los que han aprendido bien la lección bíblica, pero al parecer nunca han sido regenerados por el Espíritu... La exhortación del apóstol Pablo va dirigida en la misma dirección: «*Porque algunos no conocen a Dios; para vergüenza vuestra lo digo*» (1 Co. 15:34).

Para santificación

El destacado comentarista bíblico William Barclay, realiza la siguiente consideración: «*¿Qué significa este vestido blanco? Puede muy bien representar las cosas hermosas de la vida y el carácter que solamente Cristo puede ofrecer a los hombres*» (William Barclay, *El Apocalipsis*. La Aurora, 1975, 170). No parece irrazonable la propuesta del autor, que relaciona estrechamente el carácter con la vestimenta... Recogiendo el sentido metafórico, el vestido de Cristo habrá de ser la expresión visible de nuestra realidad interior, esto es, de nuestro carácter cristiano; de otra forma sería caer en el engaño, y como ya hemos analizado, sucumbir a la tibieza espiritual. Por consiguiente, si nos llamamos cristianos, nuestro vestido espiritual no puede contradecir la nueva y gloriosa posición que el cristiano tiene en Cristo. De ser así

Con verdadera conciencia les insta el apóstol Pablo a los miembros en la comunidad de Roma: «*Vestíos del Señor Jesucristo*» (Ro. 13:14). Conforme el texto bíblico, la persona que ha obtenido las «vestiduras blancas», que le cubren de justicia verdadera, debe seguir vistiéndose y renovándose constantemente. Entendemos que solo Cristo nos proporciona diariamente la blancura de un camino consagrado, donde la manifestación de toda vida redimida se evidencie a través del carácter manso y humilde que, para que tomemos ejemplo, el mismo Señor imprimió en su vida terrenal.

Así pues, la justicia divina es imputada al perdido en la justificación, pero debe ser impartida al cristiano en la santificación. Solo por la justicia de Cristo podemos ser salvos, pero también solo por la justicia de Cristo podemos ser santificados.

Vestirse de Cristo implica, entre otras cosas, la dependencia absoluta de su gracia. La cual se evidencia especialmente cuando mantenemos nuestra comunión espiritual con Dios,

a través de la meditación de la Biblia y la oración, principalmente, en espíritu de obediencia absoluta. Ello es lo que impulsará todo crecimiento moral y espiritual. Como resultado de tal proceso, se pondrá en evidencia el desarrollo de un nuevo carácter cristiano, en el sentido moral del concepto. Aclaramos que en su sentido psicológico el carácter no cambia, aunque sí se controla, moldea y ajusta, según los valores cristianos.

En definitiva, todo el proceso de santificación en la vida del creyente, que en sí mismo constituye la «vestimenta cristiana», es gracias a la justicia de Cristo, y en ninguna manera a la nuestra propia.

LA VERGÜENZA DEL CRISTIANO CARNAL

«Y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez»

Este es un consejo de Jesús a una iglesia desnuda de la protección de Dios, para evitar que descubra la desnudez de su justicia propia, y se vistan con la justicia de Cristo; porque de no ser así, pronto se descubriría su vergüenza. Atendiendo al texto bíblico: «*Pobreza y vergüenza tendrá el que menosprecia el consejo*»

A veces nuestra inconsciencia no permite que veamos la propia desnudez espiritual... ¿Cómo conseguir, entonces, salir de la inconsciencia? Ocurre que si nos comparamos con aquellos que nos rodean, probablemente será difícil percibirnos de nuestra deficiencia. En cambio, cuando elevamos nuestra mirada a Dios, y observamos su inmensa grandeza, entonces no tendremos por menos que reconocer nuestra evidente pequeñez. Si logramos experimentar el amor del señor en nosotros, y siempre por la vía del contraste, reconoceremos en seguida nuestra falta de amor hacia los demás. Es solo cuando nos percibimos la perfecta santidad de Dios, que logramos descubrir nuestra grave pecaminosidad.

La comparación con la perfección y santidad de Dios, es lo que nos proporciona una perspectiva correcta de nuestra situación espiritual. Así, cuando desde nuestras limitaciones comprendamos el gran poder de nuestro Señor, veremos entonces claramente reflejada nuestra propia debilidad. Y en la medida que empezamos a recibir su sabiduría, con más intensidad evidenciaremos nuestra propia ignorancia. Y de esta manera, conectados con nuestra marcada imperfección, nos apercibiremos de la evidente desnudez propia, y será entonces cuando se produzca el deseo de vestirnos con el ropaje de su gracia.

No sirve de nada mantener el orgullo propio, pues éste contribuye a que cualquier cristiano permanezca inconsciente de la presencia divina, y del estado espiritual en que se encuentra delante de Dios.

A tenor de lo expresado hasta aquí, es preciso aplicar humildad, y reconocer toda desnudez espiritual. No dejemos que el vestido del orgullo se apodere de nuestra alma, creyendo que está bien abrigada; siendo así traicionados por nuestra intransigente obstinación... Es el pecado del «orgullo», con toda seguridad, lo que hace que Jesús vomite de su boca al cristiano tibio. «*Porque Jehová es exento, y atiende al humilde, mas al altivo mira de lejos*» (Sal. 138:6).

Ahora bien, ¿a qué vergüenza se está refiriendo nuestro Señor? No lo sabemos a ciencia cierta. «*Vergüenza y confusión perpetua*» (Dn. 12:2), será para aquellos incrédulos que no hayan adquirido gratuitamente las vestiduras blancas de salvación ofrecidas por Jesús. Y añadimos aquí a todo cristiano nominal, que no ha sido salvo, como deducimos que pudo ocurrir en iglesia de Laodicea. Por otro lado, para Dios es vergonzoso ver a sus hijos sumergidos en el agua tibia: para Dios y para su iglesia verdadera, claro está. Se convierte en un acto bochornoso el observar a personas que habiendo recibido la salvación, viven adaptados a la mentalidad de este mundo, sin pagar el precio de la vida cristiana.

En cierta manera también el creyente podrá experimentar vergüenza cuando tenga que dar cuenta de su salvación en el Tribunal de Cristo: «*Para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados*» (1 Jn. 2:28). Con lo cual, es mejor reconocer nuestra desnudez ahora, que no ser descubiertos en aquel día, donde todos los cristianos habremos de dar cuentas de nuestra labor realizada en este mundo temporal.

RECUPERANDO LA VISIÓN ESPIRITUAL

«*Y unge tus ojos con colirio, para que veas»*

Partimos sobre la base de que el hombre natural se halla imposibilitado para discernir espiritualmente, y solo la acción sobrenatural del Espíritu Santo (el colirio) en la mente y corazón del creyente, permite obtener un enfoque claro de la naturaleza humana, una comprensión adecuada de Dios, y una visión correcta de la vida cristiana. Las palabras del profeta nos recuerdan el estado actual de buena parte del pueblo de Dios: «*Oíd ahora esto, pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye*» (Jer. 5:21).

La buena marcha de nuestra vida espiritual va a depender, en gran medida, del conocimiento que tengamos de Dios y de su obra. Pero dicha tarea no es posible, si no recibimos permanentemente la luz divina. La ceguera espiritual permanece adherida a nuestra propia naturaleza caída, y aun recibiendo inicialmente la iluminación del Espíritu, a causa de nuestra dejadez y negligencia, podemos perder con el tiempo la visión espiritual: «*Pero el que no tiene estas cosas tiene la vista muy corta; es ciego*» (2 P. 1:9).

El remedio para los miembros de Laodicea, al igual que para nosotros hoy, consistía en reconocer la propia ceguera espiritual, y continuación acudir al trono de la gracia divina, para poder ser ungidos con el colirio invisible, que representa la acción sanadora de Jesús.

La causa de la ceguera espiritual, en el caso que nos ocupa, no consiste en la ausencia de vista, sino en pensar que se ve, sin ver. Este era el gran defecto de los antiguos líderes del pueblo de Israel: «*Si fuereis ciegos, no tendríais pecado; mas ahora porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece*» (Jn. 9:41). Definitivamente, todo cristiano afectado de tibieza puede alcanzar una correcta visión –desde la dimensión espiritual–, cuando reconozca su ceguera (sea mayor o menor) y que por sus propias fuerzas no puede recuperar la vista.

Por tanto, reconocer la enfermedad oftalmológica es el primer paso para la completa curación... Y seguidamente, corresponde visitar al Médico amado, pues solo Él puede restaurar nuestra incapacidad visual. Una vez resuelto el problema, no nos olvidemos de acudir a las periódicas revisiones del Oftalmólogo divino, para poder conservar nuestra visión en óptimas condiciones.

Hemos visto que los laodicense realizaban muchas acciones en la iglesia, pero al tiempo les faltaba algo no poco importante: visión espiritual. Conocida la resolución, recogemos aquí la frase del experimentado Job, cuando después de haber pasado por la dura prueba, exclamó a Dios: «*De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza*» (Job. 42:5).

EL AMOR DE JESÚS

«*Yo reprendo y castigo a todos los que amo»*

Resulta llamativo observar que en el texto griego no se utiliza la palabra «ágape» para traducir «amo», sino «fileo». Este vocablo griego nos habla de un amor cercano, cálido y a la vez tierno. Pese a la primera impresión de dureza, en la declaración de Jesús no se incluye el juicio divino para su iglesia, sino más bien la amonestación afectuosa que le pueda hacer un amigo a otro.

El autor citado anteriormente sigue diciendo: «*Reprender es hacerle ver a la otra persona el pecado, con amor*». Destaquemos la palabra amor, y tomemos ejemplo los cristianos. Siendo la disciplina es necesaria, pero en ningún caso hay que dispensar un trato brusco, pues en muchas ocasiones la represión hecha sin amor, puede generar rebeldía.

Si alguna vez nos encontramos con la responsabilidad de tener que reprender a alguien, vayamos con cuidado de no aplicar la teología del garrote, sino la teología del amor. Si nuestro Señor nos reprende, sin duda es para evitar la consecuencia del pecado, y si nos castiga, es para nuestra corrección. Es siempre un acto de verdadero amor hacia su pueblo, y en ningún caso de odio o rechazo... No pretendamos evitar, pues, la disciplina de Dios, «*porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere*» (Pr. 3:12).

El comentarista nos recuerda una sencilla enseñanza ya conocida, pero que posee clara aplicación en el orden de la vida espiritual: «*Un hecho de la vida es que no hay manera*

más segura de arruinar el futuro de un niño que permitirle hacer lo que se le antoja» (Willian Barclay. O.p.citada, p.172). Es cierto, si el Señor nos tratara como a caprichosos infantes, y su amor fuera indiferente al pecado, solo conseguiría fomentar nuestro egoísmo y alejarnos cada vez más de su presencia. Y, para que no se produzca esta malsana condición, el propósito de su buena intervención disciplinaria, tiene como objetivo el no añadir más juicio a nuestras personas, puesto que como se sabe la paciencia de Dios tiene un límite.

Por este motivo necesitamos obtener una perspectiva correcta, no solo de un Dios bonachón y permisivo, que todo lo perdona, cuya condescendencia no tiene límite, y cuya paciencia es hasta el infinito; sino que hemos de recuperar la visión de un Dios santo y justo, que a pesar de ser todo amor, no puede aceptar el pecado en ninguna forma. En verdad Él se ofende con sus hijos rebeldes, y se enoja contra su pueblo desobediente... Es el Dios de toda justicia quien debería de infundirnos temor santo; no un miedo infernal, desde luego, sino el respeto y la reverencia absoluta que nos impulse a conducirnos en sometimiento a Él. *«Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios»* (1 P. 4:17).

No podemos obviar la corrupción espiritual, que por falta de reprensión y disciplina, viven innumerables iglesias. Y esto, entre otras causas, es debido principalmente a que no se denuncia el pecado, ni las malas costumbres; como tampoco se instruye a la iglesia eficazmente, ofreciéndole orientación bíblica para guiarse en los caminos del Señor. La verdad es que hoy casi todo se consiente en la iglesia, y cada cual actúa independiente y bajo su libre criterio personal. Por lo que, instruir, reprender, rectificar, enseñar... con el objeto de evitar una parálisis espiritual en la comunidad, no sólo representa disciplina, sino un acto de amor de Dios hacia su pueblo.

6. UN ENCUENTRO CON JESUCRISTO

LAS CONDICIONES

Una decisión por Cristo

«Sé, pues, celoso»

El término «celoso» también se puede traducir por «fervoroso»: condición indispensable para salir de la tibieza. Viene a expresar la decisión valiente del cristiano que considera cuán importante en su vida es cumplir fielmente con la voluntad de Dios.

Ser celoso o fervoroso, implica situar nuestra relación con Dios como la máxima preferencia en la vida. El celo que el cristiano debe mostrar, pues, no es otra cosa que un verdadero interés por vivir la vida de Cristo. Este es el deseo ardiente que Dios provoca en nuestros corazones cuando le entregamos la vida de forma completa, negando nuestra voluntad para cumplir con la suya.

En el sentido opuesto a lo expresado, observamos la gran despreocupación que existe hoy entre los cristianos por reavivar la vida espiritual. Nuestro interés por lo terrenal y nuestro descuido por lo celestial, se hace cada vez más evidente. Ya no valoramos apenas nuestra comunión con Dios, y a veces tampoco la de nuestros hermanos en la fe.

Hemos de advertir que entre los laodiceses existía una clara ausencia de celo. La apatía y la desidia espiritual formaban parte íntegra de la vida eclesial, y sus prácticas religiosas se propagaban solamente a modo de costumbre dominical.

En el mismo sentido, y realizando una correspondencia sobre el fútbol –este deporte tan idolatrado–, podemos hacer llegar la experiencia de algunos cristianos que, extasiados por la euforia futbolística, gritan fervorosamente cuando observan un partido de fútbol; unas veces mostrando su cólera por los errores de los árbitros, otras dando saltos de alegría cuando su equipo favorito consigue un gol... Pero, en cambio, sus corazones son inmutables ante las injusticias de la vida, y sus rostros inexpresivos a la hora de cantar alabanzas a Dios; sus palabras frías cuando se trata de orar, y no mayor es su pasión al escuchar o predicar el mensaje de la Escritura...

Lo cierto es que cada uno muestra «su celo», o expresándolo de otra manera, pone su «máxima atención» en lo que le interesa, en aquello a lo que otorga más valor: bien sea el fútbol, la música, el arte, y demás intereses.

Distingamos el proceso de la vida cristiana, pues el crecimiento personal, el grado de espiritualidad, la madurez cristiana, y la calidad en el servicio a Dios, dependerá en mayor o menor medida, del nivel de entrega que cada uno determine. Por ello, la recomendación de Jesús a mostrar celo, contiene principalmente un toque de atención a despertar; a examinar nuestro actual estado espiritual; a tener muy en cuenta quiénes somos y en qué lugar de la vida cristiana nos encontramos.

Cuando los creyentes le abrimos la puerta del corazón a Dios, es entonces cuando Él llena de fervor nuestro espíritu. Esto es así en tanto el cristiano tome la decisión, en su libertad, de entregarse por entero a Dios, acatando su voluntad por encima todo. No se trata de muchas o buenas obras, sino una verdadera disposición del corazón; y con las implicaciones de perder la propia vida para ganar la vida de Cristo.

El poseer fervor espiritual, es condición esencial para que todo lo demás tenga sentido. Aunque, visto el tema desde un enfoque equilibrado, no podemos confundir el fervor con las exaltaciones irracionales, el celo santo con el éxtasis disparatado, la santidad con el fanatismo, o el ardor equilibrado con el frenesí de las sensaciones. En contra de lo que algunos cristianos extremistas practican, afirmamos que lo que hoy necesitamos es pasión duradera, no acaloramientos momentáneos.

La idea de fervor o celo, es más bien una pasión tranquila y serena por descubrir cada día los tesoros de la Palabra de Dios, por predicar las «buenas nuevas» del Evangelio, y sobre

todo por ser consecuentes con el ejemplo de la vida de Cristo. Pablo se califica a sí mismo como celoso de Dios, según Hechos 22:3. Y al celo de Dios debe proseguir el buen obrar, como consecuencia lógica. Así parece recomendarlo en su carta a Tito, el responsable de la iglesia en Creta: «*Y celoso de buenas obras*» (Tit. 2:14).

Sintetizando de forma sencilla lo expuesto, aprendemos que «*tener celo*» se corresponde con el deseo y la buena actitud de amar a Dios sobre todas las cosas, e intentar cumplir fielmente con su voluntad. Por lo que podemos constatar, que a las obras sin fervor, sobreviene tibieza manifiesta.

Un arrepentimiento sincero

«*Y arrepiéntete*»

Intentamos responder a la eterna pregunta: ¿A quién va dirigido este mandamiento? ¿Es para creyentes o para incrédulos?

Si el llamamiento de Jesús es para la «iglesia», primeramente aceptaremos que el mandamiento explícito de arrepentirse, en este pasaje, era para los creyentes –para los cristianos auténticos–, indicando arrepentimiento «de la vida tibia» que llevaban. Sin embargo, también debemos incluir, por derivación, a los cristianos nominales (solo de nombre); suponiendo que también tomaban parte de la misma comunidad, por lo cual no se descarta la posibilidad de aplicar el texto para los no convertidos.

A este respecto, comprendamos que en cierta manera un incrédulo no puede ser tibio: está muerto espiritualmente; pero bien puede participar de la tibieza que en tal caso la iglesia le proporciona. Por esta razón, el mensaje de Cristo se orienta para la comunidad en general, y también para cada uno de sus miembros, sean verdaderos creyentes o no.

Parafraseando el mensaje de Jesús, parece como si el texto dijera: *–No importa si alguna vez has sido salvo, si has conocido verdaderamente a Cristo; arrepiéntete como si nunca lo hubieras hecho, como si comenzaras una nueva vida, como si tomaras la decisión hoy mismo, disponiendo así tu camino bajo las directrices de Dios.*

Ahondando en este punto, lo asombroso es que la comunidad de Laodicea había cambiado de conducta, de ética, pero ésta no venía guiada por el arrepentimiento (señal también de falsos convertidos en muchas iglesias). Y visto desde una perspectiva bíblica, no puede haber ética cristiana válida, si no existe un verdadero arrepentimiento.

Resulta interesante analizar la forma imperativa del término «arrepentirse», pues el texto griego parece indicar un estado y no solamente un acto. Es un acto puntual, cierto, pero también es un estado permanente. Se trata de romper con el pasado y comenzar de nuevo para «vivir como un arrepentido» (éste es el sentido correcto), y no de un hecho puramente superficial. El arrepentimiento es un cambio de mentalidad, reflejado además en un cambio de disposición del corazón, que repercute, a la vez, en un cambio de vida.

Sería conveniente hacer nuestras las palabras del sacerdote Esdras: «*Y dije: Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo*» (Esd. 9:6). Es verdad, tenemos que pedir perdón a nuestro Dios por tantas cosas que le ofenden: por descuidar su Palabra y la oración, por nuestra indiferencia hacia Él, por la falta de amor hacia nuestro prójimo; y cada uno, personalmente, por el grado de ceguera, pobreza, desnudez (mayor o menor), u otros síntomas que indica el pasaje referencia en El Apocalipsis.

Es preciso destacar el popular Salmo 51, como antecedente bíblico, para cualquiera que necesite unas pautas de arrepentimiento. Son las palabras del rey David, un creyente abatido por su pecado que clamaba a Dios: «*Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos*» (Sal. 51:3,4). Arrepentirse significa negarse a sí mismo, decir «no» a las motivaciones individuales, y a todo interés pecaminoso que no se avenga a los buenos propósitos divinos. Un cambio interior de mente y de conducta, es la condición primero y la consecuencia después.

Tal vez alguien podría pensar que ya un día se arrepintió de sus pecados, en el momento de su conversión a Cristo. Pero, la condición correcta del corazón del creyente a lo largo de toda su vida, es conservar una «actitud permanente de arrepentimiento».

Sepamos, sobre lo dicho, que no se producirá un auténtico avivamiento en la iglesia, si antes no hay un verdadero arrepentimiento. Así que, no se debe cambiar la ética, sin primero cambiar el corazón.

EL LLAMAMIENTO

«He aquí, yo estoy a la puerta y llamo»

Ocurre que el cristiano que practica el pecado de la tibieza, puede asistir al culto, cantar, leer la Biblia, orar, predicar... y, al mismo tiempo, abandonar a Jesús.

Desde la experiencia comunitaria, la expresión «a la puerta» indicaría que el Señor ha quedado fuera de la iglesia local, por haber sido excluido de ésta; por lo tanto, su «presencia activa» permanece desligada de toda práctica eclesial. La congregación ha rechazado al Rey y se ha sentado en el trono. Y en esto, la prioridad ya no es el Señor de la iglesia, sino la iglesia del Señor.

No pensemos equivocadamente, porque el Evangelio no es solo una disertación verbal, sino el llamamiento a un encuentro con Cristo; y si el Señor mismo se halla a la puerta de la iglesia, entonces ¿qué evangelio se está predicando? Si la iglesia de Laodicea echó fuera a Cristo, no nos parezca extraño que también hoy esté a la puerta de muchas congregaciones. Es también lo que ocurrió en el pueblo de Israel: echaron a los profetas y rechazaron el mensaje de los que predicaban la verdad de Dios: «*iJerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados!*» (Mt. 23:37).

En esta consideración, la declaración «yo estoy a la puerta», contiene la idea de que Jesús sigue estando cerca de la comunidad y del corazón de sus miembros, y por consiguiente todavía hay esperanza.

Siguiendo con la expresión «y llamo», nos hace comprender que cada cristiano tibio, que está a punto de ser vomitado, de alguna manera es llamado por el Señor y amonestado, para que vuelva arrepentido, y así pueda ser perdonado y restaurado. No valen las excusas, pues todos, desde la poca o mucha luz, saben lo que tienen que hacer... Ahora bien, recapacitemos aquí, porque si nos hallamos en la misma situación que los creyentes de Laodicea, y nos resistimos a tan sublime llamamiento, no dudemos que la advertencia se cumplirá: «Te vomitaré». Este es un aviso demasiado serio como para ignorarlo... La llamada apremiante hecha desde el cielo por el mismo Señor Jesús, contempla hoy la oportunidad para recibir el perdón, y experimentar la necesaria rehabilitación espiritual. Es un llamamiento claro a doblegar nuestra voluntad bajo el yugo suave y ligero de Jesús.

Qué generoso se muestra nuestro Señor, que soportándonos hasta agotar su paciencia, nos ofrece hoy la ocasión para poder arrepentirnos, y levantarnos del estado de postración espiritual en el que quizá podamos encontrarnos.

LA COMUNIÓN CON CRISTO

«Si alguno oye mi voz»

El Espíritu de Cristo se revela al lado de cada corazón, porque la iglesia son principalmente las personas, y no el templo. Y es de esta forma, personal e intransferible, que hace llegar su voz a través de la Palabra viva... Sin embargo, como cita Jesús en Mateo 13:15, «oímos con los oídos pesadamente», por lo que muchas son las ocasiones en que nuestro corazón parece no inmutarse ante el urgente mensaje del Señor.

«Si alguno», expresa que el llamamiento se convierte en un aviso de tipo individual para cada creyente. Como hemos enfatizado en el apartado anterior, en último término no existe pretexto para ningún cristiano, porque el mensaje de El Apocalipsis todavía sigue vivo, perseverado como un toque de atención a lo largo de la historia de la Iglesia. Y al igual que el juicio fue ejecutado en el antiguo pueblo de Dios, no dudemos que también hoy se cumplirá en aquellos cristianos que deciden permanecer en la tibieza, incluidas las congregaciones rebeldes a la urgente llamada de Jesús. Desde la antigüedad resuena la admonición bíblica: «*Así cumpliré en ellos mi enojo*» (Ez. 6:12).

Pongamos hoy atención a su voz, no sea que mañana sea demasiado tarde, pues solo así podremos evitar las consecuencias que acarrea toda desobediencia: «*Mas esto les mandé,*

diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo... y no oyeron ni inclinaron su oído; antes caminaron en sus propios corazones, en la dureza de su corazón malvado, y fueron hacia atrás y no hacia delante» (Jer. 7:23,24).

Ningún creyente es ignorado por el Salvador, por lo que cualquiera que se halle afectado de tibieza espiritual, tiene hoy la oportunidad de escuchar su voz. La exhortación bíblica sigue estando presente: «*Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones*» (He. 3:7,8).

«Y abre la puerta»

Todos los cristianos tibios son llamados por Jesús, y de forma paralela, también entendemos que todos tienen la oportunidad de abrirle la puerta de su corazón. Ahora bien, permaneciendo en una iglesia tibia, es cierto que el creyente puede quedar impedido en su actuación cristiana, por estar adherido a un cuerpo enfermo... Pero, aun con todas las limitaciones, todavía cabe la posibilidad de que éste sea fiel en su vida cristiana (en lo poco) dentro de las restricciones, y el Señor no le pedirá más responsabilidades de las que pueda sobrellevar. Pese a todo desconcierto, no hay nada que pueda servir de justificante para cerrarle la puerta a Jesús; sino al contrario, es en medio de la incertidumbre cuando debemos expresar mayor confianza en el amor y la fidelidad de nuestro buen Pastor, dado que Él tiene cuidado de sus hijos, como bien subraya el texto bíblico: «*Echando toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado dado de vosotros*» (1 P. 5:7).

Abrirle la puerta a Jesús, es considerar su Persona como la prioridad más elevada; es otorgarle el derecho a gobernar nuestra vida, a tomar las riendas de nuestra voluntad; es estar dispuestos a servirle de corazón en todo lo que Él disponga.

Es una verdad bíblica que el incrédulo debe abrir la puerta de su corazón a Jesús para ser salvo, pero no menos bíblico es que el creyente también debe seguir haciéndolo para ser consagrado. Y muchas veces le cerramos la puerta a Jesús, cuando nuestros intereses personales, familiares, o inclusive eclesiales, privan sobre los verdaderos intereses del Reino de los cielos.

Si reparamos bien en la expresión «abrir la», notaremos que la idea no es abrir «una», sino «la» puerta de entrada –la principal–, que es la puerta del hogar de nuestro corazón, donde radica el ser interior: alma, corazón, mente, espíritu, voluntad, etc. Y con ello también el propósito de que Jesús llene y gobierne todas las áreas de la vida, para que de tal forma Él pueda ser el Señor y no tan solamente el Salvador.

«Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo»

«Entraré a él», resulta una expresión ciertamente difícil de interpretar. Podemos juzgar que, en cuanto al creyente, esta declaración significa: «entrar para actuar en la esfera de su intimidad», y no «dentro de él» para salvación, es decir, está hablando en primer término de la restauración del creyente, esto es, volver a retomar la comunión espiritual con Dios. Aun siendo así, también entendemos, como ya hemos visto, que posee además una evidente aplicación para el incrédulo.

Volvemos una vez más a reiterar lo expuesto: que el significado de la vida cristiana no consiste solo en realizar buenas obras, sino principalmente en la actuación de Cristo a través de ellas. Tal como lo indicó el apóstol Pablo a los creyentes de Éfeso: «*Para (propósito) que habite (actúe) Cristo por la fe en vuestros corazones*» (Ef. 3:17). Así pues, unidos a Cristo tenemos las garantías suficientes de vivir la vida con total seguridad, con plena certeza, y en plenitud espiritual.

«Cenaré con él y él conmigo». Tanto en el ámbito hebreo como en el griego, la cena era la última comida del día laboral; y ésta permitía descansar de la dura jornada de trabajo, siendo una buena ocasión para practicar la comunión y regocijarse juntos en familia. Esta es la idea recogida del ejemplo cotidiano, que sirve para expresar la verdadera comunión con Jesús.

Por otra parte, la afirmación «y él conmigo», conlleva la enseñanza de que Jesús pasa de ser un simple invitado en nuestro hogar, a ser el verdadero anfitrión. Porque es Él, Dueño y Señor, quien ha de tomar posesión de nuestro corazón, para ordenarlo, restaurarlo y gobernarlo. Es entonces cuando nos daremos cuenta de que los invitados somos nosotros, de que la cena es suya, y la casa también.

Tanto la salvación de los incrédulos, como la restauración de los creyentes, se producen de forma instantánea cuando entramos en contacto espiritual con Jesús, a través del arrepentimiento. Así Él toma de la mano a todo creyente caído y lo levanta. La acción es inmediata, y al momento se origina el milagro. Seguidamente comporta todo un proceso donde Jesús, como Rey soberano, deberá tomar necesariamente el señorío de la vida cristiana.

Traemos otra vez a la memoria el siempre recordado agujón de Pablo, y la respuesta del mismo Señor: «*Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad*» (2 Co. 12:9). El texto bíblico no contiene sombra de oscuridad, puesto que es Cristo mismo quien perfecciona en todo momento al creyente, ofreciéndole su poder cuando éste se sitúa en debilidad.

El texto de El Apocalipsis, citado en forma de promesa, nos enseña que el verdadero cristianismo no consiste en una cómoda religión, sino en un estado de comunión fraternal con Dios, a través del Espíritu Santo que mora en nuestros corazones. Así es como la voz se escucha en el momento en que entendemos el mensaje, porque el Espíritu hace viva su Palabra en el corazón del oyente. La decisión consecuente es nuestra: abrir o seguir cerrando la puerta a Jesús.

En la medida en que el Señor mantiene su acción benéfica en nosotros, al tiempo se produce un estado de renovación interior, en el cual el Espíritu origina los «ríos de agua viva» (Jn. 7:38) prometidos en su Palabra. Por ende, la paz de nuestro Señor –que sobrepasa todo entendimiento– llena el corazón del cristiano comprometido. Y es en la medida que Dios ocupe el «centro» de la vida de creyente, que la metáfora de la «cena» se hará una evidente realidad: «*Y cenaré con él, y él conmigo*». Por tanto, la experiencia de vivir en Dios o fuera de Él, es lo que va a determinar una vida llena de fruto, o por el contrario vacía y sin sentido.

No hay duda alguna, vivir por y para el Señor, constituye la máxima satisfacción que puede alcanzar a experimentar todo creyente en su breve paso por este mundo.

7. REPERCUSIONES DE ETERNIDAD

En declaraciones a una cadena de televisión, un ex ministro español, rector de una destacada universidad de Barcelona –España–, hombre afamado y respetado por todos, respondía a la pregunta de un periodista, en cuanto a la situación democrática del país, diciendo: *–Estoy muy tranquilo, y voy a disfrutarla, porque pienso vivir 105 años* (palabras exactas). Al cabo de pocos días de esta declaración, la persona sufrió un atentado terrorista que acabó con su vida. Este suceso trajo a mi mente la historia del rico que se relata en el evangelio: *«Diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repóstate, come, bebe, regocíjate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma...»* (Lc. 12:19,20). Al parecer, este distinguido personaje gozaba de una elevada posición, preparación académica y reconocimiento honorífico. La popularidad, la economía y bienestar, eran elementos que presidían su incesante vida. Hombre reconocido y querido por el pueblo... en segundos quedó reducido a la nada. ¡Qué absurda es la vida! Estaba preparado para todo, menos para morir; tanto que en su plena ingenuidad afirmó alegremente: *«viviré 105 años»*, cuando nadie es dueño de su alma, si bien, *«Dios ha puesto los límites de la habitación del hombre»*, como cita Hechos 17:26, y *«toda alma es suya»*, según Ezequiel 18:4. Este es claro ejemplo de fragilidad humana, añadido a otros muchos, donde se resalta la ignorancia del ser humano y su visión temporal de la existencia. Entre tanta inconsciencia, corresponde una detenida reflexión sobre los aspectos temporales de la vida, para que, con mayor sensatez, la *«perspectiva de eternidad»* se haga más presente en la mente de todo cristiano.

No podemos olvidar, como creyentes, que la condición de nuestra existencia es perpetua, y por lo tanto la postura más sabia en esta vida terrenal, es mantener una constante y adecuada valoración de la eternidad que nos espera. Así parecía tomar conciencia el maestro de la alegoría, Orígenes: *«Porque a medida que crece el entender del alma, más se familiariza con las cosas divinas y le es dado discernimiento con que distinguir lo eterno de lo temporal, lo perecedero de lo que dura siempre»* (Orígenes, *Escritos Espirituales*. BAC, 1993, 25).

UNA DECISIÓN PERSONAL

«Al que venciere»

Seguimos con la misma orientación: en cierto sentido solo el que tiene a Cristo en su corazón ya ha vencido, porque sin duda está unido con Jesús, el Vencedor. Y no dejando de ser esto cierto, la declaración *«al que venciere»*, también comporta para el cristiano una acción de lucha constante, que como bien suponemos habrá de librarse, no solo en la iglesia, sino en el devenir de la vida cristiana.

Si bien es verdad que somos nosotros los que debemos luchar, es solo Cristo quien nos capacita para vencer las tentaciones, las caídas, lo que llamamos pecado, y evitar sus consecuencias. A saber, el pecado se manifiesta a través de nuestros tres grandes adversarios. En primer lugar, por medio de nuestro propio impulso pecador (dejarnos llevar por nuestra naturaleza caída). Así, la condición del Señor Jesús para poder vencer, apunta a la idea de renunciar a nuestro *«yo»*: *«Niéguese a sí mismo»* (Lc. 9:23). En segundo lugar, se manifiesta en forma de los valores materialistas que nuestra sociedad nos facilita, en contraposición a la fe. Las palabras del apóstol Juan, muestran la victoria sobre el mundo por medio de nuestra confianza en Dios: *«Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, vuestra fe»* (1 Jn. 5:4). Y en tercer lugar, a través de nuestro incansable incitador del mal: Satanás. Y para vencer a este peligroso adversario, el consejo del apóstol Pablo se dirige a que nos mantengamos *«firmes contra las asechanzas del diablo»* (Ef. 6:10), y tomemos toda la armadura para poder defendernos, según Efesios 6:10-18.

Pensando en ello, causa una grata satisfacción saber que todavía existen cristianos que vencen, porque siguen luchando legítimamente. También los hay que, aun gozando de la victoria de Cristo, son derrotados, porque se han dejado vencer por los afanes de este siglo. La recomendación es bíblica: «*No seas vencido de lo malo*» (Ro. 12:21).

Contemplando el asunto desde el ámbito eclesial, es preciso resaltar la importancia de nuestra responsabilidad, al presentir que innumerables congregaciones han sido «vencidas» por nuestro llamado mundo cristiano. Y podemos señalar, entre las causas principales de este fracaso, la falta de apertura a la «renovación» como elemento importante en la victoria de la iglesia; ya sea producida por los prejuicios, los miedos, las tradiciones, o por otras malogradas formas de concebir la vida cristiana. Por ello, la idea de «vencer» conlleva una actitud de valentía, de disponibilidad a sufrir las consecuencias de ser un verdadero cristiano en nuestro cristianizado mundo.

Si hacemos nuestra la declaración del apóstol Pablo: «*Estimo todas las cosas como perdida*» (Fil. 3:8), tal vez nos puede dar la sensación de transitar por esta vida como perdedores... Aun teniendo esta incomoda sensación, el cristiano habrá de vivir con la noble dignidad de un vencedor, en función siempre de la victoria de Cristo: «*Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó*» (Ro. 8:37).

Pero, si marchamos en dirección inversa, desde una postura de cobardía, lo único que conseguiremos es impedir la labor que Dios desea hacer, tanto dentro como fuera de la comunidad. Pensemos en ello, porque debido a nuestro corazón estropeado, en ocasiones resulta inevitable experimentar dudas y temores, y por momentos nos podrá embargar un sentimiento incomprendido de cobardía... No hagamos caso a las sensaciones, porque a pesar de los sentimientos de animadversión que podamos albergar, tengamos por seguro que la decisión habrá de ser firme: «al que venciere». Así, toda emoción contrapuesta, ha de someterse al control Espíritu, adoptando en todo momento una postura de valentía. Acertadas aquí son las palabras del escritor francés Ernest Legouvé, cuando afirmaba: «*La cobardía es el miedo consentido; el valor es el miedo dominado*».

De manera que, los valientes no solamente reciben a Cristo, sino que también toman la cruz y le siguen. Y a la final, solo los valientes serán proclamados «vencedores» en la eternidad. La decisión, aquí, se relaciona con la propia voluntad del creyente: o vence, o se deja vencer. Vive en victoria o en constante derrota. No hay término medio.

Recojamos la enseñanza del texto sagrado, y observemos que al fin de sus días Pablo pudo expresar con plena satisfacción: «*He peleado la buena batalla* (sentimiento de victoria), *he acabado la carrera* (experiencia de triunfo), *he guardado la fe* (grata impresión del cumplimiento de su deber). *Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, Juez justo, en aquel día*» (2 Ti. 4:7,8).

EL GALARDÓN

«*Le daré que se siente conmigo en mi trono*»

Bien podríamos pensar que en la presente declaración, el galardón representa la propia salvación recibida hoy o vivida en la eternidad. Pero, si esto fuera cierto, nos encontramos ante la dificultad de que el contexto del libro se contradice con el propio texto: «*Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente*» (Ap. 22:17); e igualmente con toda la analogía bíblica acerca de la Redención, presente y futura, en Cristo Jesús. Entonces, llegamos a concluir en que galardón no equivale a salvación, sino a recompensas.

Parece razonable aceptar que Cristo mismo otorgue los reconocimientos eternos cuando así tomamos la firme determinación de vivir para Él. Sería injusto que el pago fuera el mismo para los cristianos infieles, que para aquellos mártires que dieron su vida por Cristo. Y la idea aquí no es tanto el pago por un trabajo, ni mucho menos el precio de nuestra salvación, sino que es la consecuencia de la misma vida cristiana que se extiende hacia la eternidad. Es decir, el grado de bendiciones en el Reino de los cielos, irá en función del grado de servicio y consagración aquí en la tierra.

La entrada a la «nueva tierra» es aguardada por todos los verdaderos creyentes. Sin embargo, habrá algunos que entrarán de forma muy ajustada. Como bien hace constar el texto bíblico, el Señor concederá entrada amplia en el Reino eterno al cristiano fiel y valiente:

«Porque de esta manera (haciendo firme la vocación con la que hemos sido llamados) os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (2 P. 1:11). Como cita el texto leído, los vencedores disfrutarán de una generosa entrada en el futuro Reino. En sentido inverso, aquellos que son vencidos entrarán de manera muy estrecha en el citado Reino eterno.

«Sentarse en el trono de Cristo» significa obtener una entrada holgada en el Reino de Dios, y participar de la autoridad que el Todopoderoso delegará en la eternidad, recibiendo por su gracia una posición de mayor privilegio. Es, en definitiva, disfrutar aún más de la grandeza de Cristo, en comparación con otros cristianos que lamentablemente se han dejado vencer.

En relación con la eternidad, el apóstol Pablo pareció tener muy claro el concepto. Dirigiéndose al joven Timoteo, le expuso la causa y el efecto: «*Si sufrimos, también reinaremos con él*» (2 Ti. 2:12).

Conviene prepararnos para vivir la eternidad con la mayor dignidad posible, como herederos de la gracia junto con Cristo; comprendiendo bien que la posición que recibamos en el futuro Reino de Dios, dependerá de nuestra manera de obrar aquí, en nuestro mundo presente. En aquel día será imposible cambiar todo aquello que hayamos hecho mal, o dejado de hacer bien. El texto de El Apocalipsis así parece indicarlo: «*Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor... porque sus obras siguen con ellos*» (Ap. 14:13). Muchas buenas obras semejantes al heno y a la hojarasca, serán quemadas. Pero, pequeñas obras llenas de amor, y reforzadas con el oro de Cristo, se mostrarán imperecederas en aquel glorioso día.

Hacemos bien en considerar que todo lo que hagamos en este mundo, tendrá una repercusión en la eternidad.

EL MODELO ES JESÚS

«**Así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono**»

Como bien nos enseña el Nuevo Testamento, todo discípulo ha de seguir el ejemplo que Jesús nos dejó en su vida terrenal: «Así como yo». Recapacitemos en las implicaciones del texto, Jesús venció porque cumplió hasta el final con el plan de la Salvación que Dios había diseñado en la eternidad.

Reforzando la idea ya expuesta en el apartado anterior, entendemos que también vencemos de la misma forma como venció Jesús. «*Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia*» (He. 5:8). El concepto es claro: si queremos vencer, pues, debemos aprender a ser cristianos obedientes. Entendamos bien el concepto de obediencia, porque en ningún caso equivale a perfección absoluta. Más bien, la enseñanza aquí va del todo orientada a mantener una buena «actitud de obediencia» a Dios.

Recordemos que en calidad de hombre, Jesús venció, porque fue obediente hasta la Cruz, porque aceptó la voluntad del Padre: «*No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió*» (Jn. 5:30). Nos preguntamos, entonces, ¿buscamos nosotros, en realidad, hacer la voluntad de Dios en todos los aspectos de nuestra vida?

Por lo general, los cristianos consecuentes con la fe que profesan, suelen sufrir una presión tan intensa, que a veces han de hacer un gran esfuerzo para no rendirse. Pese a toda adversidad, estamos llamados a resistir por la fe, y a mantenernos en victoria, recibiendo en todo momento las fuerzas que Dios nos ofrece. Así, cuando nos disponemos a obedecer a Dios, en actitud de confianza absoluta, es cuando realmente vencemos. En el sentido contrapuesto, Laodicea fue vencida por el hedonismo, la hipocresía y el materialismo, dando lugar a la tibieza más detestable.

«Vencer», en cualquier caso, significa estar dispuestos a conocer su Palabra, a practicar sus mandamientos, y a confiar en sus promesas.

La propuesta de Jesús no es para andar en camino de rosas. A veces la senda resultará ser estrecha, la ruta incómoda, los valles tortuosos y difíciles, y el recorrido no exento de dificultades. Pese a todo, es un camino seguro, y la dirección hacia la «ciudad eterna» es la indicada.

No mantengamos nuestra mente alejada de la eternidad, porque todos tendremos que pasar por el inevitable trance de la muerte (si el Señor no viene antes), y comparecer ante el Tribunal de Cristo para rendir cuentas de nuestro paso por este mundo pasajero.

UN MENSAJE DE ACTUALIDAD

«*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias»*

Si bien es cierto que el mensaje fue dirigido principalmente «a las iglesias», el texto leído comienza con «el que», sinónimo de «si alguno oye mi voz» referido anteriormente; el cual viene a revitalizar la enseñanza de que el llamamiento es de carácter general, pero la decisión es del todo particular. En esto la Escritura nunca se mantiene impasible, y siempre exige una respuesta, una disposición personal que tenga en cuenta el precio que se ha de pagar en el hoy, pero también las ganancias imperecederas que podremos recibir en el mañana.

Si apreciamos bien el mensaje de Cristo, éste no solo se dirige a la iglesia de Laodicea, sino que también se hace extensivo a todas las comunidades, como indica el texto leído: «a las iglesias». Y así, la perspectiva del espíritu bíblico se dilata en el tiempo hasta llegar a nuestra época, y cómo no, a cada uno de nosotros. De esta manera, todas las decisiones individuales resultarán determinantes para la situación de la iglesia local. Lo que no podemos hacer, desde luego, es esperar que la iglesia cambie, si cada uno de nosotros no toma primeramente una decisión en particular.

Seguramente todos los cristianos hemos escuchado en algún momento, y debemos responder a «lo que el Espíritu dice». Es el mensaje del Espíritu Santo que habla a los creyentes en Cristo, y en general a todos los cristianos no convertidos realmente a Dios, que conforman la congregación de Laodicea en nuestro presente siglo.

Finalmente, cuando Dios hace posible que oigamos, seamos sensibles a su voz. Noaremos bien en darle la espalda, ni en volver nuestro rostro con indiferencia ante el llamamiento divino: «*Inclinad vuestro oído, y venid a mí; oíd, y vivirá vuestra alma*» (Is. 55:3).

Si todavía conservamos algo de percepción espiritual, pongamos atención a la urgente llamada de Jesús, que no por casualidad ha quedado por siglos fielmente registrada en la Biblia. Por tanto, ahora es el momento de detenerse, de escuchar la voz de Cristo, y de reflexionar sobre el claro mensaje que se reluce en El Apocalipsis. Porque, en vista de lo comentado, solo desde nuestra decisión personal podremos alcanzar, en caso posible, a renovar la Iglesia en general.

CONCLUSIÓN

Para concluir con esta reflexión, cabe decir que las aplicaciones para la vida cristiana que se han realizado sobre el texto de El Apocalipsis, han sido siempre deductivas y comparativas; y se ha intentado, sobre todo, que obedezcan al espíritu doctrinal de la propia Escritura.

Por lo visto hasta aquí, seguramente el texto de El Apocalipsis todavía se hace vivo y real en el corazón de cada cristiano afectado de tibieza, y como no, también en cada congregación a punto de ser vomitada.

Si bien puede haber muchos cristianos que no se consideren tibios, debemos reconocer que cada uno de nosotros participamos en mayor o menor grado de la tibieza que nos rodea. Por una parte, porque somos un «cuerpo» con nuestros hermanos, y no en vano tenemos una responsabilidad colectiva. Por la otra, porque vivimos en un mundo corrompido, y el pecado, en consecuencia, no nos es ajeno.

«*He aquí yo estoy a la puerta y llamo*» (Ap. 3:20). Tan generoso llamamiento es para todo el que se encuentre alejado de la comunión con Cristo. Luego, todo aquel que desee recibir a Jesús, no solamente como el Salvador, sino también como el Señor de su vida, habrá primero de renunciar a su propio ego, y con espíritu de abnegación personal, estar dispuesto a reconocer su pobreza, su ceguera, su miseria... Solo con esta actitud de humildad, se alcanza a recibir de Cristo el perdón, la restauración, y la plenitud espiritual.

En esta conclusión final, quisiera relatar un sueño que para mí fue ciertamente significativo, y que según mi criterio propio, contiene una enseñanza afín a lo expresado en el presente trabajo. Aunque soy poco partidario de la revelación por sueños, creo que en situaciones especiales Dios puede utilizarlos para procurar alguna enseñanza específica. Con este sentir atestiguaba el salmista: «*Aún en las noches me enseña mi conciencia*» (Sal. 16:7).

El sueño fue el siguiente: En unos encuentros cristianos de verano, estaba observando, cual espectador, cómo la gente se despedía entre sí con sonrisas y abrazos efusivos, al ser el último día. Mientras transcurrían las despedidas, me causó desconcierto notar entre los asistentes a un individuo muy especial, de aspecto un tanto rudo, con barba, y cierta seriedad en el rostro, pero cálido y sereno a la vez. Las personas que estaban a su lado evadían su presencia, y nadie se acercaba para saludarle. Parecía como si tal hombre fuera invisible ante los ojos de los allí presentes; cosa extraña, siendo tan especial el último día de los campamentos... Cuál fue mi sorpresa, que al fijar la mirada en él, descubrí que la persona que había allí, entre la multitud, era el Señor Jesús, imi Señor! Aquel que había sufrido tanto por mí en la Cruz, estaba allí, en persona... Inevitablemente mi corazón se conmovió, y mis ojos se llenaron de lágrimas, por la gran emoción de ver en persona al Señor Jesucristo. No tuve por menos que correr hacia Él y abrazarle... En esos momentos tan especiales, donde el encuentro confluyó en un intenso abrazo, sentí un profundo amor que inundó toda mi alma... De repente me desperté exaltado, y seguidamente tuve la fuerte sensación de que aquel sueño no había sido casual, sino que apareció como una impactante enseñanza, la cual Dios me había permitido experimentar en la esfera del inconsciente. Entendí, entonces, que cuanto más nos acercáramos a la segunda Venida de Jesucristo, mayor sería el menospicio a su Persona: no solo del mundo, en general, sino también de los cristianos, en particular.

Una escena sorprendente del sueño, fue el momento en que aquellos «creyentes» no se daban cuenta de que el mismo Creador de los cielos y la tierra, el Salvador de los hombres, estaba allí en medio de ellos... Teniendo en cuenta esta imagen onírica, igualmente al día de hoy muchos círculos cristianos han ido abandonando a Jesús, hasta llegar a ignorarle por completo. Asimismo, la iglesia tibia lo ha convertido en un mero símbolo, en una doctrina seca, en una religión vacía; y no se ha dado cuenta de que el Señor se ha mantenido presente en su iglesia por largo tiempo, a pesar del grave rechazo de ésta.

Tibieza, pobreza, orgullo, y ceguera espiritual, son síntomas característicos de buena parte de las iglesias llamadas cristianas. Y como esto es cierto, el mensaje que hemos escuchado de parte de Jesús, no puede ser ignorado.

La propuesta del Señor para hoy, es la misma que para el pueblo de entonces: «*A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, amando a Jehová tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a Él; porque él es vida para ti*» (Dt. 30:19,20).

Querido lector, si no has experimentado todavía la verdadera salvación que ofrece Jesucristo, ahora es el momento preciso para reconciliarte con Dios. Jesús invita a cada persona de este mundo a tener un encuentro con Él: «*Venid a mí todos*» (Mt. 11:28). Si de todas formas, ya has conocido a Cristo, y así mantienes tu llama encendida, igracias por tu fidelidad, por tu decisión, por tu valentía! No te quepa la menor duda de que el Rey de reyes sabrá recompensarte cuando regrese con poder y gloria para buscar a su Iglesia.

Ahora bien, si en esta reflexión, percibes que lo has ido dejando fuera de tu vida (tal vez sin apenas darte cuenta), y así te encuentras experimentando la «tibieza espiritual», entonces, aún estás a tiempo de arrepentirte y acudir al Buen Pastor. Él te espera con los brazos abiertos para ofrecerte el perdón divino y la renovación espiritual. Su invitación se mantiene hoy presente: «*Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él*» (Ap. 3:20).

Iglesia tibia: sé fría o caliente, pero no alargues por más tiempo tu tibieza, pues de lo contrario se cumplirá la advertencia de Jesús: «*Te vomitaré de mi boca*».

«*El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias*» (Apocalipsis 3:22).

José M^a Recuero
Bachelor en Teología

© Copyright 2008
Estrictamente prohibida su reproducción para la venta.